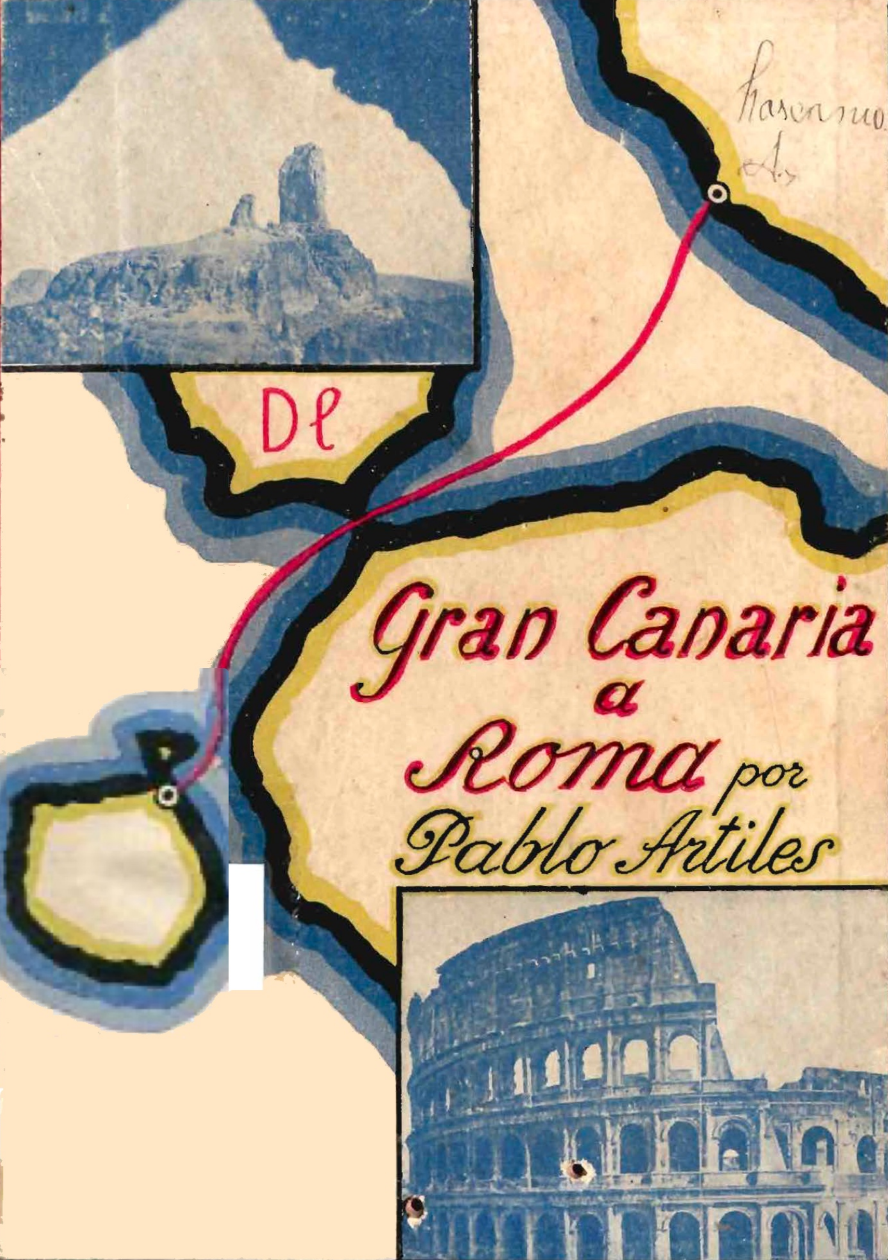

De
Gran Canaria
a
Roma por
Pablo Artiles

PABLO ARTILES

DE GRAN CANARIA A ROMA

Con las debidas licencias

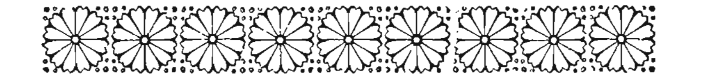
DE
GRAN CANARIA
A
ROMA

POR

PABLO ARTILES



AÑO DE 1935
ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA.—LAS PALMAS



I

A ROMA...

ALUDOS... Despedidas... Adioses cordiales...

Cuando el soberbio trasatlántico comienza a separar su gigantesca mole del viejo muelle, la tierra se nos escapa y confunde.

Muelles, barcos, luces, falúas, barquichuelos que pregonan en confuso vocerío paños de finísimo encaje, todo forma un confuso conjunto abigarrado y extraño, mientras el "Conte Biancamano" gira lentamente, y sopla por sus enormes bocinas un chillido de inmenso júbilo, cual obligado resuello de sus pulmones de hierro.

Poco a poco enfila la boca del Puerto, por do se lanza a todo correr, como galgo suelto, enorme ballenato de costados inmensos...

Las Palmas y el Puerto se van uniendo hasta parecer una hilera interminable de luces.

El faro nos despide con sus entrecortados destellos, lanzando sus rayos blancos y azules, cual reguero de perlas en la oscuridad de la noche.

Presentimos en sus repetidos fulgores el adios luminoso de Gran Canaria, que despide a sus peregrinos.

¡Peregrinos canarios! ¡A Roma!

El lujoso "Conte Biancamano" nos conducirá a tierras del Dante.

Nuestro recuerdo va hacia la Virgen del Pino en esta hora solemne, y sentimos cómo se extiende sobre nosotros la protectora sombra de su verde manto orlado de pinos.

Y nos vemos con el pensamiento en Roma, en la bella y eterna monumental ciudad siempre joven, la de los templos y los palacios, y creemos percibir en lontananza la mano blanca y augusta del soberano Pontífice que nos bendice anticipadamente con unción y cariño.

No podíamos faltar en Roma en ocasión tan solemne. Cuando el mundo entero viene a postrarse ante el Papa y recoger las bendiciones que descienden de su sagrada persona, los hijos de Gran Canaria no debíamos ser menos.

La religiosidad isleña, pura y genuinamente cristiana, congrega a estos peregrinos que marchan a Roma.

Italia, la bella Italia nos atrae. Hacia ella partimos contentos...

El trasatlántico devora gozoso las extensiones marinas, envuelto en los misteriosos crespones nocturnos, cual el arca portadora del sentimiento canario, del alma canaria, de Gran Canaria toda,

que marcha a Roma a ofrecer al Padre Santo un tributo de admiración intensa y de cariño profundo.

Emoción y alegría son las dos dominantes notas que se repiten en este acompasado concierto de afectos y simpatías.

¡Virgen del Pino! Tus devotos hijos, desde alta mar te envían un generoso beso de amor y de cariño.

Recíbelo, y desde tu trono de plata, en la hermosísima concha del pintoresco valle de Teror, tiende tu mirada divina sobre nosotros, que te amamos y te invocamos cantando sobre el océano Atlántico, cariñosamente, el himno a nuestra madre:

De la Virgen del Pino la gloria
Celebremos cantando en el mar,
Con un himno de amor y victoria,
Con solemne y eterno cantar...



Grupo general de la Peregrinación Canaria.

Preparándose para una foto...

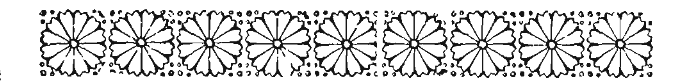
Grupo de peregrinos.

Grupo de jóvenes peregrinas. (FOTO L. MANRIQUE)

(FOTO ALZOLA)

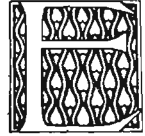
¡La blandura de la tierra española se convierte en dureza en aquella roca enhiesta de Gibraltar...! *(P. 14) F. Artiles.*

El frescor de la brisa marina... *(P. 24) F. Alzola.*



II

SOBRE EL MAR ATLANTICO.

L mar ciñe un azulado círculo alrededor del barco, en interminable línea horizontal y curva.

Parte esa uniforme superficie cristalina la carretera de espumas, cual reguero de perlas en río de hirviente plata, que nos une, radio de afectos. al horizonte de las aguas, tras cuya lejanía se han quedado las hermosas islas..

Es el sendero ideal, canal de bellas ilusiones y gratos pensamientos, por do nuestros recuerdos van y vienen a las cumbres rocosas y verdes pinares de Canarias, cual enjambre de ilusorias palomitas mensajeras.

Tras la blancura de sus alas se elevan hacia el poniente, para posarse en los campanarios de Teror, los más íntimos y agradables sentimientos de nuestros corazones.

El barco, que marcha a pasos gigantescos sobre el extenso y sereno lomo del mar, arando de plateados surcos su blanda superficie azul, es otra blanca palomita que se remontó de junto al pino simbólico para posarse sobre el remate de la cruz de la cúpula vaticana, llevando en su pico el ramo de olivo de la fe y la piedad de Gran Canaria.

La serenidad del mar convida a contemplarlo en toda la extensión indefinida de su azulada superficie.

Los pasajeros van apareciendo poco a poco, cambiando saludos y preguntas, se interesan por el «mal di mare», como dicen a bordo...

Nos sentimos como en casa propia.

Peregrinos de un idéntico ideal, nos parece ver un hermano en el compañero... Creemos que estamos todavía en Canarias. El barco es nuestro; por doquiera se habla español, con el suave tono de los canarios..., con «l'intonnata», como dice un pequeño italiano que viene de la Argentina.

Nuestra vida a bordo es tranquila y agradable. Tan sólo el mareo de algún que otro peregrino, de menor importancia, el mareo, no el peregrino, interrumpe algo nuestra alegría...

Al amanecer, antes de despuntar el sol sobre el arco del horizonte, regando con torrente de oro el cristal de las aguas, ya el verdadero sol de la justicia, la verdad y la vida se ha elevado sobre el «Conte Biancamano» por manos sacerdotales.

Únese entonces el barco con el cielo por la vía triunfal que, adorando a Dios, forman santos, ángeles y querubines...

Hemos convertido el trasatlántico en parroquia isleña, más bien. en catedral del culto canario a Cristo y su madre, la Virgen del Pino, enviando nuestras plegarias unidas, cual rosario de cuentas de amor, hacia el trono de Jesús.

Declina el sol... No hemos visto ningún barco. Marchamos plácidamente sobre el «mar tenebroso» que atravesó Colón en busca del Nuevo Mundo; por do cruzaron los castellanos que envió Isabel I a conquistar Gran Canaria; por do pasó el humilde franciscano Diego de Alcalá para ilustrar las islas con sus virtudes; por las aguas que surcaron Arabes y Fenicios en busca de aventuras; por el mismo mar que vió Fernando Guanarteme, Tenesor el bueno, al venir a la Corte a rendir homenaje al rey de España don Fernando el Católico; por el que recibió el cadáver de Tanausú, rey de La Palma, al morir de hambre, después de haber roto las cadenas que le aprisionaban, por el sentimiento que le producía el alejamiento de la patria amada... (1)

Por aquí, camino de Roma. cruzó el religioso indígena «Idubaren» (2) que fué a protestar ante el Romano Pontífice de las ventas que como a esclavos hacían de sus paisanos...

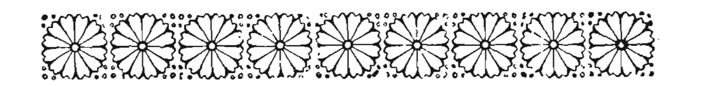
Mientras el sol se hunde tras un marco de fuego,afluyen a la mente, agolpándose atropelladamente, infinidad de recuerdos que vienen cabalgando en las crestas de encajes de las olas; y

(1) Viera y Clavijo, L. II, Cap. XX

(2) Reg-Bullarum Eug. IV. Tom. 14 Fol. 79.

en el penacho de humo del barco se nos van otra vez por el mar y los espacios, hacia el cielo, tras el radio rectilíneo y vertical de nuestra fe; hacia Roma por el sendero de oro del sol naciente; hacia Canarias, por el radio de la blanca y espumosa estela, bullente, juguetona, cual enjambre de plegarias y de besos.





III

TIERRAS DE ESPAÑA

AS primeras en contemplarse, dejadas las Canarias, son las costas africanas, bajas y arenosas, que se elevan a medida que nos acercamos a Europa, remontando en altísimo picacho en las cercanías del estrecho.

Pero nuestro gozo es más al divisar las españolas riberas gaditanas y el pequeño pueblo de Tarifa, al embocar el paso del estrecho, avanzadas de la Andalucía, tierra bendita de María Santísima.

Algeciras y La Línea, junto a la Sierra Carbonera, son como blancos palomares que nos saludan alborozados con la blancura de sus casas.

Nos parece oir cómo retumban, tras esos montes y por las vertientes de estos valles, sonidos de trompetas y clamor de clarines, chocar de alfanjes y espadas; el eco de aquella tradición que

abrió la España a los moros, y el guerrero concierto de armas y caballos, cascos y armaduras, que se hunden en las aguas del Guadalete...

Mirando al Africa, nos llegan todavía los cantos de victoria que entonan las tropas españolas al tomar Alhucemas, guiados por aquel jamás como se merece alabado caballero y general Primo de Rivera, que sembró de glorias hispanas las inhóspitas playas de Alhucemas.

¡Gibraltar!

Aquí nos detenemos unas horas para recibir un centenar de excursionistas italianos.

La blancura de la tierra española se convierte en dureza de hierro en aquella roca enhiesta de Gibraltar.

Bajo la mirada de los cañones de las fortalezas, águilas de la guerra posadas sobre el alto picacho, se empina, al costado del risco, una cenicienta población, al parecer de reducidas dimensiones, cuyas casas, cohibidas para ensancharse, se encaraman en variedad de pisos unas sobre otras, formando una escalera de gigantes a las faldas del peñón.

Poco nos detuvimos en aquella férrea y para nosotros triste ciudad, donde anidan las águilas de Albión.

Seguimos costeando tierras de España, y frente a Málaga, al atardecer, apercibimos los resplandores de los incendios que, arrasando montes y cosechas, nos ahogaban el espíritu de patriotas y españoles.

¡Tristes hogueras las que nos brindaban a modo de saludos siniestros las costas malagueñas!

Y al iluminar el sol los montes de Atlas, inundando los bordes del estrecho con torrentes de luz clarísima, arrebolada de azul y oro, nos entristecen los resplandores del fuego de las hogueras, cuyo humo parece penetrar sofocando nuestros espíritus canarios, de dolor por la por nosotros siempre fuertemente amada patria española...





IV

EL ROSARIO A BORDO

N alta mar, frente a las costas españolas, los peregrinos canarios nos hemos reunido en un saloncito del barco. El Rvdo. P. Rodríguez nos ha convocado para rezar juntos el santo rosario.

Cuando el sol inunda de suave misticismo la llanura del mar, ante el expectáculo magnífico de las tranquilas aguas, cortadas bulliciosamente por el veloz movimiento circular de la hélice, cuyo poderoso forcejeo extremece arrullando fuertemente las entrañas del navío, los canarios, ante la expectación de pasajeros y tripulantes, invocan a su madre divina mediante el santo rosario, igual que al anochecer lo hacen en nuestras hermosas islas nuestros buenos campesinos, poblando de murmullos angélicos los hermosos valles y las bellas campiñas de Gran Canaria.

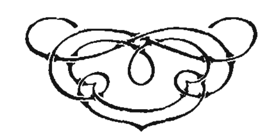
Nuestra común oración era la flor de inmenso cariño y recuerdo que los pechos canarios ofrecían cual ramo de azucenas a la Virgen, desde el gran océano, y cuyo perfume se elevaría por entre hileras de ángeles hasta el altísimo trono de Dios.

Terminado el rosario, y dichas las cuotidianas familiares advertencias del P. Rodríguez, síguese otro acto de intensa emoción.

El Rvdo. señor Cura Párroco de Guía, Don José Martín Morales, con solemne y elocuente frase, a vista del mar y las costas de la madre patria, nos habla de España, de Canarias, del Romano Pontífice y la Ciudad Eterna, a donde vamos para ganar las indulgencias del Jubileo.

La emoción llega a su máxima altura al recordarnos a Nuestra Señora del Pino, cuya imagen, colocada por una peregrina, doña Rosario de Bascarán, preside el inolvidable acto.

Sobre el mar, entre nuestra patria y Roma, hemos participado de la emoción íntima de un acto cristiano y sencillo, imborrable, que nos unía a todos en un familiar sentimiento de honda y cristiana caridad.





V

EN BARCELONA



las cinco de la tarde del día 31 de Agosto, el «Conte Biancamano», habiendo navegado durante treinta horas por las costas de España, se encontraba frente a Barcelona, la ciudad de los condes, cuya vista nos emociona grandemente, divisándose desde el mar la imponente fortaleza de Montjuich, de inmortales recuerdos hispanos, y el elevado y esbelto monumento a Colón, cuya estatua nos saluda desde lo alto de la ingente columna que le sirve de pedestal, cual si contemplara, desde allá arriba, nuevos mundos y nuevos horizontes...

La ciudad se presenta a nuestra curiosidad envuelta en una neblina cenicienta y triste, humo de fábricas y de vapores, que contrasta con el siempre atrayente cielo de Las Palmas.

El día anterior por la tarde, al hundirse el sol entre torrentes de clara luz tras los pardos montes

africanos, inundando de colores el brazo de mar del estrecho, sentíamos, bajo el cielo azul de Andalucía, toda la belleza incomparable del horizonte despejado, de las claras aguas marinas, serenas y azuladas...

Hoy, a la vista de tierras catalanas, de la noble ciudad, el panorama de la naturaleza ha cambiado, y parece encontrarnos en un ambiente de humo, bajo un cielo de plomo, de asfixia y pesadez, que circunda la extensión indefinida de la inmensa ciudad fabril y laboriosa, por cuyo puerto avanza majestuosamente nuestro trasatlántico, mientras los peregrinos miran ansiosos el expectáculo de la gran bahía, de los barcos y la ciudad.

Dos horas tan sólo nos detuvimos en Barcelona Horas que los canarios aprovechamos para visitar en coches y rápidamente algo de lo más interesante de la población.

Los amarillos automóviles, de cuatro y cinco asientos, que en interminable fila ocupaban lo largo del muelle, viéronse momentáneamente asaltados por nuestros paisanos.

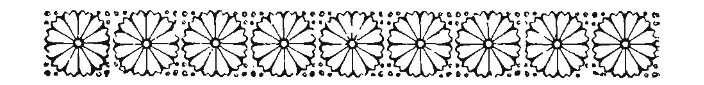
Las Ramblas, el templo votivo a la Sagrada Familia, genial obra interminada del malogrado artista Gaudí, la Exposición, donde aún se aprecian las bellezas del «Pueblo Español» y se admira la incalculable extensión de sus jardines, estatuas, grandiosas fuentes y parques, fueron los escogidos sitios privilegiados de las diferentes caravanas de excursionistas.

Algunos, los más animosos, volaron hasta el Tibidabo, habiendo tenido la dicha de rezar unos instantes en la cripta del famoso templo votivo.

Al volver contaban todos sus impresiones, pensando cada grupo haber sido los que más habían visto, y el peligro que habían corrido otros de quedarse en tierra, pues la escala de acceso se levantó puntualmente a la hora señalada...

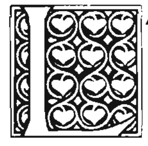
Pero, gracias a Dios, llegaron todos, y, mientras comíamos, el «Conte Biancamano» levaba anclas y se apartaba de la ciudad, cuya grandiosa iluminación, extendida e inmensa, cubría larguras insospechadas, semejando una sirena de fuego tendida a la orilla del mar y despidiendo vivísimos resplandores que ascendían al cielo, luminoso y resplandeciente con el reflejo de las infinitas luces que brillaban en la grande, activa y noble ciudad de los condes...





VI

EL TENOR GIGLI
LA COSTA AZUL

A noche del 31 tuvimos una sorpresa. Por mediación del dignísimo señor Cónsul de Italia en Las Palmas, que nos ha honrado con su compañía durante el viaje, nos fué permitido por la dirección del barco pasar a los salones de primera a fin de oir un concierto del tenor italiano Gigli, de renombrada fama universal.

Buen rato aquel para todos los peregrinos, sintiendo, sobre el escenario de las aguas, las melodiosas armonías que brotaban de la voz de oro del artista, realzada, si cabe, por la lujosa decoración y expléndido alumbrado de que hacían gala aquella noche los salones de primera del Conte Biancamano.

Este improvisado concierto suplió este día a la acostumbrada pelicula sonora, de intachable

moralidad, que honra a los italianos, que cada noche se proyectaba en los salones de segunda.

*
* *

¡Costa Azul!

Frente a nosotros, como en hermosa visión cinematográfica, van desfilando los pueblecitos encantadores de la Costa Azul, que se tienden con bella elegancia a orillas del sereno mar Mediterráneo, mirándose con especial coquetería en el espejo transparente de sus plateadas aguas, y mojando sus plantas en las suaves arenillas de sus mundialmente celebradas playas.

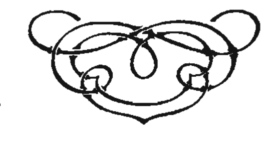
Todo el día primero de septiembre lo pasamos entretenidos con la vista de los hermosísimos paisajes que forman la serie innumerable de pequeños pueblos que hay a lo largo de la famosísima costa, coronados por los simpáticos campanarios de sus iglesias, altos y erguidos con suprema elegancia sobre las crestas de los montes repletos de pinos, el perfume de cuyas resinosas esencias llegaba hasta nosotros prendido en el agradable frescor de la brisa marina.

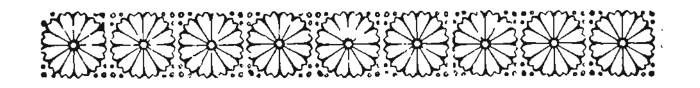
Grandes montañas proyectaban su silueta en el confín terrestre, rematando en altísimo y agudo pico junto a los límites de Italia y Francia, en la fronteriza e italiana ciudad de Ventimiglia.

La tan hermosa como merecidamente renombrada "Costa Azul" desplegaba ante nuestros ojos la variadísima gama de sus encantadores paisajes, haciendo pasar a todos los peregrinos una agrada-

ble mañana, sobre el tranquilo "mare nostrum" del Mediterráneo, de placidez atrayente y suave.

Villafranca, Mónaco, Ventimiglia, S. Remo, Albenga, Sestri, etc., etc. nos hacen sentir anticipadamente los encantos de la hermosísima tierra italiana, de indescriptible armonía y belleza, que realza la grandeza histórica de este pueblo, cuyas glorias, ciudades y monumentos están ansiosos de contemplar los hijos de las Afortunadas...





VII

LA SUPERBA

GENOVA!

La "Superba" se ofrece ante nosotros con la majestad histórica de sus antepasadas glorias...

Se yergue la ciudad en las estribaciones de los Apeninos, rodeada de montañas, por cuyas faldas trepan sus edificios y palacios para descubrir los horizontes de los mares, y coronan sus picachos las fortalezas de sus castillos, recuerdo de su antiguo poderío.

Es perla de la Liguria, la bella región de Italia, y el más importante de sus puertos, donde tienen asiento los magníficos y modernos trasatlánticos que pasean gallardamente la bandera tricolor, con magnificencia romana, por todos los continentes y todos los mares.

* * *

Un grato recuerdo tiene para los canarios esta insigne población de Italia.

En el año 1291, casi dos siglos antes que Isabel la Católica enviara sus tropas a la conquista de Gran Canaria, los navegantes genoveses Teodosio D'Oria y Ugolino de Vivaldi, acompañados de dos religiosos franciscanos, embarcaron en estas aguas que ahora reciben en unos de sus grandes trasatlánticos a los hijos de las Canarias, para explorar el mar tenebroso de los misterios y las tradiciones y traer noticias de sus islas Afortunadas, sin haber vuelto nunca más a Europa los intrépidos aventureros, a cuyas hazañas, referidas por Giustiniani en los anales de Génova, hace alusión el célebre poeta Petrarca.

Más fortuna cupo al genovés Nicolás de Recco, quien, un siglo después, mandando las naves de una expedición a cuyo frente iba el florentino Angiolino de Tegghia, llegó a las Canarias, dejando un acabado relato de su interesante viaje a Bocaccio, quien dice refiriéndose a los habitantes de Gran Canaria:

"Son muy atrevidos, fuertes y de mucha inteligencia... Cantan dulcemente .. y son risueños, alegres, y más civilizados que muchos españoles."

Así dice textualmente el genovés que trajo de nuevo a Europa la noticia de nuestras islas, casi dadas al olvido después de la destrucción del imperio romano.

Estas excursiones abrieron a la curiosidad de Europa el codiciado y encantado paraíso de las Canarias, tierra de leyendas y de fantásticas historias, y dieron cauce a la sed de aventuras de las naciones de este continente.

A esta ilustre ciudad, pues, poderosa y temida en su tiempo, donde se meció la cuna del in-

mortal descubridor del nuevo mundo, cuyo paso por las Afortunadas y precisamente por nuestro Puerto de la Luz, es gloria de nuestras islas, y en particular de Gran Canaria, en cuya ermita de San Antonio Abad se postró de hinojos el intrépido navegante; a esta gloriosa y antigua ciudad de grandezas y recuerdos, que pocos años ha paseó la majestad de Cristo Sacramentado sobre las aguas de su puerto, en ocasión del Congreso eucarístico nacional italiano, llevándolo con gran pompa en la galera "Buccintoro", joya histórica de inolvidables recuerdos, trofeo de sus "doges", mientras disparaban salvas los cañones de sus fortalezas y arrojaban flores las alas de los aeroplanos, las nuevas águilas romanas ansiosas de nuevos triunfos...; a esta ciudad no lejos de la cual se cubrieron de gloria las tropas españolas en la batalla de Pavía, llegan ahora, y en uno de sus barcos, los hijos de aquella isla que los suyos descubrieron, de aquella isla denominada "Grande" que honró Colón tres veces con su presencia...

* * *

Llegamos contentos de pisar pronto tierras de Italia, patria de Dante, Miguel Angel y Rafael, país de aventureros, de artistas y de santos, nación de maravillas, la de los pintores y los poetas, cuyas glorias se eternizan en la ciudad de los Pontífices y los Emperadores...

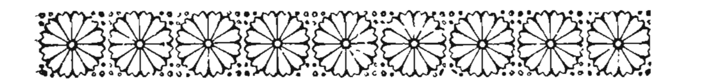
Mientras el Conte Biancamano penetra lentamente en el gran puerto mediterráneo, los peregrinos, sobre cubierta, contemplamos ansiosamente la inmensa bahía repleta de barcos de to-

das las naciones; admiramos los altos y elegantes edificios de la ciudad que trepan por las vertientes de las montañas coronadas de castillos, su extensión y magnificencia, y los cruceros de guerra de la marina italiana, a cuyo lado cruzamos, y en uno de los cuales se adiestra un centenar de niños, futuros lobos de mar, en las prácticas de la marinería.

Nos sentimos contentos a la vista de esta gran ciudad, de su población y su puerto, donde se destaca ufanamente la gallarda silueta del supertrasantlántico «Rex», el coloso de los mares que acaba de conquistar por segunda vez para Italia el codiciado «nastro azzurro», símbolo de su mayor velocidad entre todos los barcos del mundo.

La arrogancia del Biancamano queda reducida a su lado a más modestas proporciones.





VIII

EN GENOVA

HEMOS atracado...

La milicia portuaria fascista atiende a todas las operaciones del desembarque.

Los empleados de la «Cit», Compañía Italiana Turismo, vestidos de azul brillante, suben a bordo para proveer todo lo referente al equipaje de los peregrinos.

Estos se han puesto de gala para desembarcar. Traen sus maletas en la mano; pero los «azules» de la «Cit» nos invitan a dejarlas, encargándose ellos de su transporte a la estación.

Cuantas atenciones fueron posible se tuvieron con nosotros, no siendo la menor la de ser dispensados de pasar por la aduana; cosa que alegró no poco a más de dos que durante el viaje venían formando cábalas y haciendo conjeturas a fin de buscar el medio más apto para atravesar inmu-

nes dicha barrera... ¡Es aquí el tabaco tan caro! Pero no tuvieron percance, y sus «puros» palmeros pudieron ser disueltos en humo, tranquilamente, en el cielo azul de Italia, perfumando vagones de trenes y el «hall» del Plaza...

Despedidos del Biancamano, donde tan buenos e inolvidables momentos pasáramos, y pagada la «gentilezza» de los camareros, su simpatía y atenciones, con una regular «mancia» colectiva, propina, en castellano, de cuya recaudación se encargaron los peregrinos don Teodoro Artiles y don Juan Enrique, amén de las particularísimas, que no faltaron, abandonamos con sentimiento aquel trasatlántico que con insuperable «confort» nos recibió en Gran Canaria para conducirnos a la bella nación del Dante; aquel buque donde rogamos juntos cien peregrinos canarios ante el cuadrito de la Virgen del Pino, que nos unía familiarmente y como a hermanos en una íntima amistad cristiana; en cuyos salones habian resonado los acentos isleños, ora en forma de elocuencia, ora por medio de himnos que entonaba con alegría y entusiasmo la juventud de la peregrinación, amenizando nuestro viaje y armonizando nuestros actos colectivos...

Nunca olvidaremos aquella, «jaula regia», donde oímos la voz de Gigli, «el canario del campanario», como le decían de niño, por ser su padre campanero, según una revista italiana cuenta; viniendo a ser, pues, un isleño más que cantaba en la gran canariera del Biancamano.

***

A la salida de la amplia y hermosa estación marítima aguardaban ya nuestra llegada varios

La tan hermosa como merecidamente renombrada "Costa Azul"... *(P. 24) F. Artiles.*

...se proyecta airosa la estatua de Colón. *(P. 36)*

La catedral de Génova, de hermoso mármol blanco y negro en rayas horizontales.... *(P. 33)*

Hermosa vista del Castel Sant'Angelo y el Vaticano junto al Tiber.

magníficos autobuses, elegantes «torpedoni», brindándonos una rápida visita a la ciudad en el corto tiempo disponible, desde las seis, hora de llegada, a las ocho, la de la comida, para marchar luego en el tren a Roma.

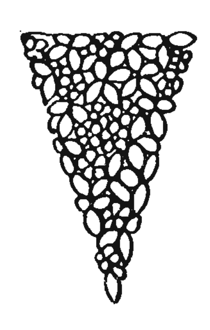
Instalados en ellos, arrancaron los mismos por las principales y más curiosas calles de Génova, haciendo cruzar ante nuestros ojos sus bellezas y monumentos, sus estrechísimas vías antiguas y altas, sus plazas, parques y jardines, y las modernas y espaciosas avenidas, de las cuales la llamada «20 de Septiembre» es una ancha y larga vía de grandes aceras de mosaico, bajo esbeltas y artísticas arcadas monumentales, que puede confirmar para Génova el título de «superba» que le daban en sus tiempos de grandeza.

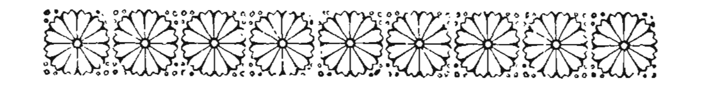
Irregularmente formada la ciudad por las condiciones montañosas del terreno, con túneles dentro de ella misma para los trenes y tranvías, es como una población de casas flotantes, cuyo caserío sube y baja, como sujeto al vaivén del oleaje y las mareas.

Pasan delante de nosotros el palacio de Brignole, el Pallavizzini, la catedral o «duomo» de San Lorenzo, construcción del siglo XII, de hermoso mármol blanco y negro en rayas horizontales, Santa María de Carignane, edificada imitando el plano de la de San Pedro en Roma, bellos palacios modernos y antiguos, y vetustas barriadas de sabor arcaico, restos de la primitiva y auténtica Génova de los cónsules..., toda la Génova de la historia, rival de Pisa y Venecia, que ha dejado recuerdos por todos los rincones de esta gran ciudad marítima de Italia.

Todos los peregrinos quedaron satisfechos de la interesante, aunque breve, excursión, estilo turista, amenizada por las gracias y «caídas» de algunos de los nuestros.

La cena se verificó en dos hoteles diferentes, y, después de ella, se repartieron los peregrinos en grupos por las calles esperando la salida para Roma.





IX

"LA RIVIERA BELLA"



las nueve de la noche del mismo día de la llegada a Génova habíamos de partir para Roma, siguiendo la ruta de los millones de peregrinos que, años tras años, desde que Pedro murió en ella, acuden a esta ciudad inmortal de las grandezas y las tradiciones, respirando allí el perfume cristiano y divino que brota de sus recuerdos y monumentos, reliquias insignes y venerados templos.

Ansiamos llegar a la ciudad cabeza del cristianismo, para postrarnos a los pies del Padre Santo, y recibir su bendición, como en otros tiempos hiciéranlo los mártires que iban a dar su vida por Cristo en las subterráneas catacumbas.

Pedro, el pescador de Galilea, recibió el encargo divino: «Apacienta mis corderos»... Y tam-

bién: «A quienes perdonares los pecados, les serán perdonados»...

Y desde entonces, ininterrumpidamente, vienen a esta Roma inmortal los hombres que buscan la paz y la caridad, la verdad y la luz, encontrándolas reflejadas en la persona de los Romanos Pontífices, sucesores de S. Pedro y vicarios del mismo Cristo, cuya Iglesia rigen y enseñan con gloria y certeza, triunfando siempre de los errores, de las persecuciones y las tiranías.

Aunque nos separa de Roma una larga distancia, ya presentimos la afluencia de viajeros y peregrinos que a esta ciudad se dirigen, encontrándonos por todas partes con quienes, formando caravanas, con variedad de trajes y lenguas, siguen la misma ruta que la nuestra, yendo todos a converger en Roma, centro de atracción universal, maravilloso imán de espíritus que atrae con irresistible fuerza a cristianos de todos los países, reuniéndolos en un mismo punto, ante el padre de todos, mediante el impulso de la corriente espiritual de una misma fe y una misma religión.

***

Nos dirigimos a la estación Principe, guiados por el representante de la «Cit», a quien llamamos Don Carlos, joven amable y simpático que nos había de acompañar hasta la vuelta a Milán, y pasamos junto al grupo artístico que se eleva frente a la citada estación ferroviaria, donde, sobre elegante pedestal adornado de esculturas de mármol, se proyecta airosa la estatua de Colón.

Aunque hubimos de esperar un rato, por fin llegaron nuestros vagones, reservados a la «Rome-

ría Canaria», como, no sin gracia, rezaban unos carteles pegados en las puertas de acceso.

Y los romeros canarios mostraban alegría ante aquel nuevo medio de comunicación, el «trasatlántico» terrestre, la canariera con ruedas, que nos iba a dejar en Roma.

Esta alegría se manifestaba en los chistes con que acogimos a los vendedores de «gelati», y alquiladores de «cuggini», nombre este último cuyo parecido de pronunciación con otra palabra española dió lugar a festivas interpretaciones.

El grupo de «reverendos» se había instalado en uno de los departamentos muy a gusto y satisfechos. Pero no habían concluído de colocar sus bártulos en las redes superiores del mismo, cuando una orden, (¡riservato!), de don Carlos, nos hizo trasladar tiendas a donde a cada cual le fué posible.

***

Por fin, la serpiente de hierro que forman los vagones del tren parece revivir con un movimiento brusco e inesperado. Se oye un resoplido agudo de desperezo del reptil gigante, y comienza éste a arrastrarse por las obligadas líneas de acero que aprisionan sus patas redondas, con que vuela más que corre por el binario de la vía férrea.

Atravesamos inmediatamente un túnel, dentro de la ciudad, y el tren comienza a devorar la costa de la Liguria, «la riviera bella», cuya vista, en lo poco que podemos alcanzar, es magnífica y encantadora.

Túnel tras túnel, cuarenta dicen que hay hasta Pisa, vamos dejando atrás bellísimos pueblos: Rapallo, famoso por el tratado de su nombre, esta-

ción veraniega de mucha importancia; S. Margherita, en cuya antigua cartuja estuvo prisionero de los españoles el rey caballero, vencido en Pavía; Chiavari, donde veranean un centenar de seminaristas españoles que estudian en Roma, entre ellos dos de Gran Canaria, los señores Cazorla y Naranjo, a quienes el que esto escribe tuvo más tarde el placer de saludar.

Los recuerdos se agolpan en la mente del cronista por haber pasado cuatro veranos en este sugestivo pueblecito, como alumno del citado colegio español, y ansía localizar estos lugares, conocidísimos, a través de las luces de la vía.

Todos los alrededores están repletos de castaños y pinos, cultivándose la viña en gran escala. Apenas hay trozo de terreno, llanura o montaña, en todo lo que se alcanza con la vísita, que no esté poblado de árboles.

Multitud de pequeños pagos hay diseminados por las faldas de los montes, coronados todos por la elegante y esbelta silueta de los campanarios, de blanquísimo mármol, cual antenas con que se comunican con el cielo estos sencillos y buenos habitantes.

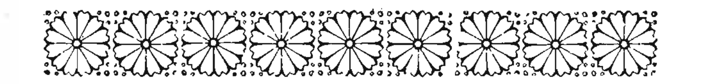
Famosos y veneradísimos santuarios se levantan sobre estas montañas encantadoras: la Madonna della Guardia, de Montallegro, delle Grazzie...

Besa sus plantas el bello río Entella, citado por Dante:

«fra Sestri e Chiavari si adima una fiumana bella...»

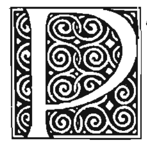
Los peregrinos, asomados en su mayoría a las ventanillas del tren, parece que sueñan, respirando contentos el perfume de los montes y de la brisa marina, que la veloz carrera de la serpiente de acero hace cruzar a prisa con un frescor agradable.





X

LA TORMENTA

ASADA la ciudad de Spezia, gran puerto militar italiano, lleno de luces, nos brindó la naturaleza un espectáculo sorprendente y fantástico, a la vez que temeroso.

Comenzó una ligera lluvia, convertida al poco tiempo en regular tormenta de truenos y relámpagos, que nos acompañó toda la noche, y en cuya comparación las nuestras seculares son, como diríamos nosotros, «tortas y pan pintado.»

Incendiábanse los montes, el mar y las llanuras, con el resplandor fulgurante de los continuos y prolongados relámpagos, y rayaban el espacio las estrías luminosas de las ininterrumpidas descargas eléctricas, aclarando y pintando con vívidos resplandores el paisaje que atravesábamos.

El zigzag de las chispas resplandecientes parecía rayar cual diamante el cristal azulado de los

cielos, y semejaban las rayas de fuego gigantescos cohetes que estallaban reventados con los estertores del trueno, cuyo eco retumbaba pavoroso sobre nuestras cabezas, como si fuera a derrumbarse, resquebrajado, el firmamento.

Estas magníficas luminarias y tan extraordinarias salvas recibíamos los peregrinos de la «romería canaria» al acercarnos a la ciudad eterna, pareciendo las obligadas prerrogativas de su grandeza.

Así, recostados tras los confortantes vagones de segunda, pudimos contemplar durante nuestro viaje nocturno algo de las bellezas y las armonías de los bellos paisajes que atravesábamos, iluminados por las providenciales bengalas, color de fuego azul, que los ángeles encendieron para alumbrarnos en los espacios.

***

No debió parecer así a todos, pues, no acostumbrados los isleños a tales piezas de fuego, tan diferentes a las que lucimos en nuestras fiestas, hubo quienes pasaron la tormenta rezando el trisagio e invocando a Santa Bárbara, abogada de las tempestades.

No podía faltar este número de fuegos para celebrar la llegada a Roma de la primera peregrinación canaria, que, bajo los auspicios de la Virgen del Pino, iba a ofrecer su homenaje, en la ciudad inmortal de los Emperadores y los Césares, al sucesor de San Pedro, al augusto vicario de Cristo sobre la tierra.

A media noche entramos en Pisa, la rival de Florencia y Génova en el siglo XI, temida y poderosa en su tiempo, habiendo quienes lograron

ver, al pasar, la famosa y universalmente conocida torre inclinada, desde la que Galileo hacía experiencias sobre la caída de los cuerpos; mientras que otros, a pesar de la claridad de los relámpagos, y de haber estado toda la noche en vela aguardando a verla, preguntaban, dos horas despuès de haber pasado, si faltaba mucho para llegar a Pisa...

Nos amanece en el tren. La tormenta ha cedido, y a nuestra vera se extiende todavía el mediterráneo, con quieta placidez de cristal transparente.

Ya nos encontramos en las desiertas llanuras de la campiña romana, donde parece como si las guerras y los ejércitos que por allí han cruzado la hubieran dejado yerta y devastada.

La majestad de Roma se afirma con estos alrededores solitarios, paisajes ascetas, que preparan el espíritu para la contemplación de Roma, la ciudad de la historia, de las artes, de la religión y la fé.

El genio de Mussolini ha hecho surgir en estas estepas una moderna población, poniendo ya los cimientos de otra, para repoblar estos campos que el impulso de los Romanos y de los Pontífices surcara de acueductos, ingentes obras maestras que enfilan sus arcos por la extensa llanura, medio derruídos los unos, conduciendo los otros todavía el elemento que convierte a Roma en la ciudad de las fuentes siempre vivas, chorreando agua, para alegrar la vejez adusta de la ciudad de las vicisitudes históricas, donde, entre sus ruinas y monumentos, se dibuja el mapa de la vida de la humanidad.

Civitavecchia es la última población de cierta importancia que atravesamos antes de llegar al fin de nuestro viaje. En esta ciudad desembarcaron el pasado siglo los soldados españoles, mandados por el general Córdoba, que vinieron a ofrecer sus respetos al Sumo Pontífice, a la sazón perseguido en su patria.

Y el Papa, a cuya vista desfilaron las tropas españolas, bendijo solemnemente al ejército de nuestra nación, que en nombre de la España católica ofrecía sus respetos y sus armas en defensa de la Iglesia.

***

Los peregrinos ocupaban las ventanillas de los vagones, esperando la aparición de la Ciudad Eterna, nueva tierra santa regada con sangre de mártires. Nos parece un sueño que llegamos a la sede principal del cristianismo, a la por todos conceptos célebre y grande ciudad de Roma, donde moran los Papas y acuden los santos.

La letra no puede expresar la interna emoción que sentimos al considerarnos tan cerca del mismo corazón de la Iglesia, que comunica su inmortalidad a esta ciudad llamada Eterna por su unión al Pontificado.

Cuando la gloriosa y soberbia Cúpula de San Pedro asoma su perfil redondo, con elegante esbeltez, sobre los templos y palacios de Roma, la contemplamos entusiasmados, compendiando y admirando en ella toda la grandeza y sublimidad de este centro vital del Catolicismo.

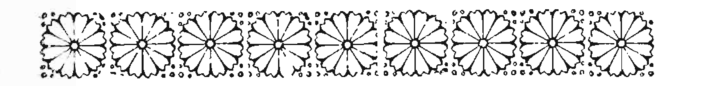
Elevada y bella, robusta y magnífica, subiendo airosa a besar las nubes, el «Cupulone»,—como dicen los romanos,—sobresale por encima de

cuanto en Roma existe: en lo material, por su altura y grandeza, en lo espiritual, por su significación mística, como símbolo de la universalidad, inmortalidad e infalibilidad de la Iglesia.

Parece obra de ángeles, hecha con plumas de sus cerúleas alas, y sustentada en los aires por el impulso de celestes espíritus angélicos.

¡Hemos llegado! ¡Salve, Roma Inmortal!





XI

ROMA

OMA!

Donde derramaron su sangre por Cristo los apóstoles Pedro y Pablo, humedeciendo esta tierra fértil para la semilla cristiana; los palacios de cuyos emperadores santificó Sebastián, muriendo asaeteado por su fé cerca del Palatino...

Donde la niña Inés quiso antes entregar su vida que renegar de Cristo, y donde Ignacio de Antioquía dió la suya en el Coliseo, en presencia de un pueblo que se complacía en arrojar en él a los cristianos como pasto de las fieras; donde la dulce Cecilia y el inocente Tarsicio sellaron con su sangre y su vida la fé que aprendieron en las catacumbas.

¡Roma! Donde cada piedra es un recuerdo y todo recuerdo una emoción. Donde, hoy como ayer, triunfa Pedro, a través de los siglos, las persecu-

ciones y las tiranías, con más gloria y esplendor que nunca.

Donde la cúpula del Vaticano surge majestuosa sobre la tumba del Apóstol que el Divino Maestro escogiera para piedra fundamental de su Iglesia, manifestando y recordando a los hombres la espiritual grandiosidad de la religión cristiana. Sobre todos los monumentos, maravillas derruídas y palacios de vetusta ancianidad, sobre las colinas y los templos, dominándolo todo, con singular magnificencia, la media naranja de la cúpula de Miguel Angel sostiene en los aires la triunfadora cruz de Cristo, la misma que Constantino viera un día resplandecer con extraños fulgores en el cielo de Roma, y sobre el histórico puente, todavía en pie como testimonio de aquella visión confortadora.

***

¡Roma! ¡Colmada de templos y llena de reliquias! ¡Cada ángulo, cada rincón de esta ciudad por excelencia histórica nos dicen algo, hablan al corazón, ilustran la inteligencia!

Rica de monumentos y de artes, conserva el rastro de todas las civilizaciones, y es asiento de la verdad, primera en la virtud, superior por su caridad, inmortal, eterna, civilizadora de pueblos y madre de cristiandades.

Su suelo está regado con sangre de millares de mártires cristianos, vertida, por confesar su fé, en los circos y en el Coliseo.

Incontables santos han nacido en ella, y son innumerables los que han venido impulsados por el aroma de santidad y heroísmo que brota de tantos lugares santificados, para aspirar aquí el



Grupo de peregrinos en Roma.

También resiste aún, con severa firmeza, la mole imponente del Coliseo. *(P. 61) F. Artiles.*

En las termas de Caracalla.

aliento vivificador que expanden sus hechos y sus virtudes.

Sobre las ruinas de la Roma pagana y perseguidora de cristianos, sobre sus carcomidos monumentos, imagen de la falsa grandeza que los erigiera; sobre arcos de triunfo caídos y columnas destrozadas, sin brillo ni gloria; sobre el laberinto que forman los palacios abandonadas de los Césares, donde paseaban su orgullo, flor de un día, esos efímeros perseguidores; sobre toda su pasajera grandeza, ya acabada, surgen, símbolos del triunfo, los templos levantados a los perseguidos.

Y mientras de los Emperadores y los Césares apenas sabemos donde fueron quemadas oarrojadas sus cenizas, se veneran y conservan, con devota piedad, las reliquias más insignificantes de los santos y de los mártires, y multitudes de creyentes acuden a postrarse ante sus tumbas, anhelando poseer una pequeñísima parte de sus despojos.



A esta ciudad mundialmente célebre, nervio central de la religión y del culto a Dios, defensora de la justicia, amante de la paz, misericordiosa y magnánima, llegan cien hijos de las Afortunadas, de aquellas islas atlánticas unidas a Roma por los vínculos de la fe y el amor, más fuertes que los terrenales de la patria y la familia, parao frecerle, rendidamente, el tributo de nuestra admiración y cariño.

Somos hijos de Roma. Llegamos a la casa paterna de todos los cristianos. Los mártires son hermanos nuestros que han sabido morir por Cristo...

Cuando las Canarias vivían en su estado primitivo, Roma, madre solícita de todos los hombres, cumpliendo el encargo del Fundador de la Iglesia, enviaba misioneros a enseñar y civilizar a los indígenas, con espíritu de sacrificio y desprendimiento, tan contiario al de los conquistadores materiales.

Y más tarde enviaba obispos que rigieran la naciente Iglesia canaria, y protegieran a los isleños del exagerado afán de lucro de los aventureros.

Enviado de Roma era Fray Mendo de Viedma, tercer obispo de Canarias, quien, en su humildad franciscana, tenía arrestos para reprochar a uno de los conquistadores las ventas que como a esclavos hacía de nuestros indígenas, diciéndole lo que expresaba el historiador poeta de Canarias, nuestro Antonio de Viana, en estos versos:

«No es justo que a los suyos el rey venda
que corre riesgo déllos ser vendido;
mira que sin justicia has procedido...
pues sin justicia es que los cristianos
se vendan por dinero a los tiranos»..

Y el ardiente defensor de los canarios, precursor de Cisneros, razonaba así los motivos de su réplica en favor de la primitiva raza:

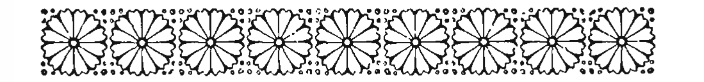
«Dios al hombre crió de gloria lleno,
libre, y después del mísero pecado,
quedó cautivo, y de la gracia ajeno,
en hierro de sus yerros aherrojado;
y Dios pobre y desnudo en paja y heno

nació, hombre hecho, porque rescatado
fuese, no con dineros, plata ni oro,
mas con sangre de Dios, rico tesoro... (1)

Desde hace, pues, cinco siglos Roma protegía a nuestros isleños, como madre solícita de todos los hombres, de todos los pueblos, de todas las razas...

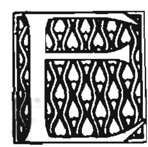


(1) Antigüedades de las Islas Afortunadas: Canto II.



XII

LLUVIA DE CENIZAS

STAMOS ya en Roma, corazón del mundo cristiano, y
" ... della bella Italia, ov'é la sede
Del valor vero e della vera Fede". ,
como dice el Tasso. (1)

Desde la estación, a donde hemos llegado, marchamos en autobuses al lujosísimo hotel Plaza, de severo estilo y elegantes salones estucados, confortador y cómodo, para desayunar, descansar unos momentos, y salir luego a las visitas de las Basílicas jubilares.

Hállase situado este hotel en el popular «Corso Umberto», donde en los siglos XVI y XVII se celebraban, como en el centro más importante de la Roma de entonces, fastuosas fiestas y regoci-

---

(1) Gerusalemme Liberata... Canto VI, Cat. 77.

jadas carreras de caballos, «corse», de donde le viene su nombre, especificado después para significar en Italia las vías de cierta especial importancia.

Frente por frente del hotel está la Iglesia llamada S. Carlos de los Lombardos, por ser la de éstos, y dedicada a su compatriota el santo cardenal y arzobispo de Milán, Carlos Borromeo, primo del también arzobispo y cardenal de la misma ciudad, Federico Borromeo, aquél de quien habla Manzoni en su «I Promessi Sposi», fundador de la biblioteca Ambrosiana de Milán.

Campea en dicha iglesia por todas partes el lema «*Humilitas*», que lo fué del santo, y en la misma celebramos varios sacerdotes canarios, y el que escribe, en el mismo altar donde el actual Pontífice, lombardo él, que también fué arzobispo de Milán, celebró por primera vez el santo sacrificio.

Poco después de haber llegado, ya esperaban los autos para conducirnos a las visitas jubilares.

Telefónicamente, pues todas las habitaciones disponían de este medio de comunicación, se les fué avisando a los peregrinos la próxima salida.

Mientras tanto, los que habiamos ocupado nuestros puestos en los coches pudimos presenciar una pequeña escena pintoresca.

Resultó que, de lo alto del hotel, comenzó a caer sobre nosotros y los transeuntes una ligera lluvia de hollín, que, rápidamente, fué creciendo hasta convertirse en chaparrón de cenizas, obligándonos pronto a cerrar las vidrieras de

los autos, bien pronto tapizadas con una capa de terciopelo negro.

Los peregrinos comentaron graciosamente:

«¡Es que están limpiando las chimeneas para hacernos la comida!»

«¡Hemos pegado fuego al hotel! ¡Adiós nuestro equipaje!, —decían otros.

Subió nuestra admiración al ver que el río de gente del Corso se estancaba ante aquel improvisado espectáculo, y que llegaba de pronto, sonando un estridente esquilón agudo, el rojo carro de los bomberos....

Nos figuramos, enseguida, que ibamos a tener el lujo de ver, gratuitamente, un incendio mayúsculo, con sus correspondientes sustos, carreras, escalas y mangueras enchufadas.

Pero, ¡nada de eso! Un bombero se armó tranquilamente de su escalera, e introdújose en el hotel, más despaci de lo que hubiéramos querido para alentar las ilusiones; y poco a poco se fué extinguiendo aquella negra nevada, que, para nuestra recompensa, fué barrida bien pronto por una verdadera lluvia, que limpió cristales y refrescó el ambiente.

* * *

Por fin nos reunimos. "¡Via!"...

Los autos arrancan, emprendiendo también su carrera por el Corso Umberto, la antigüa arteria vital de Roma, que no ha perdido su importancia, y enfilan el grandioso monumento a la Italia Nueva, dedicado a la patria, tumba del «Soldado Desconocido», resplandeciente de blanquísimo már-

mol, adornado de estatuas y fuentes, y de variada serie de galerías y columnas, que se presenta, soberbio, en la plaza de Venecia, junto al Capitolio y el Foro.

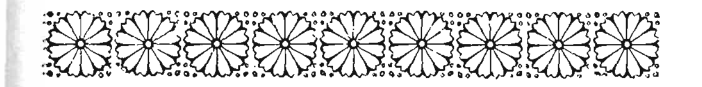
A la derecha dejamos el palacio de dicha plaza donde mora el forjador de la Italia fascista, Benito Mussolini, el político eminente, que ha transformado a Roma, cuya asombrosa actividad ha hecho surgir la nueva vía del Imperio, por la cual seguidamente atravesamos, ancha y espaciosa, trazada sobre un cúmulo de estrechas calles y casas viejas, a fin de unir, con elegante línea recta, el monumento de la Patria, símbolo de la Italia Nueva, grande y fuerte, con el Coliseo, que lo es de la Roma imperial y dominadora.

La plaza «Venezia» es el centro de la Roma política. A ella acuden todas las manisfestaciones patrióticas y los visitantes extranjeros que representen algo para depositar flores en la tumba del Soldado Desconocido.

Las más importantes calles desembocan allí, y está no lejos el Capitolio, en cuyos hermosos edificios, trazados por Miguel Angel sobre los restos del antiguo templo a Júpiter Capitolino, se reúnen, en las grandes solemnidades y fiestas, las autoridades de Italia.

Sobre el Capitolio se eleva, por orden de Mussolini, la cruz que otros Gobiernos anteriores habían mandado quitar.

La significación de esta cruz es como de bendición augusta para todas las antigüedades paganas, santificadas con la sangre de los mártires, redimidas por la cruz bendita que triunfa allí donde otrora se diera culto a los ídolos...



XIII

EL APOSTOL DE CANARIAS



N el transcurso de los tiempos han venido a esta Roma Eterna los grandes sabios, los mayores santos, y los más renombrados artistas, atraídos por la aureola de sabiduría, de virtud y de belleza que resplandece en toda la historia antigua y moderna de esta ciudad.

Las Islas Canarias no han sido excepción en esta ley universal, y, desde Juan Bethencourt, el primer conquistador de las Canarias,—conquistador efectivo, pues nominal lo fué aquel "Príncipe de la Fortuna", que, titulándose "Rey de las Canarias", paseó con pompa y magnificencia por las calles de Avignon, en Diciembre de 1344, después de haber sido coronado solemnemente por el Pontifice Clemente XI, como soberano de las Afortunadas; investidura de la que nos habla el

inmortal poeta Petrarca, testigo de vista de la referida pomposa solemnidad; — hasta Viera y Clavijo, el sacerdote historiador canario, pasando por el santo franciscano de Fuerteventura, el que convirtió aquella isla en florido jardín de la Iglesia, con el apostolado de su palabra y de sus virtudes, no han dejado nunca las Canarias de testimoniar a la Roma cristiana el afecto de los isleños al Vicario de Cristo.

Lo recordaba así el Rvdo. señor Cura Párroco de Guía, Don José Martín Morales, cuando, en medio del mar, en el Biancamano, nos dirigió aquellas sentidas pláticas, llenas de sabor romano, diciendo, entonces, que era tan intenso el amor de los canarios al Romano Pontífice, que en sus ciudades y aldeas, en sus campos y en sus montes, las familias canarias, al invocar a la Virgen con el rezo del santo rosario, incluían siempre en sus oraciones un Padrenuestro a intención del Jefe de la Iglesia.



Perdona, caro lector, esta disgresión del relato de nuestra crónica, ocasionada por un recuerdo que la vista del monumento grandioso a la Italia nueva ha traído a mi memoria.

Con motivo del jubileo del Año Santo de 1450, venía a Roma, desde Fuerteventura, entonces tierra de misiones y de conquistas, el lego franciscano Diego de San Nicolás del Puerto, su patria, en el arzobispado de Sevilla, quien acababa de conquistar para Cristo las almas de aquellos sencillos y nobles habitantes primitivos de Canarias, donde perdura la grata memoria de su recuer-

do y de sus hechos, de sus virtudes y aún milagros.

Era aquel lego el que un siglo más tarde recibía en esta misma Roma la aureola de los santos, canonizado por Sixto V, glorificado y engrandecido por sus virtudes en la España católica de Felipe II.

El mismo que el genio de Lope de Vega ensalzara, poniéndolo en las costas de Fuerteventura como un ardiente misionero que enseñaba con su ejemplo y palabra a los indígenas, y decidiéndose a pasar a nuestra isla al oir las palabras de Fray Pablo que le decía:

"Padre, la Gran Canaria, como ha visto,
Rayo no tiene de la luz de Cristo..."(1)

Fué el antiguo convento de Ara Coeli, derribado en parte para erigir este monumento que hoy se levanta en su lugar, aquél en una de cuyas celdas habitó mientras estuvo en Roma el humilde religioso franciscano, que la llenó con el aroma de sus virtudes.

"El Apóstol de los canarios, San Diego de Alcalá",--como se leía en un gran cuadro suyo en la Exposición Misional celebrada en Roma con motivo del Año Santo de 1925, donde se le representaba dando pan a los indígenas isleños,—el amigo de éstos, su defensor y maestro, el que los amó con sublime caridad, ese mismo—he pensado—recorrió estos parajes, respiró estos aires, contempló los rotos monumentos del Foro cercano,

(1) Comedia "S. Diego de Alcalá" Acto II.

el Capitolio famoso, do estaba el convento, la próxima roca Tarpeya, el Coliseo, todo ésto que ahora admiramos sus hijos en la fe; y oró, sin duda, por sus amados isleños, en la adjunta iglesia de Santa María de Ara Coeli, que venera en uno de sus altares al que debía llamarse, más que San Diego de Alcalá, San Diego de Canarias.

*
* *

Los autos prosiguen, penetran en la "Vía dell'Impero", y enfocan el Coliseo, que aparece al fondo perfilando su adusta redondez temerosa y gigante.

A la derecha contemplamos el antiguo Foro Romano y el Palatino; éste, donde los Césares dominaron con orgullo, y murió Sebastián, el guerrero convertido en soldado de Cristo; aquél, donde se siente, deshecha en capiteles rotos, columnas tronchadas, arcos derruídos y paganos templos ruinosos, la majestad de la ciudad de los Césares que semeja hoy, como dijo Vázquez de Mella, "los mástiles de un navío que ha sido sepultado en un mar de cieno, y del cual sólo quedan estas columnas y estos arcos que sirven para señalar al viajero el sitio de la catástrofe"....

Sobre sus escombros se levantó la eterna ciudad de los Pontífices y los Santos, simbolizada en los templos cristianos que aquí y allá, elévanse, resistentes y siempre jóvenes, sobre la baraúnda del esquelético laberinto que forman las ruinas y los carcomidos monumentos del paganismo.

Quedan en pie los arcos de Constantino y de Tito, como recuerdo, el primero, del triunfo definitivo de la Iglesia de las catacumbas sobre sus

perseguidores, el segundo, del castigo divino de los deicidas...

También resiste aún, con severa firmeza, la mole imponente del Anfiteatro Flavio, o Coliseo, a cuyo lado cruzamos, mirando extasiados aquella maravilla de arte romano, testigo mudo de los sufrimientos de los mártires, cuya sangre santificó sus arenas.

Infunde pavor la altura de este colosal monumento antiguo, los enormes bloques de cuyas paredes, agrietadas y abiertas, parece van a derrumbarse estrepitosamente sobre nuestras cabezas.

A la izquierda, sepultada entre escombros, bajo tierra, yace la famosa "Domus Aurea" de Nerón, sin brillo ni gloria,

"Campo de soledad, mustio collado",

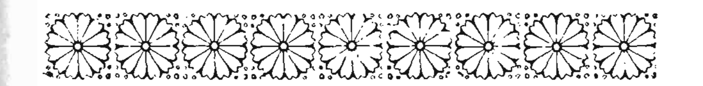
como dijo el poeta...

Y si del Coliseo podemos decir con versos de Rodrigo Caro:

Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo!, representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago....,

del palacio de Nerón podríamos repetir con el mismo:

"La casa para el César fabricada
¡ay!, yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, césares murieron,
y aún las piedras que de éllos se escribieron...,



XIV

SANTA MARIA LA MAYOR. EL JUBILEO



PASADOS el Foro y el Coliseo, dejada a izquierda la vetusta iglesia de S. Clemente, en cuyos subterráneos se muestran antiquísimas murallas, vestigios de todas las épocas de Roma, cual rastro de los siglos que depositan sus capas en el terreno, imprimiendo en él el sello de su paso, nos acercamos al monte Esquilino, que fué, durante la Roma republicana, la fosa común donde iban a parar los cadáveres del populacho y de los esclavos, convertido más tarde, en tiempos de Augusto, en deliciosos jardines.

En ellos levantó una casa Mecenas, el protector de los literatos y artistas del Lacio, cubriéndose bien pronto aquella colina de espléndidos palacios que rodeaban la famosa «Villa de Mecenas».

Una de esas magníficas residencias, la Liciniana, fué lugar de reunión de los cristianos: «Christiani situs est conventiculus», — dice Amiamo Mercelino, y sus restos fueron descubiertos en 1886, habiendo estado situada en el ángulo de una calle que correspondía a la actual plaza de Santa María la Mayor.

En el año 352—cuenta la leyenda—los vecicinos de la colina, cuya suntuosidad había casi desaparecido, se vieron sorprendidos por una copiosa nevada, que durante la noche cubrió bastante espacio de la misma.

Al mismo tiempo un noble cristiano tuvo un sueño en el que la Virgen María le ordenaba erigir un templo; y al comunicar esta intención al Pontífice Liberio, sorprendióle éste con la noticia de haber tenido un sueño semejante...

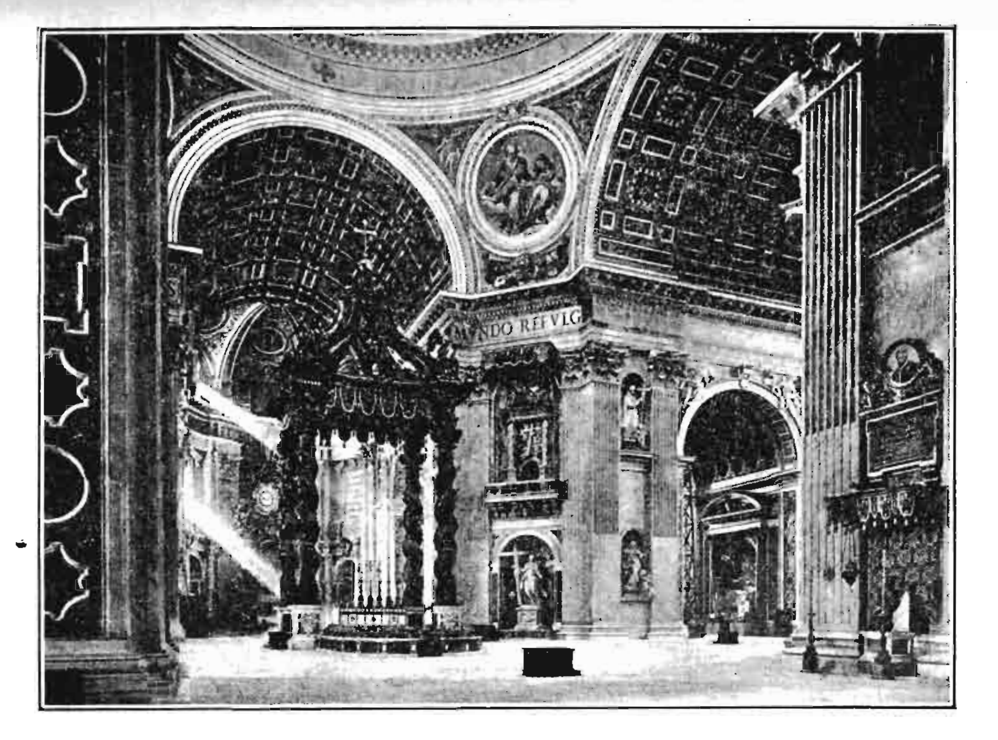
A expensas de dicho patricio y su esposa edificóse la nueva basílica, conocida por Liberiana —por el Pontífice Liberio —, y de S. María de las Nieves, por la tradición de su caída inesperada en el espacio que ocupa.

Hoy, reformada por Sixto III, se conoce con los nombres de «Sta. María ad praesepe», por estar en ella los restos de la santa cuna de Belén, siendo más vulgarmente llamada Basílica de Sta. María la Mayor.

* * *

A ella hemos llegado los peregrinos, disponiéndonos a realizar el acto fin de nuestro viaje, el de ganar el Jubileo del Año Santo.

Vamos a unirnos al constante afluir de cristianos que, venidos de todos los rincones del mundo, hoy como hace veinte siglos, desde que Pedro y



S. Pedro... **Deslúmbranse los ojos ante el sorprendente espectáculo...** *(P. 82)*



S. Pablo... un verdadero bosque de monolíticas y vigorosas columnas... *(P. 102)*

Pablo santificaron la Roma pagana, acuden a estos lugares santos para rezar y llorar, pedir perdón e implorar misericordia.

Gentes de todas las naciones, individuos de todas las razas y colores, en interminables filas y compactos grupos, cantando y rezando, entran y salen en las basílicas, como en otros tiempos de persecución y martirio hiciéranlo en las subterráneas y oscuras catacumbas los primeros cristianos.

En el atrio de la Basílica, en el que contemplamos a derecha una estatua en bronce del rey de España Felipe IV, gran protector de este templo—del cual fueron canónigos honorarios los Soberanos de nuestra patria—,un joven socio de la Juventud Católica Italiana ha entregado al Rvdo. D. José Martín Morales una cruz, que presidirá nuestro acto, acompañándola con cirios encendidos los sacerdotes peregrinos Rvdos. P. Ayala, Superior de los Misioneros, y don Pedro Arbelo, Capellán del Hospital de San Martín de Las Palmas.

En fila tras la cruz hemos ingresado por la Puerta Santa de aquel suntuoso y magnífico templo, cuyas vastas naves, separadas por esbeltas columnas marmóreas, llenan grupos de romeros, poblando sus altares y capillas de murmullos y plegarias, de himnos y cánticos, que se repiten en todos los tonos y todas las lenguas...

¡Qué impresión tan grata la de aquel confuso conjunto armónico y vario, repleto de espiritualidad y vida, confortador y divino, que robustece y afirma los espíritus en la religión y la fe!

Hemos entrado en la capilla del Santísimo. Su artesonado está embellecido con el primer oro que trajeron de América los galeones de España, regalo de nuestros Soberanos.

En el altar de su pequeña cripta celebró misa S Ignacio de Loyola la noche de Navidad del año 1538, y la primera suya S. Cayetano de Thiene. En el altar de la izquierda está sepultado el inmortal Pontífice de Lepanto, S. Pío V, cuyo cuerpo se conserva incorrupto.

¡Rara coincidencia! En un nicho lateral, incrustado en una de las columnas de la capilla, humildemente, como fué su vida, abrazando entre sus brazos una cruz, se encuentra una estatua de S. Diego de Alcalá, el Apóstol de Canarias.

¡Nuestro Apóstol, el humilde lego franciscano, cuyo recuerdo perdura aún en las tierras sedientas de Fuerteventura, santificadas con sus virtudes, el descubridor de la patrona de aquella isla, Ntra. Sra de la Peña, que en las hoquedades de Río-Palma, bendecida por sus manos, consuela las penas y enjuga las lágrimas de sus hijos; el que predicó con el ejemplo de sus santas obras y convirtió con sus milagros a los primitivos habitantes de Canarias, el que sembró la simiente cristiana en nuestras islas, por cuya fe, que aún perdura arraigada y robusta, hemos venido aquí, ese santo, tan íntimamente unido a la historia de Canarias, por singular y simpática coincidencia providencial, va a presidir el comienzo del acto más importante de nuestra peregrinación!

¡Cómo se habrá estremecido de gozo en su pedestal la estatua del santo lego franciscano, al contemplar cabe sí, para realizar una gran mani-

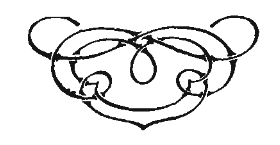
festación de fe, a los descendientes de aquellos isleños que él conquistó para Cristo!

En medio de la emoción que todos sentíamos en aquel ambiente divino, de intensa piedad y subido fervor, el Rvdo. P. Rodríguez, no menos emocionado, nos dirige, para recordarnos la significación del acto que íbamos a realizar, las siguientes palabras:

«Vamos a comenzar las visitas para ganar el Jubileo del Año Santo, fin principal de nuestra peregrinación. En este momento tan interesante, acordémonos de nuestras familias, de nuestros amigos, de cuantos se han encomendado a nuestras oraciones y de nosotros mismos.

Me parece conveniente advertir que no es necesario el estado de gracia en el momento actual, sino en el acto último de la comunión. Será bueno, no obstante, irnos moviendo poco a poco el acto de perfecta contrición...»

Lo cual dicho, nos postramos de rodillas y dimos principio, con la estación al Santísimo Sacramento, a las imperadas oraciones para obtener las indulgencias del Jubileo, bajo la mirada benigna y sin duda gozosa del Apóstol de Canarias.





XV

SANTA MARÍA LA MAYOR
EL JUBILEO

II



ERMINADA la estación al Santísimo Sacramento, nos dirigimos, precedidos de la cruz, a la capilla del Crucificado, y allí, ante una gran imágen de Cristo, de severa faz y veneranda antigüedad, que nunca falta en estas iglesias y basílicas romanas, compendiando en sí toda la historia religiosa de las parroquias y de los pueblos, rezamos en alta voz y por tres veces el «Credo».

Dicha al final la jaculatoria: «Adorámoste, Cristo, y bendecímoste...» etc., pasamos a postrarnos ante la imagen de María titulada «Salud del Pueblo Romano», tan amada por éstos, que fué traída a la Ciudad Eterna, desde Constantinopla, en tiempos de la persecución iconoclasta de los

emperadores de Oriente, y la cual atribuye al pincel del evangelista S. Lucas una tradición muy antigua y popular.

Ante ella repetimos siete veces las palabras del Ave-María, para ir a finalizar las preces de la primera visita—había que verificarlas tres veces en cada una de las cuatro basílicas mayores—, en el altar que nosotros diríamos «Mayor», llamado aquí de la «Confesión», donde, ante los restos del santo pesebre de Belén, rezamos, con más fervor que nunca, el «Creo en Dios Padre»; pareciéndonos, al decir «Creo en Jesucristo, su único Hijo, que nació de Santa María Virgen», que nos habíamos trasladado a aquella tierra bendita que El santificó con su presencia.

Terminadas las referidas preces, nos hemos acercado a la rica urna de plata y cristal, donada por la duquesa española de Villahermosa, que encierra trozos de madera del pesebre en que nació el Salvador de los hombres, descendiendo para ello la elegante rampa de mármol, a doble escalinata, que nos conduce al altar del pesebre colocado bajo el principal, donde se celebran las solemnidades pontificales.

Ante dicha urna vése la estatua del Pontífice de la Inmaculada, Pio IX, y sobre ella y el altar mayor se eleva airoso el artístico templete, o baldaquin, cuyas esbeltas columnas de pórfido se adornan con bellas guirnaldas de bronce dorado.

En el fondo resalta el mosaico de Jaime de Turrita, que canta las glorias de María en el momento de su coronación excelsa.

Visitamos también la hermosa capilla Borghesiana, enteramente simétrica a la del Santísimo,

llamada Sixtina, y desde cuya pequeña cúpula se dejan caer el cinco de Agosto, festividad de las Nieves, titular de la basílica, blancos y perfumados jazmines, en recuerdo de la nevada milagrosa a que se atribuye el origen de su título.

Otro hermoso mosaico, cuya ejecución data del siglo V en que lo mandó hacer el Papa San Sixto III, en memoria del concilio de Efeso que proclamó solemnemente el dogma de la divina maternidad de la Virgen María, adorna el templo sobre el llamado arco santo o triunfal.

No menos hermoso es el monumental sagrario, obra del arquitecto Domingo Fontana, ejecutado en bronce dorado y sostenido graciosamente en el aire por cuatro ángeles, que lo levantan con sus manos, colocado en el centro de la capilla en que, como he dicho, se encuentra la estatua de S. Diego de Alcalá, junto al sepulcro del Pontífice Sixto V.

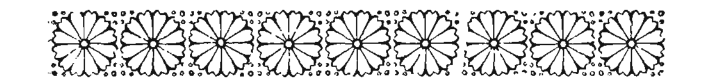
Todo esto nos lo va explicando el «cicerone», que acompaña sus explicaciones con interesantes datos históricos y piadosos recuerdos, no olvidándose de que fueron los Pontífices españoles Calixto III y Alejandro VI, quienes encargaron al renombrado Julián de Sangallo el magnífico artesonado de madera, dorado con oro de España, que luce el techo de la no menos magnífica y y suntuosa Basílica de Santa María la Mayor.

Ya de salida admiramos, entre dos capillas menores, el monumento que, con el título de «Regina Pacis», mandó eregir en 1918 el Papa Benedicto XV, y volvimos a cruzar bajo la Puerta Santa, la misma que en 1925 abrió a golpes de un martillo de plata—construido especialmente

en la Fábrica de Armas de Toledo, y regalo del ex-rey de España—, el anciano Cardenal Vannulli, el mismo que, veinte y cinco años antes, había realizado semejante ceremonia allí mismo, en la Basílica de Santa María de las Nieves.

Ante la fachada del templo se levanta una estriada columna, procedente de la basílica constantiniana del Foro, que sostiene en su alta cúspide la imagen de María sobre copos de blanca nieve..





XVI

SAN JUAN DE LETRAN



OS elegantes autos nos condujeron a las puertas de la por su antigüedad e importancia histórica veneradísima Basílica de San Juan de Letrán, distinguida con el glorioso título de "Madre y Cabeza de todas las Iglesias del Mundo".

En el emplazamiento que ocupaba el palacio de la antigua familia romana de los "Laterani", palacio que Fausta, hermana de Majencio, aportó en dote a Constantino, habiéndolo ofrecido éste como presente, después de convertido al cristianismo, al Pontífice San Melquíades, se levanta la Archibasílica del Salvador, o de San Juan de Letrán, tomando nombre del de la familia que habitaba el palacio "Laterani".

Fué desde entonces residencia de los Sumos Pontífices de la Iglesia, que la embellecieron y transformaron a través de los siglos.

En ella Carlo Magno confirmó y amplió la donación de Pepino concerniente a los bienes temporales de la Santa Sede.

En 1079, el Papa Gregorio VII recibió allí a la condesa Matilde de Canosa, que renovó el solemne acto de donación de todos sus bienes a los Romanos Pontífices; y en el mismo Letrán recibió Inocencio II a Francisco de Asís, Domingo de Guzmán y Juan de Mata, que fueron a exponerle sus grandiosos proyectos para la salvación moral de la sociedad.

Todos los acontecimientos históricos de la Iglesia tuvieron repercusión, durante diez siglos, en esta antiquísima Basílica Patriarcal, y junto a ella está aún en pié el hermoso baptisterio que Constantino el Grande hizo edificar, y en el cual, según la tradición, recibió las aguas del bautismo.

Desde que la Iglesia recobró su libertad, fué Letrán el centro vital del cristianismo, la Sede de los Pontífices y de muchos concilios generales, recabando para sí, con justo título, el de "Cabeza y Madre de todas las Iglesias."

En sus adjuntos palacios, en un tiempo morada de los Pontífices, vénse todavía las huellas de las granadas que las tropas garibaldinas arrojaron el 20 de Septiembre de 1870; en aquella misma fachada desde cuyo balcón central bendecía el Papa el día de la Ascensión al pueblo romano; y desde el cual el mismo dia anterior a la citada fecha lo había bendecido, así como al ejército que se aprestaba a defenderle, después de haber subido de rodillas la "Escala Santa", que allí cerca se venera...

Este famosísimo templo encierra las cabezas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y guarda,

entre otras reliquias, la tabla de la mesa en que el Redentor instituyó el Sacramento de la Eucaristía

A él llegamos los peregrinos para contemplar tan estimadas reliquias, y respirar allí el perfume de intensa piedad que brota de las mismas piedras y mármoles, testigos de tantas glorias, triunfos y vicisitudes de la Iglesia.

Ibamos a realizar las preces jubilares, con las mismas ceremonias que en la basílica de Santa María de las Nieves, penetrando por la puerta santa, con sentida emoción, procesionalmente, rodeados de incalculable multitud de cristianos, que practicaban idéntica manifestación de piedad.

Después de haber admirado la colosal fachada, de estilo corintio, pisamos aquel hermoso pavimento cosmatesco, en el que relucen algunas piezas de raro pórfido amanzanado, yendo a postrarnos ante el altar del Santísimo, adornado con cuatro columnas de bronce dorado, estriadas, procedentes del templo que los romanos erigieran a Júpiter Capitolino, que sostienen un rico entablamento del mismo metal, sobre el cual se muestra la apreciada reliquia de la Institución de la Eucaristía.

Terminadas las preces jubilares, nos entretuvimos en la contemplación de las bellezas del templo.

La nave central tiene, colocadas en huecos de las columnas, doce grandes estatuas de los Apóstoles, corriendo sobre ellas dos series de cuadros

en relieve, estucados, con episodios correlativos del Antiguo y Nuevo Testamento.

El maravilloso mosaico que adorna el ábside de la Basílica constituye por sí sólo un poema, siendo una síntesis acabada y artística del simbolismo cristiano, un monumento lleno de doctrina, una epopeya de piedra que nos cuenta el Misterio de la Redención, la historia, misión sublime y destinos de la Iglesia.

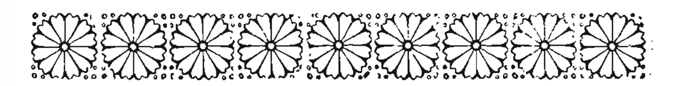
Encerraba en otro tiempo el mosaico una estimada imagen equirotipa, es decir, no ejecutada por obra humana sino por ministerio de ángeles; pues, según narra la leyenda, el día de la consagración solemne de dicha basílica por el Papa Silvestre, asistiendo Constantino, bautizado, con toda su corte, a la ceremonia litúrgica, rasgó de pronto los aires y fué a fijarse con trozos de piedra en la coronilla de la bóveda absidal, una radiante imagen del Salvador, que estuvo allí mucho tiempo, y que hoy se contempla en la «Scala Santa», a donde fué trasladada.

Todos los Pontífices han contribuído a embellecer este insigne templo cristiano, habiendo alcanzado su máximo esplendor en tiempos de Bonifacio VIII, en los que fué, como hoy San Pedro, un reflejo de la gloria insigne del Pontificado.

Con razón pudo escribir el inmortal florentino en su Divina Comedia, refiriéndose al esplendor y magnificencia de esta hermosísima Basílica y sus adjuntos palacios:

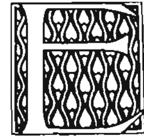
«Vedendo Roma e l'ardua sua opra
Stupefaceansi, quando Laterano
Alle cose mortali andó di sopra.. .(1)

(1) Par, XXXI, 34.



XVII

SAN PEDRO

L amplío y suntuoso comedor del hotel hervía de animadas conversaciones sobre las cosas vistas en aquella primera mañana de estancia en la ciudad de Roma, comentándose sobremanera el extraordinario gentío de peregrinos que por todas partes se veía, llenando calles, plazas y templos de esta inmortal y grandiosa ciudad eterna.

En medio de la comida nos vemos interrumpidos por las familiares advertencias del Rvdo. Padre Francisco, quien nos señala el plan para la tarde: las visitas a San Pedro y San Pablo.

Las emociones se suceden ininterrumpidamente. Tras un breve descanso vamos a contemplar la primera maravilla del mundo, el templo más insigne y mayor de la cristiandad, cuyas bellezas y excelencias no podrá describir adecuadamente, ni

hacer sentir como se merecen, los pobres trazos de estas líneas.

Anhelamos llegar a la vista del merecido y universalmente famoso templo vaticano, y deleitarnos ante el espectáculo de aquella cúpula soberbia, que se levanta proclamando la majestad suprema de la Iglesia, como figura material de su divina grandeza.

* * *

Al ser enterrado San Pedro en la antigua vía Cornelia de los romanos, y junto al circo de Nerón, la colina vaticana se transformó en centro de peregrinación para los cristianos, surgiendo bien pronto, sobre la tumba del Apóstol, una capilla que la piedad de Constantino el Grande convirtió más tarde en lujosísimo templo.

Para trazar sus cimientos, este emperador, recién convertido, vino con gran pompa a la colina vaticana, y, después de haberse postrado ante el seprulcro de S. Pedro Apóstol, despojóse de sus ricas vestiduras, y, tomando un pico, señaló el área de la nueva grandiosa basílica, y llenó y trasportó a ella doce espuertas de tierra, en honor de los doce Apóstoles

Pero aquella bellísima iglesia, visitada por los millares y millares de peregrinos de los primeros siglos del cristianismo, pareció, andando el tiempo, muy pequeña para sede del pescador de Galilea.

Y surgió en su lugar la nueva Basílica Vaticana, mancomunándose para embellecerla los genios de Bramante, Miguel Angel y Bernini; habiendo dejado el segundo, còn su colosal cúpula, un poema de piedra que canta en los aires el sempiterno triunfo de la Iglesia Católica.

Al penetrar los peregrinos por la espaciosa e inmensa plaza del obelisco, la impresión del soberano conjunto que allí se admira nos obliga a detenernos.

Giran en semicírculo, cual gigantescos brazos abiertos para acoger a todos los hombres, según la concepción berniniana, las incontables columnas enormes que rodean al ámbito de la plaza, coronadas por cientos de estatuas...

Levántanse en medio de ella las dos monumentales fuentes, que hacen subir montañas de agua y espuma, y refrescan gratamente el contorno de la plaza.

En el centro de ésta surge el celebérrimo obelisco, al que se atribuye una fabulosa antigüedad, que se remonta a los tiempos de Moisés, traído de Egipto en barco especial, que lo condujo por el cauce del Tiber hasta Roma. En su base se lee la siguiente inscripción:

«CRISTO VENCE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA»

La majestuosa Basílica y su cúpula son símbolos de este triunfo.

Reina Cristo sobre los espíritus y los pueblos, mediante el suave gobierno de los Pontífices, cuya divina dignidad pregona la Basilica y su esbelta cúpula, que la corona graciosamente..

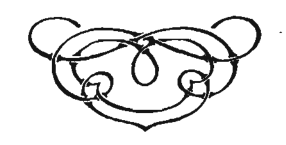
El imperio de Cristo se afianza y extiende cada vez más por la tierra, entre salvajes e infieles, impartiendo la luz que ilumina sus inteligencias, y la fuerza que civiliza sus vastas e incultas soledades, del foco sobrenatural que irradia la institución del Pontificado...

La cruz que remata la gigantesca cúpula domina serena las alturas de Roma, la ciudad eterna, desafiando el espacio, el tiempo y la tempestad; significando con ello la parenne vitalidad de la Iglesia, que, debido al poder de su divino Fundador, permanece y permanecerá eternamente en pie, mientras a su lado se suceden imperios y reinados con efímera transitoria existencia.

La gran fachada que proyectara el genio de Maderno, se presenta a nuestra vista como una montaña de mármol travertino, surcada por las altas y anchísimas columnas, destacándose entre ellas el elegante balcón central, desde el cual los Soberanos Pontífices imparten su bendición —urbi et orbi— entre las entusiastas aclamaciones de los fieles.

¡Sentimos un estremecimiento augusto y solemne al penetrar en el atrio de aquella Basílica, cifra y compendio de la arquitectura, de las artes, y de las glorias de la Iglesia; obra de siglos, donde ocuparon sus ingenios los más insignes artistas, que fueron plasmando en ella las más sublimes concepciones y geniales ideas de sus inteligencias ardientes y creadoras!

¡Cuanto la letra puede decir dista grandemente de la realidad viviente y hermosa de esta maravilla, cuya magnificencia vamos a contemplar!

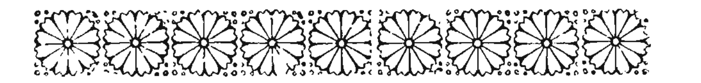


Giran en semicírculo cual gigantescos brazos abiertos..
(P. 79) *Foto Alzola*

Soledades que Chateaubriand recorría, sólo y romántico...
(P. 106)

Después de la visita al Papa y ante la iglesia de San Pedro





XVIII

SAN PEDRO

II



DESDE la famosa navecilla de «Giotto», antiquísimo mosaico que simboliza las vicisitudes siempre vencidas de la Iglesia, transportado del atrio de la anterior basilica constantiniana al de la moderna, hasta el reciente monumento a Benedicto XV, el templo vaticano encierra una síntesis magnífica de la pintura, la escultura y la arquitectura; contiene recuerdos solemnes de todas las épocas y todos los siglos; y nos muestra, con actualidad y vida, la historia de los veinte últimos, pues apenas ha habido acontecimiento de importancia en el mundo que no haya tenido eco o dejado algún rastro en este memorable y sobre toda ponderación grandioso templo...

Vamos a ingresar en él, embargados de emoción, por la llamada Puerta Santa; aquélla que se abre tan sólo en años extraordinarios, como sím-

bolo del perdón singular que en ellos ofrece la Iglesia a los cristianos; la misma que han cruzado innumerables Pontífices, santos, y millones y millones de peregrinos; en cuyo dintel arrodillados suelen llorar y rezar fervorosamente, llenos de júbilo con el pensamiento de haber llegado a Roma, a aquella tierra regada con la sangre del primer Pontífice de la Iglesia...

Deslúmbranse los ojos ante el sorprendente espectáculo de aquellas naves anchísimas, cuajadas de monumentos, estatuas y bellas pinturas; ante las proporciones inmensas de la extensa y elevada nave central, cuyo techo estucado resplandece con fulgores de oro; y en cuyo fondo brilla el monumento llamado «Gloria de Bernini» con especial derroche de luz, la misma luz del sol que se filtra por sus coloreados cristales, inundando de multicolores rayos la vastedad del pavimento y las ingentes columnas...

Y lo que de lejos nos parece de pequeñas dimensiones, crece fantásticamente al acercarnos a los objetos, tomando a nuestros ojos asombrosas magnitudes.

En aquel templo, que parece como si acabara de ser construído, donde la fantasía se pierde en caprichosos vuelos y raras concepciones artísticas, penetramos los peregrinos canarios, en ordenada fila, por entre la muchedumbre incalculable de gente que en todas direcciones lo atraviesan, llenando sus ámbitos de murmullos y plegarias, de cánticos e himnos, intrincado y confuso conjunto armónico y vario, cual el susurro de los siglos que continuara vivo en las soledades del templo; yendo todos estos sonidos, en devoto

concierto, a rondar la tumba del pescador Pontífice, llenando de sonoras armonías celestiales el ancho cupulón, por do se desahoga, al parecer, la efervescencia mística, de extraordinaria piedad y subido entusiasmo cristiano, de que reboza el ambiente, estrechado entre los macizos bloques de los muros y las columnas...

* * *

Desde que ingresamos en la Basílica Vaticana no se cansa nuestra vista de ver, ni nuestro entendimiento de admirar, las bellas esculturas, los elegantes monumentos sepulcrales, las hermosas pinturas que lo adornan.

Apenas entrados se nos presenta la famosísima obra, mundialmente conocida, titulada «La Piedad de Miguel Angel»: bellísimo grupo en que aparece la Virgen sosteniendo en sus brazos a su hijo muerto, al pie de la cruz. En la misma capilla hay una salomónica columna que se dice procedente del templo famoso de Jerusalén.

Terminadas las preces jubilares fuimos todos juntos a postrarnos ante la tumba de San Pedro, centro de atracción universal, a cuyo alrededor arde continuamente un centenar de lamparitas, colocadas en elegantes brazos de dorado metal, que se alargan sobre la llamada «Confesión», y sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles

¡Pocos lugares de la tierra tan íntimamente interesantes para el cristiano como éste en que ahora nos encontramos!

Porque este sepulcro es como la piedra angular del edificio de la Iglesia, el imán que atrae irresistiblemente los corazones cristianos, que

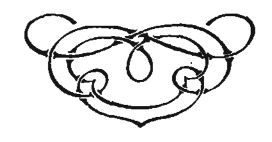
ansían rezar ante la tumba del que recibió de Cristo el encargo de dirigir y confirmar a sus hermanos en la fe.

Besamos devotamente la imagen en bronce de este santo Apóstol, venerada desde hace doce siglos, cuyo pie parece ablandarse al contacto de tantos cálidos besos como en él han depositado los cristianos; la misma que diariamente iba a besar el santo cardenal Belarmino durante su vida en Roma.

Sobre la tumba de San Pedro, y esculpida en mosaico sobre el aro central de la cúpula, se lee esta histórica inscripción:

«TU ES PETRUS, ET SUPER HANC PETRAM AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM» ..

¡Inmortales palabras que un día dirigiera Jesucristo a su discípulo Pedro: sobre ellas descansa, más que sobre sus ciclópeos fundamentos y columnas, la vida y magnificencia de este indescriptible templo, gloria y esplendor de la Iglesia Católica...!





XIX

SAN PEDRO

III

E conserva en la Basílica de S. Pedro la silla en la cual predicara este Apóstol, contenida dentro de otra muy artística y de bronce, de grandes dimensiones, ideada por Bernini, y levantada en los aires por cuatro gigantescas estatuas del mismo metal, que representan a los doctores de la Iglesia, San Ambrosio, San Agustín, San Atanasio y San Juan Crisóstomo, llevando en triunfo la preciosa reliquia.

Los pliegues de sus mantos son agitados por un invencible aire misterioso, semejanza de las tormentas que resiste la cátedra de San Pedro.

La «gloria de Bernini», poblada de ángeles y querubes, de serafines y santos, entre doradas nubes y rayos de oro, por donde se filtra el sol al atardecer, inunda de una verdadera luz del cie-

lo, con sabor a gloria, mezcla de fulgor y colores, los ámbitos del templo y la silla de Pedro.

Es el sitio donde aparecen los nuevos santos, ante las aclamaciones de los fieles, cuando son canonizados.

Sobre el altar papal se eleva, gracioso y elegante, el «baldachino», agitado y movido por el estilo barroco, de torneadas columnas, que le diera Bernini; y sobre él, espiritual y aeriforme, con esbeltísima elegancia y algo de sobrehumana grandeza, surge el tambor interno de la colosal cúpula miguelángica, que el genio del inmortal artista poblara de ángeles, serafines y profetas; pintando en su último remate interior la imagen del Padre Eterno, como autor de toda maravilla, y creador de toda hermosura, natural y artística, obra del que trazara en rasgos inmortales el «Juicio final» de la Sixtina; del mismo genio que esculpiera el famoso Moisés que en la iglesia de San Pedro in Vinculis parece que vive y respira del mismo espíritu creador que engendrara en su cerebro y diera vida a la sobre toda ponderación hermosa cúpula vaticana, bajo cuya cavidad interna, y sobre el sepulcro de San Pedro, parece que la fe se agranda, obligando a decir a un incrédulo: «Yo no creo; pero debajo de la cúpula de San Pedro no puedo menos de creer»...

Pero esta sugestiva influencia subyuga más todavía cuando, como en este Año Santo, el templo es una moderna catacumba, por cuyas naves cruzan los cristianos venidos de todo el mundo, entonando himnos, con voz ora fuerte y robusta, ora suave y casi mística, en dirección al sepulcro del humilde pescador de Galilea para cantar o re-

zar el «Creo en Dios Padre», que millones y millones de peregrinos allí mismo han pronunciado en el espacio de veinte siglos

Y estas voces y estos cánticos, en todas las lenguas y dialectos, en diferentes tonos y escalas, se entrecruzan y enlazan, se cortan y encuentran, formando un extraño y agradable conjunto de plegarias y voces, que se difunde por toda la Basílica, poblada de murmullos y rezos hasta en los últimos rincones.

¡El espíritu de piedad bate sus alas azules por las naves del templo, y parece que un río de luz celeste, arrebatadora y divina, corriente sobrenatural, se precipita en alegre y sonora cascada, desde el alto cielo de la cúpula, hasta el marmóreo pavimento, esparciendo ambiente de amor, de luz, de esperanza y de martirio, sobre cuantos sobre la tumba del Apóstol suplican y rezan, suspiran y lloran. !

* * *

En una baldosa del pavimento, cercana a la Confesión, muchos fieles se arrodillan, oran devotamente y besan el piso.

Es que allí dedajo está la tumba del llorado Pontífice, santo Vicario de Cristo, Pío X.

El aroma de santidad que difunde su sepultura se expande por todo el Vaticano.

El pueblo de Roma lo venera, y su tumba, contenida en la cripta, recibe continuamente los votos y las gracias, en interminable círculo de luces, de los fervorosos romanos.

En la nave central, en nichos abiertos en las gigantescas columnas, pirámides de mármol, se

destacan, en grandes estatuas, las figuras de los renombrados fundadores de órdenes religiosas.

España se encuentra muy bien representada: San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, San José de Calasanz, la célebre doctora mística de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, Santo Domingo de Guzmán...

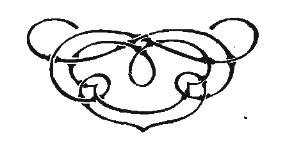
¡Qué hermosa galería de fundadores nacidos en España!

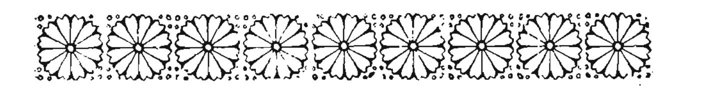
¡Con razón nuestra patria ha sido calificada de «columna del catolicismo»!

Aquí podemos contemplar a nuestros grandes santos, gloriosos defensores de la Iglesia, batalladores incansables del ejército de Cristo, cuya causa, doctrina y religión propagaron y enseñaron con valor inconfundible.

¡La patria de tan ilustres varones, la de Teresa de Avila, la monja de espíritu fuerte, cual correspondía a la España grande de los Reyes Católicos y de Felipe II, no puede dejar de ser católica!

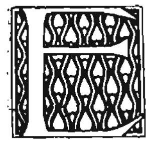
¡Mientras el Pilar bendito resista en pie, no se extinguirá del solar hispano la fe cristiana, la que ha levantado esas insignes catedrales que en nuestra patria se elevan a los aires, con invencible armonía y belleza, elocuente testimonio del ardiente espíritu cristiano que las erigiera!





XX

RECUERDOS DEL TASSO



XTASIADOS con la vista del templo vaticano; llenos de admiración ante la célebre maravilla de su cúpula, digno remate del inmortal monumento que surge sobre el sepulcro de San Pedro, volvimos a salir a la ingente plaza de las columnas y las fontanas.

Un fotógrafo nos detiene para retratar a los peregrinos. También muchos de los nuestros disparan placas en abundancia.

Los coches nos esperan; van a trasladarnos a San Pablo, pasando antes por el Janículo.

Comenzamos a subir la pendiente de éste, dando un rodeo a las viejas murallas romanas.

Cruzamos la puerta de las mismas donde, según la historia cuenta, Benvenuto Cellini, —el célebre artífice, de quien conservamos en nuestra Catedral de Las Palmas una hermosa joya artísti-

ca,— hirió, al disparar por primera vez en su vida un arcabuz, al Condestable de Borbón, que, al frente de innumerables tropas germanas, asaltaba la ciudad de Roma, muriendo de dicha herida.

En los museos del Vaticano se conserva la armadura del Condestable, siendo cosa que no olvidan los guías, la de mostrar a los turistas el orificio fatal de la bala que arrebató su vida, enviada por quien al parecer entendía más de arte que de disparos.

Subimos ahora una pendiente que conduce al asilo de San Onofrio, de gratos recuerdos.

Entre sus paredes pasó los últimos días de su vida el santo romano, tan amado por ellos, Felipe Neri; quien, con motivo de otro año santo, fundó establecimientos para atender a los peregrinos necesitados; aquel que, solo y de noche, se internaba en los intrincados vericuetos de las catacumbas, para pasar las horas en ellas, dedicado a la oración, junto a las tumbas sagradas de los mártires...

También pasó en este asilo sus últimos años el famoso poeta Torquato Tasso, cantor, en su Jerusalén Libertada, de las glorias de los ínclitos guerreros cristianos que lucharon por conquistar los sagrados lugares de Tierra Santa.

Nuestro poeta Cairasco tradujo al castellano esta obra, en la cual el autor, al encantar al guerrero Reinaldo, no encontró otro sitio más adecuado donde colocarlo que las Islas Canarias, las célebres islas Afortunadas de los Romanos, describiéndonos de paso, con exuberante fantasía, imaginarias bellezas y encantadores paisajes, que tomaban pie de la fama merecida que nuestras islas

habían recobrado, por su clima y su hermosura, en todos los países civilizados.

Un poco más allá del asilo-convento vése una desvencijada y esquelética encina, anillada con fuertes aros de hierro, que sostienen sus carcomidos brazos, sin ramas ni hojas...

Junto a ella hay una pequeña pirámide de ladrillos, con una lápida en la cual se lee:

«Aquí, por las tardes, en sus últimos días, el santo romano Felipe de Neri enseñaba doctrina a los niños.»

«A la sombra de esta encina, Torquato Tasso, recogido en el próximo asilo, pasaba las últimas tardes de su vida.»

¡Dos grandes figuras italianas cuyo recuerdo aúna el árbol secular, viego y carcomido!

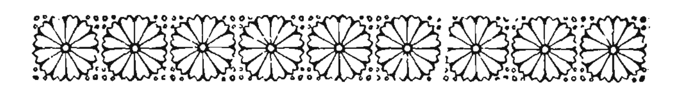
¡Si él hablara, cuántas confidencias no podría contar de estos dos grandes hombres!

A la sombra de este respetado árbol tal vez el ilustre poeta recitara las hermosas estrofas de sus versos cadenciosos, recordando la visión de las Islas Canarias que sus ojos soñaran:

Qui non fallaci mai fiorir gli olivi,
E il mêl dicea stillar dall'elci cave,
E scender giú da lor montague i rivi
Con acque dolci e mormorío soave.
E zefiri e rugiade i raggi estivi
Temprarvi sí che nullo ardor v'e grave... (1)

---

(1) Gerusalemme Liberata. Cant. XV, Oct. 36.



XXI

SOBRE EL JANÍCULO



ON el grato recuerdo del poeta de Sorrento, pareciéndonos oir los acentos sonoros y elegantes de sus hermosas estrofas:

Ed eran queste l'isole Felici...
A cui tanto stimava i cieli amici,
che credea volontarie e non arate
qui partorir le terre, e 'n piú graditi
frutti non culte germogliar le viti...

en los que repite cuanto de bello y encomiástico sobre nuestras Islas habían dicho los poetas clásicos—ininterrumpidas alabanzas a través de todas las épocas—, proseguimos la pendiente del Janículo, desde cuya prominencia envía rayos luminosos, con los colores de la bandera tricolor italiana, la pantalla de un gran faro, regalo de los

italianos de la Argentina, que proyecta sobre la ciudad de Roma, durante la noche silenciosa, los haces de sus multicolores destellos, reflejados bellamente en los cristales de las cúpulas y en los espejos que forman las aguas de las fuentes...

Desde esta colina disparan cada día, desde hace muchos años, el cañón que anuncia el momento de las doce—invención imitada en Las Palmas—, cuando en la cúpula de la iglesia de San Ignacio cae la bola simbólica que ideara el astrónomo jesuíta P. Secchi.

Sobre lo alto del Janículo—hermoso balcón que domina casi toda la ciudad—, nos detenemos en la contemplación de la indefinida extensión de ésta, de tonos obscuros y antiguos, confundiéndose en la lejanía el borroso horizonte con las pardas edificaciones y vetustos palacios.

A nuestra derecha, y muy cerca de nosotros, se levanta el hermoso edificio de la Academia Española de Roma, junto a la iglesia de S. Pedro in Montorio, de grandes recuerdos hispanos esta última, siendo aquélla el centro donde estudia cierto número de artistas, pensionados por el Gobierno de España, enviados a Roma, patria de las artes, para aprender en ella la pureza artística que flota en el ambiente de la ciudad.

Del adjunto convento es rector el franciscano español P. Mariano Fernández, de justa y merecidísima fama en Roma, por su cultura y su humildad.

Bajo nuestra mirada se extiende la Ciudad Eterna, con su típico aspecto antiguo, donde rezuma el paso de los siglos, adosado a las paredes de las casas y palacios, en las que los

años van depositando algo de su misma esencia, dándole color y forma adecuada para relegarlo cual recuerdo a las generaciones venideras.

Su aspecto, mirado de arriba, con los ojos materiales solamente, es cenizo y negruzco, indefinido y vago, como los pensamientos obscuros que de tiempos pasados conservamos en el mar de nuestros recuerdos.

Es la misma pátina del templo, que, como capa finísima de un casi invisible tejido, cubre las calles, plazas y monumentos, dándoles un colorido y caráter apropiado a su tiempo y a su historia.

El celebérrimo Tiber, cuyas cerúleas aguas recibieron los cuerpos de tantos mártires, serpentea por entre el indefinido caserío de la ciudad, aprisionado entre los murallones que moderan y aguantan sus empujes, cuando su ordinaria y pacífica mansedumbre se convierte en desenfrenada locura de aguas turbias...

En diferentes sitios y edificios de Roma se leen lápidas alusivas a las varias inundaciones del famoso río, habiendo alcanzado a veces el nivel de sus aguas alturas extraordinarias, increíbles ante la cara de serenidad y quietud que nos presenta él histórico Tiber.

Sobre el inmenso tendido de los edificios se levantan las arrogantes cúpulas de las iglesias, cual gigantescas campanas que pregonan los fastos de la ciudad de los Pontífices, cantando en los aires las maravillas de Dios...

Son como brotes de la piedad religiosa, que surgen, formando olas y burbujas azuladas, en el

cielo de la ciudad de los recuerdos y las tradiciones.

Desde el Janículo se distinguen perfectamente las rotondas cúpulas semicirculares, cortando el cielo de Italia en una serie de líneas suaves y arqueadas que rematan los trazos severos de la cruz.

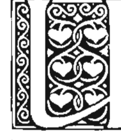
Bajo cada cúpula, un templo, un himno de piedra a Dios, autor de grandezas y maravillas...





XXII

HACIA SAN PABLO

N buen rato estuvimos los peregrinos canarios solazándonos ante la vista impresionante de Roma, dominada desde el alto balcón del Janículo; viendo como, sobre todos los edificios de la eterna Ciudad, aun sobre aquellos que se elevan en las famosas colinas, y sobre el mismo Janículo en que nos encontramos, vuela la gigantesca cúpula miguelángica del Vaticano, enorme campana de inconmensurables proporciones que corona el centro de la inmensa basílica que surge sobre el sepulcro de San Pedro.

También se distingue, no lejos del Vaticano, el tan celebérrimo como conocidísimo Castel Sant'Angelo, recortándose graciosamente en el aire la silueta redonda de su mole, coronada por el ángel que sostiene en su brazo levantado la espada amenazadora.

Dejando el Janículo, pasamos junto a la casa donde tiene su residencia el genio de la telegrafía o "marconigrafía", como dicen los italianos, Senador Marconi.

Muy cerca, una fuente, de extraodinarias dimensiones, de severo estilo romano, arroja un verdadero río de agua, por tres bocas que llenan estrepitosamente una gran charca artística.

Esa misma agua, convenientemente encauzada, alimenta a las dos monumentales fuentes de la plaza de San Pedro, volviendo a ejercer su oficio de cantar, perennemente, una sinfonía cristalina en el baldosado de la inmensa plaza.

Más allá cruzamos junto a la "Isla Tiberina", un pequeño barrio, dentro del río, parecido a una fortaleza antigua.

No muy lejos, se contempla el convento de San Anselmo, que, a modo de castillo medioeval, se asienta sobre el Aventino, en cuya adjunta iglesia los monjes de San Benito rinden culto a la pureza del canto gregoriano. Prontamente estamos en la ancha avenida que conduce a la basílica de San Pablo, en la vía ostiense, cuya visita vamos a realizar.

Atravesamos, antes de llegar a ella, una puerta de las viejas murallas de Roma, y vemos la aún más antigua pirámide sepulcral de Cayo Sextio, testigo del triunfo de los cristianos sobre el paganismo, que presenció la entrada en Roma del Príncipe de los Apóstoles.

Vamos acercándonos al lugar donde fué enterrado San Pablo, después de su martirio, no lejos del lugar de éste, donde aún hoy contémplanse, dentro de hermoso templo, las tres fuentes que,

al decir de la tradición, brotaron instantáneamente al contacto de la cabeza recien cortada del Apóstol.

Su caro discípulo Timoteo dió sepultura al cuerpo de su maestro, en el sitio que ocupa la actual basílica de San Pablo, convirtiéndose bien pronto este lugar en centro de peregrinaciones de cristianos.

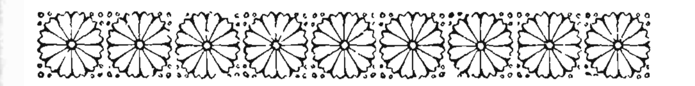
También fué Constantino el Grande quien hizo edificar una iglesia sobre dicha tumba, hermoseada y engrandecida, continuamente, por los fieles y los Pontífices.

Grande era su esplendor e incomparable su magnificencia; pero, el 15 de julio de 1823, un incendio destruyó casi todo el templo-basílica, pereciendo en él muchas de sus artísticas obras.

Todo el orbe cristiano se conmovió ante aquel fuego siniestro, y pronto pudo el Romano Pontífice encargar la construcción de una nueva maravilla de la arquitectura, que emulara en belleza y armonía a las de Roma, siendo digna del sepulcro del insigne Apóstol. activísimo propagandista de la religión cristiana.

Y surgió entonces, rápidamente, la nueva obra, llena de esplendor y rebosante de hermosura, admirada y visitada por peregrinos y viajeros

Ante ella, a orillas del manso Tíber, que casi besa los muros del edificio, libre en estos lugares de murallones que lo compriman, descendemos de nuestros autos los peregrinos, disponiéndonos a ver aquella admirable hermosura arquitectónica interior, ya que la forma externa de la basílica no hace preveer siquiera la incomparable belleza interna de la misma...



XXIII

SAN PABLO

LEGADOS a las puertas de la Basílica Mayor de San Pablo, situada en las afueras de Roma, camino de Ostia, entramos seguidamente en el amplio atrio abierto y destechado, monumental cuadripórtico, formado de esbeltas y elegantes columnas, en cuyo frontis principal brilla al sol de la tarde un precioso mosaico que representa a Jesucristo entre los Apóstoles Pedro y Pablo, y al cordero divino en el monte del Paraíso, entre corderitos que salen de la ciudad santa, y van a apagar su sed en las fuentes que manan de las faldas del montecillo.

En anchos ventanales vénse las figuras de los cuatro profetas mayores: Isaías, Daniel, Ezequiel y Jeremías.

Por la Puerta Santa de la Basílica penetramos para hacer las visitas jubilares, últimas que nos

quedan por realizar, recibiendo la magnífica impresión tan grata que ofrecen aquellas cinco grandes naves paralelas, separadas por cuatro hileras de veinte columnas corintias.

Es un verdadero bosque de monolíticas y vigorosas columnas, de granito rosa unas, de hermoso mármol de Carrara otras, que forman un cuadro de sombría grandeza e inmensidad

A los lados internos de las puertas principales de la entrada hay cuatro columnas de alabastro, regalo del virrey de Egipto al Papa Gregorio XVI, manteniéndose sobre bases de malaquita, oferta del Zar Nicolás I.

Sobre el espacioso y limpísimo pavimento brillan las columnas y los arcos, cual sobre un baldosado de cristales, reflejándose en él, con su variedad de colores y cambiantes, las preciosísimas vidrieras que cierran los ventanales de la Basílica.

Por la cornisa corre una larga serie de medallones en mosaico, que representan a los Sumos Pontífices de la Iglesia, desde San Pedro hasta el actual gloriosamente reinante, Pío XI.

Bajo cada uno de ellos se lee una pequeña inscripción latina, que recuerda, con precisión de meses y días, el tiempo que gobernaron la Iglesia los respectivos Pontífices.

Comenzamos las visitas del jubileo por la capilla del Santísimo; y tenemos el placer de rezar ante una devota imagen de María, ante la cual postrados San Ignacio de Loyola y algunos de sus compañeros pronunciaron sus votos el 22 de agosto de 1541, hecho que nos recuerda una lápida colocada junto al altar.

A ambos lados del crucero hay dos grandes cuadros, de la Asunción el uno, de la conversión de San Pablo el otro, en sendos altares de riquísimo *mármol*, *adornados con importantes* trozos de malaquita verde y hermoso lápiz lázuli. En el arco que une la nave central y el crucero, sobre el sepulcro del Apóstol, se conserva un precioso mosaico, mandado construir para esta Iglesia por Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, con motivo de la consagración de la Basílica que se había edificado sobre la primitiva.

Y bajo el arco, en la Confesión, el sepulcro del Apóstol, con una lápida que dice:

"PAULO APOSTOLO MART."

¡Emocionados nos postramos ante los restos del perseguidor de cristianos, milagrosamente convertido en discípulo ardoroso de Cristo!

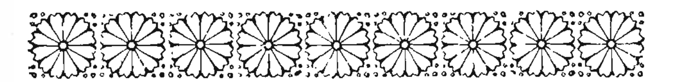
Ante su tumba terminamos las preces jubilares.

Pero no quiso el incansable P. Rodriguez que diéramos por terminadas aquellas preces, sin elevar alguna por quien había contribuido eficazmente al buen fin de nuestro viaje, don Juan Sánchez de la Coba, quien, después de haber intervenido, activa y entusiastamente, en todos los trabajos preliminares, no pudo, por causas de última hora, acompañarnos en nuestra peregrinación.

Y por él rezamos un Padrenuestro todos los peregrinos, ante los restos del Apóstol San Pablo, siendo esta la última plegaria que, como remate a nuestros actos jubilares, hicimos, por un ausen-

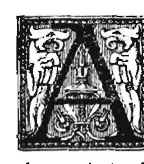
te, unido sin duda a nosotros en el espíritu, como lo estaban también todos los buenos canarios, en cuyo nombre íbamos, dentro de dos días, a ofrecer al Sumo Pontífice el homenaje de respeto y sumisión de nuestras islas a la sede inconmovible de Pedro, en la persona augusta del Vicario de Cristo.





XXIV

EN EL CLAUSTRO DE SAN PABLO



NTES de abandonar la basílica de San Pablo, pasamos a visitar el hermoso claustro adjunto, de tiempos de Pedro de Capua, 1205, debido a los Vasselletti, respirando allí un primitivo aire de quietud y mística soledad.

Parecíanos encontrarnos en la Edad Media, trasladados a un convento de la época, donde la suavidad de la vida religiosa gira gratamente por las columnitas torneadas, diferentes todas en sus adornos, que rodean el ancho claustro, en cuyo centro, el juego de agua de una fuente canta la melodiosa sinfonía de la paz y dulzura que rezuman las solitarias galerías, llenas de mármoles rotos y lápidas históricas.

Se pone el sol... Tal vez creyéramos que iban a resurgir los monjes de la abadía de San Pablo,

viendo cruzar sus figuras venerandas por aquellos semiobscuros pasillos, donde han morado desde viejos tiempos, esforzándose por sostener en la Basílica el culto religioso, con litúrgica precisión religiosa, de que es eco la salmodia, justa, grave, acordada, con que estos monjes alaban a Dios en el coro de la basílica de San Pablo, ante la admiración de los forasteros, que a ella acuden para oir la casi angelical melodía de sus rezos corales.

Salimos del templo... Sobre el Tíber silencioso, que besa los muros del cuatripórtico, caen los últimos rayos del sol poniente, como lluvia de oro que penetra e ilumina sus plácidas aguas cerúleas.

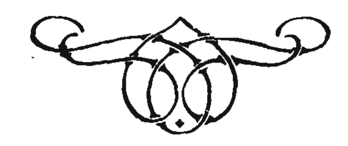
El mosaico del atrio reverbera al reflejar la luz solar, siendo el destello de sus vivos colores como un himno de gloria que, en esta hora del atardecer, envía la hermosa fachada interior del atrio destechado, sobre la desierta campiña romana, y sobre el cristal de las tres fuentes que brotaran al contacto de la veneranda cabeza del gran Apóstol.

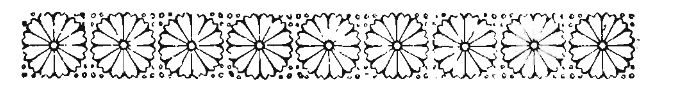
Un airecillo fresco y agradable viene de la dilatada extensión del campo romano, mezclado con la brisa marina del mar de Ostia.

Son estas soledades que circundan a Roma, las que Chateaubriand recorría, en las claras noches de luna, solo y romántico, porque gozaba en recordar la historia de esta gran Urbe, al paso que veía cruzar su sombra por los arcos medio derruídos de los acueductos romanos, que, cansinos y ruinosos, atraviesan la interminable llanura, otrora pantanosa y desolada, hoy en camino de repoblación y cultivo, gracias al esfuerzo fascista del gran pueblo italiano.

Creyérase oir, traído en alas del viento, el ruido de las innumerables batallas que esta tierra ha presenciado; el eco de aquellos gladiadores que morían en los circos, entre el rugir de una muchedumbre desenfrenada y loca, y el rugido de aquellas fieras que por pasillos subterráneos desembocaban hambrientas en el Circo y el Coliseo, cebándose en sangre inocente de cristianos...

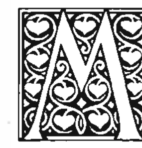
¡Roma! ¡En este primer atardecer para los peregrinos canarios, suave y místico atardecer de luminosos tonos azulados, el recuerdo de la historia de la Ciudad Eterna acude a la mente con repetida insistencia, adentrándosenos en el alma con toda la gloria de sus inmortales grandezas.





XXV

¡MAÑANA LIBRE!

AÑANA del domingo, día 3 de Septiembre!

La noche anterior se nos había dado orden de ¡libres! para la mañana siguiente, quedando en plena libertad de elegir la mejor distribución del tiempo, para contemplar aquello que más atrajera la curiosidad, la devoción o el gusto de los peregrinos...

Fué algo asi como una suelta de palomas, como si la nueva canariera de oro del hotel Plaza hubiera abierto sus puertas de par en par para que pudieran volar los canarios que encerraba.

Y algunos, satisfechas sus obligaciones de cristiano, lo hicieron en alas de sus ilusiones, y en las de los aeroplanos, surcando el cielo de Roma, magnífico y sereno, en una de las modernas águilas que lo cruzan y vigilan continuamente.

Los lugares preferidos, sin embargo, fueron las Iglesias y basílicas de Roma; y preferentemente aquellas que, como la del Jesús y S. Ignacio, encierran peculiares recuerdos para los españoles.

El Rvdo Sr. Coadjutor de Guía, don Bernardo Domínguez Jorge, y el que escribe, celebramos la santa misa en la Basílica de San Pedro, cerca del sepulcro de este santo Apóstol.

Siendo tan grande este hermoso templo, el mayor de la cristiandad, y tantos sus altares, donde continuamente celebran sacerdotes venidos de todas las partes del mundo, los fieles que desean cir la santa misa esperan a la puerta de la sacristía la salida del primero que vaya a celebrarla, para acompañarle a donde aquél se dirija.

El monaguillo hace sonar una campanita colocada a la puerta de la sacristía para advertirlo a los fieles.

La hermosa sacristía del templo vaticano, cuya primera piedra colocó el Pontífice Pío VI en 1776, proyectada por Carlos Marchioni, con rotonda central y cúpula, y varias salas para el Capítulo, el Tesoro y el Archivo, es espaciosa como una iglesia, dando acceso a ella una ancha y larga galería bellamente adornada.

Una sorpresa tuvimos los que habíamos acudido al templo vaticano en aquella mañana del domingo.

La Juventud Católica femenina italiana se había congregado allí para prepararse con una solemne misa, y recibiendo la santa comunión, a la visita colectiva que en aquel día haría al Sumo Pontífice.

Millares de jóvenes, vestidas con sus cándidos velos blancos, y llevando al frente de los grupos

sus estandartes, con los colores de la bandera italiana, llenaban la inmensa nave central de San Pedro, semejando una invasión de ángeles llovida desde la alta Cúpula...

Con voces unidas y armoniosas, entonaron los cantos de la misa, sus himnos juveniles y valientes.

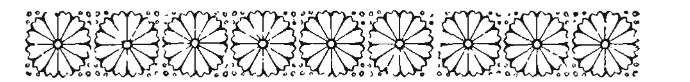
¡Qué hermoso aquel acto colectivo, rebosando ardor y entusiasmo, con que las asociadas a la Juventud Católica femenina de Italia preparaban su visita al Jefe Supremo de la Iglesia!

Bajo la rica bóveda estucada, en el marmóreo pavimento, en las columnas y los capiteles, rebotando en los arcos y los nichos, en las estatuas y las capillas, los sones de aquel canto vibrante, ardoroso, de las jóvenes de Italia, eran una flor de esperanza, un alto ejemplo de unión y esfuerzo, de organización y mútua inteligencia, que ofrecían estas asociaciones juveniles italianas.

Esta suma graciosa de jóvenes que invadieron como ejército de paz el templo vaticano, unidas en un mismo espíritu de fe y de piedad, entonando sus himnos de triunfo, son la muestra de lo que puede el esfuerzo aunado de todas las parroquias.

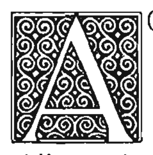
Serán pocas tal vez de cada una; pero unidas, organizadas, forman como un ejército incontable que avanza colmado de cristianas esperanzas.

La iglesia italiana da el ejemplo, fomentando intensamente las asociaciones de jóvenes católicos, única capaz de regenerar cumplidamente el tradicional espíritu cristiano de nuestra sociedad.



XXVI

EL HERMANO LEGO



QUELLA noche, primera de nuestra estancia en Roma, en el comedor elegantísimo del "Plaza", de dorado techo, con alegóricas pinturas, servido por camareros de "punta en blanco", el "non plus ultra" de la elegancia, versaron las conversasiones sobre las cosas vistas en el día.

Todo el comedor era nuestro. Nuestro, porque lo ocupábamos nosotros solamente; nuestro, porque dominaba en él el espíritu isleño, de mútua confianza y noble amistad, que rondaba por las circulares mesas, bien distanciadas unas de otras, los pequeños y saborosos bollos de cuyas paneras desaparecían rápidamente, signo del apetito que el trajín del día había despertado.

En el "hall, después de comer, se formaron los obligados corrillos, que, en tonos siempre satisfactorios, relataban las peripecias y las incidencias de la jornada.

Desde nuestra llegada al hotel frecuentábalo un hermano lego de los Misioneros del Corazón de María, que si no era canario merecía serlo por el afán con que a todos los nuestros atendía desinteresadamente.

Recibía continuamente encargos y encomiendas innumerables de medallas, rosarios, estampas, bendiciones papales, ect., y a todos complacía a vuelta de viaje, no sabiendo cómo satisfacer mejor nuestros deseos.

Realizado uno de esos encargos, recogía nueva y más abundante tanda de estos, los que, indefectiblemente, traía agenciados a la comida siguiente.

—¿Ha venido el hermano?—preguntaban muchos peregrinos siempre que salían del comedor.

Y el "hermano", verdadero hermano, no sabía cómo hacerse para dejar satisfechos a gusto nuestros encargos...

Debía contestar simultáneamente a multitud de cuestiones y preguntas que hacíanle los isleños, mientras lo rodeaban insistentemente.

La amabilidad de aquél tenía respuestas y atenciones para todas nuestras exigencias. Parece que sentía satisfacción en aquellos apremios en que le poníamos.

Sentia, sin duda, la nostalgia de la patria; y al acercarse a Roma los canarios, dirigidos por los Misioneros del Corazón de María, de cuya Congregación era, se le ensanchó el corazón, hecho bondad para los nuestros.

Me consta que varios peregrinos han pagado, en parte, sus atenciones, con diversos regalos

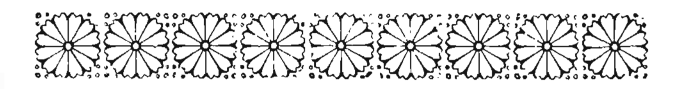
que le han enviado después de su venida, a los que ha contestado con nuevas deferencias..

No sólo a los de la nuestra, sino que también a los de la excursión que más tarde fué a Roma en este mismo año, organizada por el entusiasta italiano don Bruno Mayer, alcanzaron los amables favores de aquel amigo de los canarios, llamado Don Manuel Codina, y cuyo apellido, según él decía, guarda parentesco con el del que fué Obispo de Las Palmas, Sr. Codina.

Aquella primera noche salieron apenas los nuestros, rendidos, al parecer, por las impresiones del día: amén del trayecto del tren del anterior por la noche, en el viaje de Génova a Roma.

No dejaron, sin embargo, de admirar la éxplendida iluminación de las calles, sus lujosos escaparates, y de llegar hasta la cercana Plaza de Venecia, gran centro de la Roma moderna, viéndoseles aquí y allá, repartidos en grupos, o en los espléndidos "cafés" colocados bajo toldos en las espaciosas aceras.

No había llegado aún la hora de los coches, los típicos coches de Roma que al día siguiente habían de usar muchos de nuestros peregrinos para admirar de noche la población eterna de las ruinas y los monumentos, al trote corto de un caballo cansino y rendido, y un cochero soñoliento y no menos cansado, resonando las pisadas de aquellos en el baldosado de asfalto, con eco lúgubre que parecía remover los callados recuerdos que dormitan entre los escombros de las ruinas, en los murallones deshechos que al paso encontrábamos: mojones de la historia de Roma que señalan las pretéricas grandezas y enseñanzas históricas de esta ciudad de las maravillas y de las artes, de los Emperadores y de los Pontífices...



XXVII

¡SOBRE LA CÚPULA!

ESPUÉS de haber presenciado aquel consolador espectáculo que ofrecían lasJuventudes Católicas de Italia, reunidas en el templo vaticano para oir la santa misa y recibir la sagrada comunión, acto preparatorio de la visita colectiva que aquella misma mañana harían a Pío XI, subimos a la Cúpula de San Pedro.

Al comenzar a ascender la holgada rampa con que comienza la larga serie de escaleras que llevan al alto del famoso templo, contemplamos las grandes lápidas de mármol que recuerdan a las personas de celebridad histórica que han subido a la Cúpula.

Hay varias referentes a españoles...

Entre ellas una que recuerda la ascensión del ex-soberano de España, Don Alfonso de Borbón, quien subió, según refiere la misma lápida, hasta la bola que remata el tambor de la cúpula.

Al bajar Don Alfonso de hacer esta visita, pudo leer, ya colocada, la lápida de mármol que recuerda el hecho, la cual había sido rápidamente fijada.

Mientras subíamos por aquellas intrincadas escaleras, de laberínticas vueltas, presos entre las dos paredes curvas que forman el redondel de la gran masa pétrea de la gigantesca cúpula resonando sobre nuestras cabezas las pisadas de los que precedían, y seguidos de otra interminable fila de visitantes, nos hemos asomado a uno de los tres balcones corridos que cruzan la media naranja interior de la obra de Miguel Angel.

En ningún otro sitio se siente tal vez con mayor intensidad el vahido del vértigo, que en aquella baranda circular que corre todo el interior de la ahuecada media naranja de la cúpula, donde nos vemos suspendidos sobre el inmenso pavimento de la Basílica, por do cruzan los fieles, como enjambres de hormigas, en largas hileras, pareciéndonos el mismo templete barroco de Bernini, alto cuarenta metros, un juguete de niños...

Desde aquella imponente altura no se alcanzan a ver las cuatro firmísimas columnas que sirven de base a la redondez grandiosa e imponente de la cúpula, y nos creemos colgados sobre un abismo sin fondo...

Y todavía, encima de nuestra cabeza, se elevan los pintados estucos que pueblan de espíritus angélicos aquella indescriptible maravilla, robusta y fuerte, a la par que esbelta y de espiritual encanto y hermosura singular.

Seguimos subiendo....

Nos asomamos de trecho en trecho a los ventanales para respirar aire puro, que entra por las rendijas que cortan el ancho murallón en que vamos aprisionados, permitiéndonos ver algo de la ciudad de Roma, a vista de pájaro, desde la ya considerable altura en que nos encontramos.

Proseguimos devorando escalones y más escalones, ora de piedra, ora de madera, que parece no tienen fin, deseosos de coronar el alto del templo.

Por fin llegamos al cierre superior de la inmensa bóveda, donde hay un balcón circular lleno de gente.

¡Respiramos satisfechos. .!

El aire es más puro y agradable...

Reina un augusto y silencio aquí arriba, a do «no llegan los rumores roncos de la urbe en [celo...
mejor parece el aire y es más azul el cielo ..»
como diría Tomás Morales.

* * *

La Ciudad Eterna se ve a nuestros pies, zanjada por el cauce del Tiber, que, silenciosamente, la cruza, sosegado y quieto.

Castel Sant'Angelo presenta sus redondas murallas, coronadas por un ángel, allí donde el pueblo lo contemplara un día, desenvainando una espada, para figurar que libraba a Roma de la peste; un hermosísimo ángel de bronce, de escultor

belga, que remata graciosamente el famoso y veterano castillo, antiguo panteón de Adriano, unido en otro tiempo por una galería cerrada al palacio Pontificio, los restos de la cual se distinguen claramente por entre las casas.

Muy cerca, los palacios y jardines del Vaticano, brillantes, de limpísimas formas geométricas, trazadas con líneas de flores y follaje verde; la nueva y hermosa estación de la vía férrea del Vaticano, el palacio del Gobernador del Estado Pontificio, los Museos el patio de S. Dámaso, la Capilla Sixtina, con aquel famoso caño al que se dirigen todas las miradas en los días de Cónclave, a fin de conocer, según sea blanca o negra la humarada que por él sale, si ha sido o no elegido el nuevo Pontífice de la Iglesia.

Más cerca aún, la colosal plaza de las fuentes, la de las columnas y del obelisco.

Por ella cruzan carruajes y tranvías, personas y grupos de peregrinos, pareciéndonos todo juguete de niños, miniatura viviente de un mundo chico...

* * *

El aire se purifica en altas alturas. Trae aromas de campiñas y de mariscos...

Viene rozando las cruces de las iglesias y silbando en los tambores de sus cúpulas

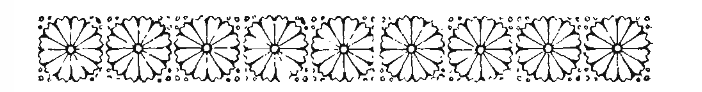
¡Ha rebotado en el espejo del Tíber, tumba de mártires, y ha pasado por entre los árboles que

sombrean las entradas de las catacumbas, tierra de cristianos!

¡Aire bendito, perfumado de luces y sacrificios, de virtudes y valentías!

¡Aquí, sobre el sepulcro de Pedro, más alto que las columnas y los restos de la Roma pagana, sentimos más fuertemente que nunca el triunfo del pescador de Galilea...





XXVIII

¡PUNTUALIDAD ISLEÑA!



H, gran puntualidad de los isleños! Bajamos de la Cúpula a prisa porque a las doce era el almuerzo en el Plaza, y ya las eran bien dadas por el reloj de San Pedro.

Y los tres cuartos también, cuando entrábamos, presurosos, después de haber tomado un taxi, en el hotel, creyendo encontrarnos solamente con los postres.

Pero... ¡gran sorpresa! Ni un alma canaria a la vista, ni en el comedor, ni en el "hall", ni por aquellos alrededores.

—¿Habrán comido y se habrán marchado?—nos dijimos.

¡A lo mejor!—nos contestamos a nosotros mismos.

¡Preguntemos...!

Y nos acercamos a un elegante "cameriere" todo negro, con blanca pechera brillante, que, igual que otros muchos, estaban casi firmes como soldados junto a las mesas llenas... y las sillas vacías.

—¡Qué! ¿Se han marchado ya los canarios?— le preguntamos.

—¡Chi lo sa! — nos contestó, impertérrito, el camarero.

Insistimos:

—Pero, ¿han comido ?

—¡Ma che..!—nos dice mohino el amigo,— tre quarti d'ora fa ch'attendiamo...; e no é apparso nessuno. .!

Y, medio enfadado, añadió:

¡Loro spagnoli sono sempre cosí ..!

—¡Menos mal!—nos dijimos nosotros— porque, aunque atrasados, hemos sido los "más puntuales"...

Pero no nos sentamos a la mesa. Eramos pocos para tantos camareros.., y decidimos esperar a que vinieran los canarios, tan temprano volados de la jaula y tan retrasados para caer de nuevo en el falsete del hotel Plaza, o en la "giñera", como dicen en los campos de Canarias.

Ya hacía mas de una hora que había sonado el cañón de Roma, cuando comenzaron a aparecer algunos peregrinos más, en compañía de los cuales nos atrevimos a sentarnos en las mesas, movilizándose enseguida los camareros, que seguramente tendrían más ganas de servirnos que los canarios del alpiste.

Ya lo decía Don Carlos, el de la CIT:

"¡Los españoles son pocos puntuales...; nos hacen perder el tiempo...!

¡Los canarios no íbamos a dejar de ser españoles por tan poca cosa!

Todo el tiempo que duró la comida estuvieron llegando peregrinos...

¡Menos mal que los camareros eran hombres de paciencia, y no nos dejaron sin comer!

Mientras lo hacíamos se cambiaban las impresiones del día.

Quien fué a las Catacumbas, quien a S. Pedro, quien a S. Ignacio Algunos decían haber subido en aeroplano, volando sobre Roma como buenos "canarios".

A otro le habian cobrado no sé cuantas liras por una "pelada", y decía que iba a protestar...

Y, mientras, los macarrones se consumían rápidamente, y las paneras con finísimos panes redondos desaparecían por encanto. .

Se terminó aquella comida, casi interminable, a media tarde.

Al salir del comedor, ya nos esperaba el "hermano".

Y mientras por una parte los señores perfuman el ambiente con sus tabacos palmeros, pasados de contrabando, que, aunque fueran de a perra chica, parecían riquísimos, por su aroma, a los italianos, por otra las señoras encargan medallas y rosarios, bendiciones del Papa y reliquias.

Unos escriben tarjetas, que franquean con sellos del Estado Pontificio, leen otros la prensa incontable que sobre una mesa hay, en cómodos sillo-

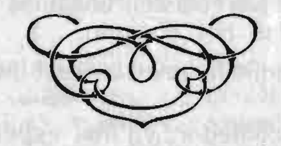
nes hundidos, y utilizan los otros el ascensor que sube y baja continuamente, sonando sus puertas como las de un verdadero falsete al caer un canario.

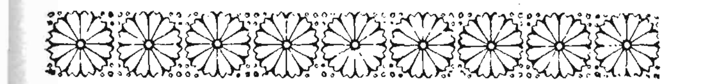
No faltó quien, desde su cuarto, se entretenía en comunicarse con sus amigos de viaje, aprovechando la línea interior del hotel.

¡Es más cómodo que buscar a los peregrinos perdidos por aquellas galerías y pasillos!

Con todas sus cosas, los canarios hemos puesto una nota típica en la vida tranquila y señorial del hotel Plaza.

Hasta los camareros se sonríen, y parece que les agrada nuestra franqueza.. ¡aunque les hiciera tan poca gracia la falta de puntualidad!





XXIX

LAS CATACUMBAS.

AMOS a visitar las Catacumbas!

La tierra sagrada, empapada con *la* sangre de los mártires...

De la que partió el *niño* Tarsicio, convertido en improvisado y voluntario ministro de la Eucaristía, a fin de poder confortar con el divino manjar a sus hermancs, víctimas de la persecución.

¡Tierra de heroísmo, de martirio, bendita y santa, que aún sabe a húmeda, como si conservara fresca la sangre de cristianos!

Son unas interminables y laberínticas galerías subterráneas, que perforan el suelo de Roma en todas direcciones, a veces superpuestas en variedad de pisos, y en las cuales los cristianos daban sepultura a sus muertos, reuníanse para orar, y celebraban sus misterios durante los tiempos de la

persecución atroz con que en los primeros siglos de la Iglesia los persiguió el Imperio Romano.

Su nombre parece derivarse del lugar en que los fieles dieron sepultura a los apóstoles Pedro y Pablo, en unas de estas galerías que llamaban "Ad catacumbas" los latinos, sitio que se convirtió prontamente en el centro más importante de reunión y peregrinaciones de los fieles, como lo atestiguan la multitud de grafitos que se han descubierto en torno a los sepulcros primitivos de los santos apóstoles.

Esos cristianos, venidos de todos los paises, invocan en todas las lenguas, con inscripciones toscamente trazadas en las paredes del recinto que contenía los venerados restos, a sus queridos mártires Pedro y Pablo, siendo un testimonio más de la venida de S. Pedro a Roma.

Y de éstas, por ser las más importantes, recibieron el nombre de Catacumbas todas las galerías abiertas en el suelo de Roma para sepultar a los que morían en la fe cristiana

Para llegar a las de S. Calixto, que vamos a visitar, se atraviesa la famosísima "Via Appia" antigua de los Romanos, llena de recuerdos y restos sepulcrales.

Dícese que S. Pedro huía de Roma por esta misma Via Appia, para preservar su vida en beneficio de los hermanos perseguidos, cuando se le apareció Jesucristo, al que S. Pedro preguntó: ¿Quo vadis, Domine? ¿A donde vas, Señor?...

Y al decirle El Maestro que iba a Roma a que lo *crucificaran* nuevamente, comprendió el Após-

Arboles que sombrean las entradas de las catacumbas...
(Foto D. Bascaran.)

...una calle interminable, a cuyos lados se levantan elegantísimos palacios... *(P. 163)* *(Foto D. Bascaran.)*

Todo el tráfico es marítimo... *(P. 162.)* *(Foto D. Bascaran)*

Los peregrinos y las palomas...

tol que Cristo le ordenaba volver para dar su vida por El.

Una pequeña ermita se eleva en el sitio en que la tradición señala haber acaecido esta aparición, conservándose las huellas de Jesucristo, que, según la misma creencia, quedaron impresas en la losa en que posó sus divinas plantas.

La tan famosa novela de Sienkiewicz toma nombre de las palabras que en esta ocasión dirigiera a Cristo S. Pedro, y la pequeña iglesia que recuerda este hecho se llama "Capilla del Quo Vadis".

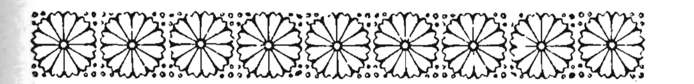
¡Qué sugerencias y qué recuerdos no despierta esta dormida campiña, cruzada por los semiderruídos arcos de los acueductos, y por la cinta de la Via Appia, a cuyos lados se elevan todavía los restos de aquellos monumentos sepulcrales que los poderosos de entonces erigían a su memoria mientras los perseguidos cristianos habían de ocultar sus mártires en las oscuras cavidades de las catacumbas!

Estamos sobre el suelo que cubren las llamadas de S. Calixto.

Adornan la entrada un desfile de cripreses que se alargan en doble línea, en dirección a la Cúpula de S. Pedro, dibujada en el marco que se recorta al final de aquellas paralelas cintas de árboles..

¡Es el sendero ideal que marca el vuelo de la perseguida paloma de la Iglesia!

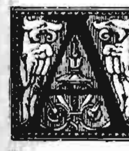
¡De la vida oculta que las Catacumbas significan, a la gloria que el Vaticano simboliza!



XXX

LAS CATACUMBAS

II

ntes de penetrar en las catacumbas, el guía que nos acompañará a verlas, un hermano salesiano—las catacumbas de S. Calixto están confiadas al cuidado de los beneméritos hijos de Don Bosco—se ha subido en una piedra colocada a su entrada y nos ha dado breves referencias sobre ellas.

Mientras las oíamos hemos de abrir paso a otras series de peregrinos, ingleses, alemanes, franceses, que penetran por aquella al parecer misteriosa puerta.

Esto impacienta un poco a los nuestros, que desean llegar pronto a aquellas subterráneas galerías, recuerdos de nuestros primeros cristianos.

Una larga escalinata nos conduce al fondo de las

mismas, iluminadas por las ténues lucecitas de las candelas diminutas que nos han dado para alumbrarnos, y cuyo parpadeo dibuja fantásticas sombras en las terrosas paredes, húmedas y estrechas, las que flanquean infinidad de sepulcros de cristianos y de mártires

Semejamos una procesión de luces que sigilosamente recorre estos lugares donde oraron y celebraron sus sacrificios, sufriendo días de persecución y de martirio, nuestros hermanos.

¡Tal vez aquí mismo Pedro y Plablo relataban la vida de Cristo, fortificando a sus seguidores con el recuerdo de su pasión y milagros!

¡Testimonio son estas galerías de una piedad heróica, de una fe ardiente!

Las vamos a contemplar emocionados, cual lo harían, de uno en uno, misteriosamente, aquellos que las abrieron para ofrecer refugio a los vivos y paz a sus muertos, y miramos aquellas sepulturas, medio abiertas las unas, cerradas todavía las otras, con devotas inscripciones toscamente trazadas en las lápidas de tierra y mármol, adornadas con simbolismos propios de aquellos sencillos tiempos.

Nos parecen estos hilos huecos de las catacumbas, estos abiertos canales subterráneos, como los nervios y raíces del árbol secular de la Iglesia, algo así como los fundamentos de la misma, amasados con sangre y lágrimas.

El hermano salesiano nos va explicando, y sus palabras se pierden en la vaciedad de los obscuros rincones... Parece que el silencio y la obscuridad se tragan su voz.

"Aquí está la cripta de los Papas—nos dice—fueron enterrados en ella más de diez Pontífices de los primeros siglos de la Iglesia... Este era el principal lugar de reunión de estas catacumbas.

De aquí marchó el inocente niño Tarsicio, comisionado por sus hermanos, a fin de llevar el Pan de los Fuertes a los condenados a las fieras... Y aquí expiró el valeroso niño que, malherido por los paganos, fué traído moribundo por otro cristiano valiente.

He ahora ante nuestros ojos una hermosísima estatua yacente... Una estatua todo blancura, representando a una mártir. Ha sido colocada en el mismo sitio y en idéntica posición a como el cuerpo de aquella fué encontrado.

Es Santa Cecilia, la dulce Cecilia, cuyos restos reposan hoy en la basílica de su nombre en esta misma ciudad.

¡Todo respira virtud y fortaleza!

Toda la vida de la Iglesia en los primeros siglos, vida de trabajo y persecución, está trazada con rasgos de heroísmo en estas soledades inmensas de las catacumbas.

"Cantemos en estos sitios que recorrían los antiguos cristianos, alabando a Cristo mientras les perseguían y martirizaban—nos dice el guía, que también es español.

Roguemos por España, y en nuestra lengua".

El "Cantemos al amor de los amores" repercutió, salido de pechos canarios, allí donde jamás se habían visto juntos tantos hijos de Las Afortunadas.

¡Emocionante momento que hacía latir apresuradamente nuestros corazones!

Otros cánticos populares en Canarias brotaron de nuestros labios, saboreando aquellos recuerdos que desprendíanse de las galerías y rincones, donde los simbolismos cristianos patentizan la piedad religiosa de los seguidores del Crucificado en Roma.

Parece que sentíamos como un aliento sobrenatural que latía en las mismas paredes húmedas, tapizadas de lápidas y grafitos, y que eran como voces de esperanza y de amor que todavía resuenan en las alargadas y estrechas cavidades subterráneas que sirvieron de refugio a los perseguidos de los primeros siglos de la Iglesia.

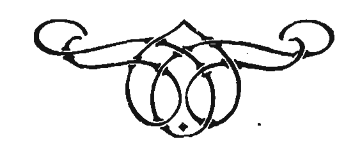
Sentimos la emoción del recuerdo...

¡Cuán gratos son los que en las Catacumbas suben al alma!

Lugares silenciosos, de meditación y quietud, nos llenan por lo que significan y por lo que fueron.

¡Quién pudiera arrancar a estas paredes los secretos que guardan, las confortadoras pláticas de los Pontífices mártires, el piadoso dolor, mezclado de alegría, por los que dieron su vida confesando al Crucificado!

¡Al penetrar en ellas parece como si nos hubiéramos alejado del mundo para colocarnos entre la tierra y el cielo, oyendo cánticos y voces de mártires y de santos!





XXXI

"ESCALA SANTA-PINCIO"



OLVIMOS de las Catacumbas los peregrinos canarios, en esta segunda tarde de nuestra estancia en la Ciudad Eterna, con una de las emociones más gratas recibidas en el transcurso de nuestro viaje; cristiana emoción sentida en los subterráneos sepulcros de nuestros primitivos y valientes cristianos, en aquella tierra testigo de tantos heroísmos, virtudes, ejemplares acciones y sublime apostolado.

La humedad de aquella tierra, al parecer todavía fresca de la sangre de cristianos, nos fortalecía en nuestra fe, nos consolaba en las posibles persecuciones por ella, y nos daba a comprender que la humildad cristiana, perseguida y martirizada, sabe triunfar con la ayuda de Cristo, pasando victoriosa sobre restos de perseguidores y perecederas

grandezas deslumbradoras, flor de un día, por asentarse en la terrena miseria, que pierde su vigor cuando su espíritu divino, el de la religión, el espíritu de la esperanza, de la caridad...

Otra emoción nos esperaba a poco de volver de las Catacumbas.

Frente a la iglesia de San Juan de Letrán detuviéronse nuestros coches para que los peregrinos tuvieran la dicha de subir la llamada "Escalera Santa", aquella que, según narra la tradición, subió Jesucristo para ascender al palacio de Pilatos, manchándola con su preciosísima sangre.

Fué traída por la piadosa madre de Constantino, Santa Elena, y hoy, recubierta de madera, la suben los fieles de rodillas, besando los cristales que de trecho en trecho permiten ver el mármol sagrado de la reliquia.

Una muchedumbre de piadosos fieles espera hueco para comenzar su deseada ascensión por aquellos peldaños santificados; y no poco tardaron también los canarios en satisfacer su devoto anhelo, pasando de rodillas sus 24 escalones y deteniéndose en cada uno de ellos para rezar.

Otra obligada visita realizamos en la tarde del domingo, día segundo de la estancia de nuestros peregrinos en Roma.

En las afueras de la Ciudad, por donde ésta ha de extenderse, se va a erigir un templo votivo internacional al Sagrado Corazón de María, estando encargados de estas obras los beneméritos misioneros españoles del Beato Claret.

Doble motivo, pues, para visitar dichas obras, todavía en cimientos, por los cuales puédese ya apreciar la extraordinaria grandiosidad de este

templo que el Pontífice reinante ha querido erigir en Roma a María Santísima bajo el título del "Sagrado Corazón de María".

Fuimos amablemente agasajados por los religiosos de la pequeña residencia que allí hay para atender a las obras y volvimos satisfechos a la Ciudad de Roma, pasando por los jardines públicos "Villa Borghese" y "Pincio", famoso éste por hallarse en el sitio que antiguamente ocuparan los de Nerón, el lugar de cuya sepultura se señala muy cerca de allí, donde narra la leyenda que creció un árbol que cobijaba al espíritu del mal, siendo terror de los cercanos habitantes...

Hoy hay en su lugar una iglesia y un convento de agustinos. En él habitó el inventor de la Reforma Protestante, Martín Lutero...

Desde el Pincio, poblado de estatuas representando a los grandes genios de la hunanidad, paseo favorito de los Pontífices antes de 1870, sombreado y fresco, se tiene una bonita vista de la Ciudad de Roma.

Destácase principalmente la Cúpula Vaticana y tras las cristaleras de sus ventanales cruzan los rayos del sol poniente, oculto a nuestros ojos por la misma mole de la Cúpula; rayos que iluminan hermosamente la obra genial, dorando con lluvia de rayos de oro su fantástica grandeza. simbólicamente representando en estos instantes la divina luz que irradia la sobrenatural institución del Pontificado. luz de la verdad, fuente de la verdadera luz para las Inteligencias...



XXXII

FIN DE UN DIA



OS hubiéramos quedado con gusto en aquel balcón del jardín del «Pincio», extasiados ante la hermosa puesta solar, mientras rumoreaban las bellas fuentes bajo los árboles que adornan el popular y concurrido sitio pintoresco.

Delante de nosotros se extendía la «Piazza del Popolo», circular y grandiosa, con las dos iglesias gemelas que embocan la entrada al Corso donde los peregrinos isleños nos alojábamos.

Un poco más lejos se distinguían las blancas galerías del «Monumento ai Caduti», tumba del «milite ignoto».

Dejamos, pues, aquel espectáculo, lleno de recuerdos y sugerencias, mientras el sol inunda de rayos de oro la Cúpula vaticana.

Antes de marchar al hotel pasamos por la plaza de España, en cuyo centro se levanta es-

beltamente una preciosa columna con la imagen de María Inmaculada, erigida allí con motivo de la proclamación de este dogma mariano, en señal de homenaje a España, tradicionalmente defensora del misterio de la Inmaculada Concepción de María. .

* * *

Todavía nos quedaba otra sorpresa por recibir en la tarde llena de emociones: La visita a la «Gran Exposición de la Revolución Fascista».

En su entrada, un gran edificio adornado con gigantescos «fascios», símbolo de la Italia nueva, los fascistas formaban guardia, asomando bajo la guerrera la camisa negra que desde un principio fuera la propia de las incipientes falanges del Duce.

El orden más perfecto regulaba la visita a aquella muestra del Régimen fascista, que exponía los principios, crecimiento y desarrollo del partido de las «camisas negras», en una época turbulenta para Italia.

Los conflictos sociales, las luchas de clase, toda una vida agitada y derrotista, gráficamente representada, va demostrando la necesidad del triunfo de la Revolución que preconizaba el «Duce», revolución sellada con sangre de centenares de voluntarios, llevada a cabo con ardor, con el más elevado espíritu patriótico que jamás haya tenido revolución alguna en la historia.

Los días tristes de aquellas jornadas que terminaron en la «Marcia su Roma» desfilan ante

nuestros ojos con abundancia de grabados, gráficos y fotografías, no faltando los testimonios sangrientos de las luchas sostenidas por la victoria del Régimen.

Aquellos luctuosos días han pasado. Hoy la Italia se engrandece; las nuevas águilas romanas baten sus alas por los aires de uno y otro hemisferio, y el pueblo italiano, consciente de su cercana grandeza, se tonifica y fortalece en la más severa ciudadania y moral... Todo ésto va poniendo ante nuestros ojos la «Mostra della Rivoluzione Fascista», expresión del esfuerzo de un pueblo por libertarse de extrañas tutelas y de interiores conflictos suicidas.

* * *

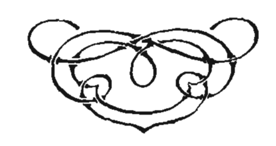
Volvimos al hotel. Las calles son un hervidero de personas y de carruajes, regulando el movimiento los «guardias de la porra», vestidos de blanco, trazando unos rígidos signos con sus brazos extendidos, desde una tarima colocada en medio de la calle y de la plaza. Ellos nos invitan a tomar la acera izquierda, que corresponde aquí a nuestra derecha. Pero lo hacen con extremadas maneras corteses, sabiendo, por el mismo hecho de no ir por nuestra mano, que somos extranjeros.

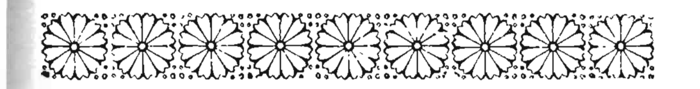
En el hotel se repiten los comentarios y se cambian impresiones, siempre favorables para cuanto hemos visto, para los habitantes, para las iglesias y monumentos...

«El hermano» misionero nos aguarda con sus

cumplimentados encargos... Hoy le apremian más que nunca.

Es que el día siguiente íbamos a ver al Papa, y todos querían tener algunos objetos religiosos para que Aquél los bendijera.





XXXIII

LA VISITA AL PADRE SANTO



¡ÍA 4 de septiembre de 1933!

Marcada quedará en la mente de todos los peregrinos canarios de la importante peregrinación de Agosto la indicada fecha, por haber sido la escogida para la visita al Papa.

A las 11 de la mañana habíamos de estar congregados en las puertas de los Palacios Pontificios, con la anticipación propia de estos actos oficiales.

Algunos peregrinos aprovechamos todavía esas horas libres de la mañana para visitar los museos vaticanos, recorriéndolos a prisa durante varias horas, sin poder detenernos, como hubiera sido nuestro gusto, en las diferentes salas, por la premura del tiempo y la vastedad de los museos.

Así y todo pudimos formarnos alguna idea,

aunque imperfecta, de los hermosos cuadros, y admirados frescos, de los códices raros e interesantísima colección de estatuas que encierran los universalmente alabados museos del Vaticano

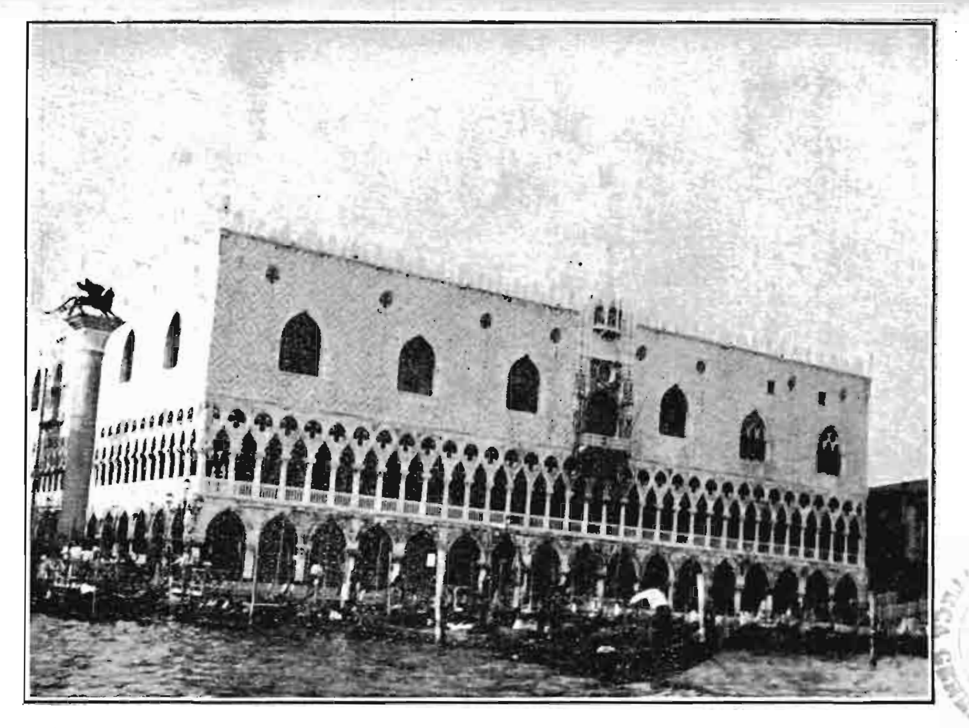
Una muchedumbre inmensa recorría las diferentes salas interminables, en las que resplandecía el más perfecto orden, pulcritud y limpieza, deteniéndose sobre todo en la contemplación del universalmente celebrado cuadro de Miguel Angel, "El Juicio Final" que adorna el fondo de la Capilla Sixtina ocupando todo el alto del mismo.

Nosotros no pudimos detenernos. De ningún modo queríamos quedarnos sin la visita al Padre Santo.

Compramos, pues, algunos sellos de la Ciudad del Vaticano, escribimos varias tarjetas, y bajamos la elegante rampa de bronce, anchísima, soberbia obra moderna con que se ha adornado la entrada de los Museos, y nos apresuramos a marchar a la plaza de San Pedro, lugar de reunión de los peregrinos.

Algunos nos detuvimos a comprar objetos piadosos, mientras los Rdos P. Ayala y el señor Cura Párroco de Guía se adelantaban a los demás, y no viendo a ninguno de los canarios en el lugar de la cita, se dieron maña a penetrar en los palacios vaticanos, venciendo reparos de guardias y dificultades de los «suizos»

Los atrasados llegamos también sin encontrar a nadie; pero aunque no muy satisfechos, aguardamos algún tiempo entre aquella baraúnda de gentes de todas partes que ocupaba las galerías que forman las columnas de Bernini, esperando encontrar a los nuestros.



Se adivina la majestad de aquella República Veneciana... *(P. 163)* *(Foto L. Manrique)*



Las arcadas del palacio ducal giran graciosas y rebosando luz *(P. 164)*
(P. 164)

Foto L. Manrique.

... frente a la catedral de S. Marcos... (Foto Alzola).

El P. Ayola y el peregrino más chico se entretienen con las palomas... (Foto P. Ayola).

Los peregrinos se retratan junto a las palomas, que picotean en sus manos... (P. 168)

(Foto D. Bascaran)

(Foto D. Manrique)

Por fin llegaron éstos en sus elegantes coches de lujo, ataviadas las peregrinas con la simpática y blanca mantilla canaria, que tanto hubo de agradar al Sumo Pontífice, y admirada fué por los visitantes que allí, como nosotros, esperaban turno para penetrar en los Palacios del Papa, por la tan celebrada "Porta di Bronzo" que contínuamente vigila la guardia suiza.

Por ella nos introdujeron los camareros pontificios, en ordenada fila, exigiendo a la entrada el más riguroso control de nuestra personalidad de peregrinos, hasta el punto de haber sido detenidos algunos que no llevaban el lazo distintivo de nuestra peregrinación, o que lo llevaban diferente, para cerciorarse de su condición de peregrino canario.

Varias personas quisieron agregarse a nuestro grupo, pidiéndonos que les permitiéramos entrar con nosotros; pero no pudimos satisfacer sus deseos.

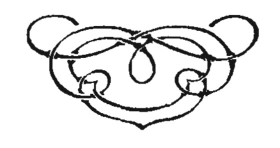
Los soldados de la «guardia suiza» formaban a la entrada. Vestían el hermoso traje ideado por Miguel Angel, a rayas rojas y amarillas, en forma de tiras, que les hacía parecer una estampa añeja de tiempos medioevales.

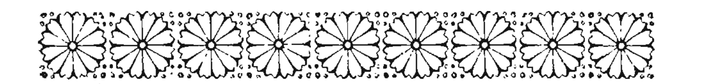
Armados con su larga pica encorvada, seriamente atentos, con marcialidad elegante, resultaba una típica nota curiosa y atrayente.

Subimos una ancha y marmórea escalera, dejando pronto la galería de entrada, a cuyo fondo se alcanza a ver la silueta del emperador Constantino, ginete en gran caballo blanco, como supremo guardián de aquellos palacios.

Por la amplia escalera, suntuosa y artística,

guiados por los camareros de capa y espada, otra estampa primitiva de tiempos clásicos, llegamos a un espacioso patio, cuya existencia no se podía sospechar después de haber subido las escaleras, completamente empedrado, estilo nuestras vetustas plazas de pueblo, donde había autos y coches y nuevos guardias con gorros a modo de los de los «civiles» de España y, como ellos, altos, respetuosos y graves...





XXXIV

LA VISITA AL PADRE SANTO

II

AL terminar de subir las elegantes escaleras de mármol qne nos condujeron a un gran patio cuadrado, hemos vuelto a ver a los dos sacerdotes que, creyéndonos ya dentro del Vaticano, se habían, no sin grandes dificultades, adelantado a nuestra llegada.

Contentísimos quedaron al deshacerse sus sospechas de que iban a perder la visita al Papa.

No menos alegría recibimos nosotros al verlos, preocupados por su posible malaventura.

Era aquel patio a do llegamos el llamado de San Dámaso, y hasta él suben los autos de Cardenales y Embajadores en las audiencias pontificias.

Las galerías que rodean el mismo están casi cubiertas de grandes ventanas con cristales, y un hermoso reloj remata la altura de la serie de pisos de los palacios vaticanos.

Tras los ventanales abiertos se columbran los célebres "frescos de Rafael" que adornan aquellas galerías.

Este es el patio, de los muchos que contiene el Vaticano, más íntimamente unido al sumo Pontífice, por hallarse encuadrado en la parte destinada a residencia suya, recibiendo allí en audiencia cuando las peregrinaciones son muy numerosas. En él ondea la bandera Pontificia, amarilla y blanca, con el escudo—la tiara y las llaves—,y toca allí la banda de la guardia palatina, una de las varias que prestan servicio de honor, integrada por jóvenes voluntarios d e Roma.

A la entrada de las nuevas escaleras que nos habían de acercar al término de nuestros deseos, y a mitad de ellas, individuos de la guardia suiza—así llamada por serlo de esa nación,—prestan servicio de vigilancia, paseando con sus largas picas, rítmicamente elegantes.

La guardia vaticana—palatina, suiza, gendarmería y nobles—,tienen a su cargo la vigilancia de los palacios, jardines, y museos de la Ciudad del Vaticano, y el orden de las grandes solemnidades y concurrencias; así como el rendir honores, conforme a sn categoría, a las personalidades que visitan al Sumo Pontífice.

Su misión es de ordinario muy pacífica; pero en ciertas ocasiones actúan para detener o amonestar a quienes no guardan el orden establecido y que preside todas las manifestaciones o solemnidades

vaticanas, o para prestar servicio de socorro en los accidentes, no raros, que las grandes aglomeraciones causan a las personas que asisten a las mismas.

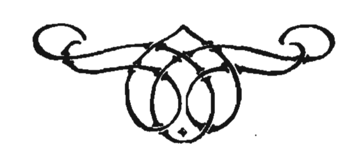
El cronista recuerda una enérgica actuación de la guardia suiza, precisamente en esta segunda serie de escaleras que ahora atravesamos, cuando a raiz de la muerte de Su Santidad el Papa Benedicto XV, el pueblo romano se aglomeró ante estas puertas para tener el consuelo de ver el cadáver de su llorado Pontífice.

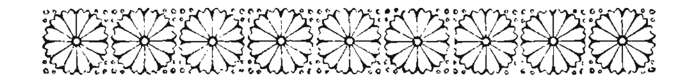
Era tanta la concurrencia y el deseo de entrar hasta la cámara mortuoria, que la acometida de los que presionaban iba venciendo la resistencia de la guardia, habiendo tenido ésta que intervenir con cierta energía, formando barrera con sus picas, para contener la inquieta solicitud de los piadosos romanos.

Se acercaba el momento más interesante de nuestra piadosa excursión.

Ibamos a contemplar la figura augusta de Pío XI, que tan sabiamente ha gobernado a la Iglesia durante su Pontificado, resolviendo importantes problemas de la misma y ordenando la celebración de varios "Años Santos "con la "fe intrépida" que le asigna la popular profecía de S. Malaquías; al Padre Santo, que lo es de todos los cristianos, resumiendo en sí la gloria y el esplendor de la Iglesia, su autoridad divina e infalible magisterio, la piedra angular de la verdadera religión de Cristo, cuyo vicario es con plenitud de poderes, la misma que un día otorgara el Divino Maestro a su discípulo Pedro, el humilde pescador de Galilea, elevado a la suprema dignidad del Pontificado.

Lo que hasta aquí hemos visto, caro lector, nos hablaba con la historia y el recuerdo... Pero la vista de ahora es realidad existente; es como el corazón que anima toda la vida de la Iglesia y sintetiza y compendia todos los recuerdos y todas las glorias, todas las grandezas y todos los martirios: su vida sobrenatural, que Dios va trazando con rasgos de sublime e imperecedera inmortalidad en los senderos de la historia.





XXXV

LA VISITA AL PADRE SANTO

III



ENOS cómodamente sentados, esperando ver con nuestros propios ojos a la más excelsa autoridad de la tierra, al pastor de la grey cristiana, al piloto de la nave de la Iglesia, cuya figura blanca de amor y de paz santifica y bendice los pueblos y las naciones, las sociedades y los individuos, sembrando dulzura sobre los dolores humanos, sobre las tristezas y las alegrías.

Entretanto recordamos que en este mismo elegante salón recibió el Sumo Pontífice actual a los ex-soberanos de España, en la visita oficial que éstos hicieron al Vaticano unos diez años hará.

En el mismo lugar que ahora ocupamos los sacerdotes de la Peregrinación estaban los asien-

tos regios de los augustos visitantes, a la derecha del trono pontificio, que, adornado con los escudos de Pío XI, se levanta, todo rojo, frente a nosotros.

Un grave silencio se extiende por la sala. Esperamos el momento grande, ver al Papa, cual si fuera una soñada visión.

Oyense ruidos de intensos aplausos y vivas en otra sala del Vaticano. Aunque a nosotros nos parece que Su Santidad no va a recibir más que a los canarios, recordamos que llegaron en el mismo día a Roma más de quince mil peregrinos.

La espera se hace larga. Algún que otro personaje entra en el salón por la misteriosa puerta roja que nos traerá al Pontífice, haciendo concebir una ilusión transitoria de que fuera él, con la desilusión correspondiente.

Por esa misma puerta se une a la peregrinación nuestro Prelado, recibido en audiencia particular momentos antes por el Papa. Viene satisfecho de las paternales palabras de Su Santidad, quien se ha interesado por nuestros peregrinos, manifestándole sus deseos de volverle a hablar de nuevo, más detenidamente, para informarse mejor de las cosas de nuestra Diócesis.

Pocos minutos después se vuelve a abrir la encantada puerta. Un camarero, vestido de rojo, aparece ante ella, abriéndola de par en par. Impone silencio a nuestras conversaciones silenciosas, y hace signos de que nos postremos de rodillas.

Lo hacemos... Penetran en la sala varios números de la guardia noble, resonando en el pavimiento el paso marcial con que avanzan hasta

colocarse a los lados del trono. Llevan un largo plumacho blanco pendiente de un brillante casco que termina en punta encorvada.

Siguen nuevos guardias, suizos y palatinos, los camareros de su Santidad, y por fin, la blanca y ansiada figura del Pontífice...

La gratísima impresión que recibimos al cruzar Su Santidad Pio XI por entre la larga fila de peregrinos, debe el lector juzgarla particularmente.

¡Pasa junto a cada uno de nosotros, dándonos a besar su mano, el Sumo Pontífice de la Iglesia, Pío XI!

¡Hemos besado aquella mano que rige y gobierna al mundo espiritual!.

Era como una aparición, algo divino que se encontraba entre nosotros... Todo blanco, con majestad y sencillez juntamente, con una sonrisa paternal que atraía y confortaba.

Su mano bendecía diariamente a millares de peregrinos que desde los extremos del mundo imploraban su augusta bendición.

¡Qué serena grandeza reflejaba la faz del Romano Pontífice!

Lo teníamos cerca, iba a hablarnos, le estábamos besando su anillo pastoral... ¡Nos parecía increíble tal realidad!

Y, sin embargo, no era sueño. Pronto habría de sentarse en el trono, desde donde gobierna al mundo con sobrenatural aliento, para dignarse dirigir su benévola palabra a los canarios, a estos hijos de Las Afortudadas—como luego diría—

que de lejos vinieron a alegrar con su presencia al Padre de todos.

Brotaba su voz como fuente de dulzura celeste. Llegaba al alma. Lentas y sonoras, iban surgiendo las palabras llenas de sabiduría y acierto, para clavarse en nuestros corazones.

Se sentía feliz en medio de aquella peregrinación numerosa de hijos de Las Canarias, las islas tan amadas de su paternal corazón, alabando más todavía el valor de nuestro acto por la distancia y las dificultades que habíamos debido superar.

Elogió la singular modestia de las peregrinas, adornadas con la típica «mantilla canaria», exhortándonos a que fueran nuestros actos como un eco de la bondad y belleza de nuestras islas.

Cristo y María eran los dos modelos eternos que El nos mostraba. Debíamos aprovechar el Centenario de la Redención para santificarnos, alcanzando para nosotros el precio de aquella sangre que se derramó por los hombres.

María es nuestra Madre. Imitarla en sus virtudes era nuestro obligado acto de homenaje a la Corredentora, a quien con su Hijo nos redimiera.

¡Qué elocuentes y qué penetrantes las palabras del Vicario de Cristo!

¡Qué fuego divino esparcían sobre los fieles de Gran Canaria, que adivinaban, ignorando la lengua, como si en aquel momento se repitiera el milagro de Pentecostés, los sentimientos y conceptos profundos a la vez que sencillos de Pío XI!

Fué el acto más emocionante de nuestra peregrinación. Todo lo demás era cosa muerta:

Aquí sentíamos la voz augusta del Jefe Supremo de la Iglesia, por quien perdura y es regida, cuya permanencia eterna ha sido anunciada por Dios, viendo nosotros el milagro, después de veinte siglos de persecuciones, que fueron triunfos.

El día que deje de haber Pontífices dejará de existir el mundo... El Papa es una profecía viviente, la continuidad histórica de la Iglesia en el tiempo, la luz que alumbra a los hombres, el faro divino que marca los derroteros de la humanidad en el torrente de los años y en el océano de los siglos.

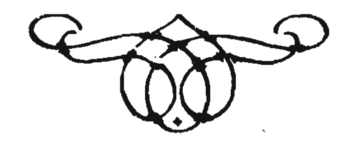
Aquella mano nos bendecía... Las Islas recibían el rocío de luz de las bendiciones pontificias. Más que nunca Afortunadas, quizá jamás el Vicario de Cristo, Pedro sucediéndose a sí mismo, había tenido tan fuertemente impresas en su mente las islas del Océano... Habría que remontarnos a los tiempos en que los misioneros evangelizaban a Las Canarias, cuando los Pontífices de entonces lanzaban anatemas contra quienes vendían y vejaban a los canarios... Entonces nos protegía desde lejos; hoy, como nunca, nos bendice de cerca, nos tiene, para agradecerle aquella defensa, junto a su mismo corazón, que hace latir fuertemente los nuestros.

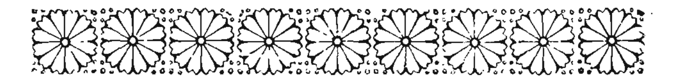
No era sueño... Nos bendecía: A las islas, a sus habitantes, a sus pueblos, sus hermosos valles y sus enhiestas cumbres, a los niños a los ancianos a todo cuanto queríamos y apreciábamos.... Y mientras trazaba en el aire los signos de la cruz bendita, sentíamos como si un hálito de

amor y de sobrenatural lluvia celeste cayera benéfica, como rocío de oro, sobre las islas del Atlántico.

¡Y la visión se fué, cual si se hubiera remontado a los cielos, por aquella misma puerta por donde apareciera!

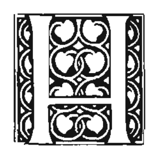
Nos dejaba un gran consuelo. Podíamos decir: ¡Hemos visto al Papa!





XXXVI

ADIOS A ROMA



EMOS visto al Papa!

Todas las conversaciones y comentarios giraban en torno a este tema en el amplio salón-comedor del hotel Plaza.

Quién comentaba la afabilidad de sus palabras y modales, quién la claridad de su discurso, el que decían haber comprendido, a pesar de ser dicho en lengua extraña, y todos estaban contentísimos, dando por bien empleado el viaje solamente para tener aquellas impresiones..

Recibimos órdenes para la salida a las diez de la noche. El recuerdo de que teníamos que abandonar a Roma nos entristece un poco.

Algunos prometen volver a ella prontamente... Los camareros del Plaza están más atentos, aunque en verdad siempre lo han estado... pe-

ro se ve que extreman sus protocolarias cortesías y modales. Los canarios han sido «rumbosos» y esperan que también lo serán con ellos en sus propinas.

Por la tarde, libre, el cronista se ha ido a ver el convento de Ara Coeli, junto al Capitolio, donde habitó S. Diego de Alcalá.

Al subir las suntuosas escaleras que dan acceso a este famoso lugar, donde se eleva la célebre estatua ecuestre de Marco Aurelio, contemplamos las simbólicas águilas encerradas en jaulas de hierro, junto a la loba, que el pueblo romano aquí tiene para recuerdo de sus leyendas.

Estas escaleras fueron subidas por el Emperador Carlos V en su venida a Roma, pues fueron edificadas en su honor con motivo precisamente de su visita a esta Ciudad, al igual que el puente que cruza el Tíber frente a Castel Sant' Angelo.

Del convento donde habitó San Diego de Alcalá se conservan solamente algunas habitaciones anejas a la Iglesia de Ara Coeli, habiendo sido destruídas las restantes, entre ellas la que habitó este santo, que evangelizó a Fuerteventura, para construir el nuevo y flamante *«monumento ai caduti»*, en la plaza de Venecia.

Nos contentamos con rezar ante el altar que en dicha iglesia tiene dedicado nuestro humilde misionero.

A los canarios cayó en gracia el uso de los simpáticos coches de Roma, como "tartanas" o "jardineras" de cuatro ruedas, y todas las noches paraban frente a nuestro hotel un buen número de ellas, que esperaban turno para salir con expediciones de isleños.

Conducíannos los cocheros por las calles menos concurridas para así poder ir más tranquilamente descansados, casi dormidos, por aquellos obscuros arrabales, de entre los que sobresalían a veces las pardas siluetas de ruínas y arcos antiguos como fantasmas del pretérito que nos asaltaran en las noches silenciosas.

Los pasos de los caballos resonaban con eco misterioso en la callada serenidad de las calles muertas, y rondábamos los alrededores del Coliseo, paso obligado de estos viajes, cuyas proporciones crecían fantásticamente a la luz de las farolas y de la luna, trayéndonos recuerdos de combates, rumor de espadas que chocan, rugidos de fieras que espantan a la serena poesía de los pacíficos coches romanos.

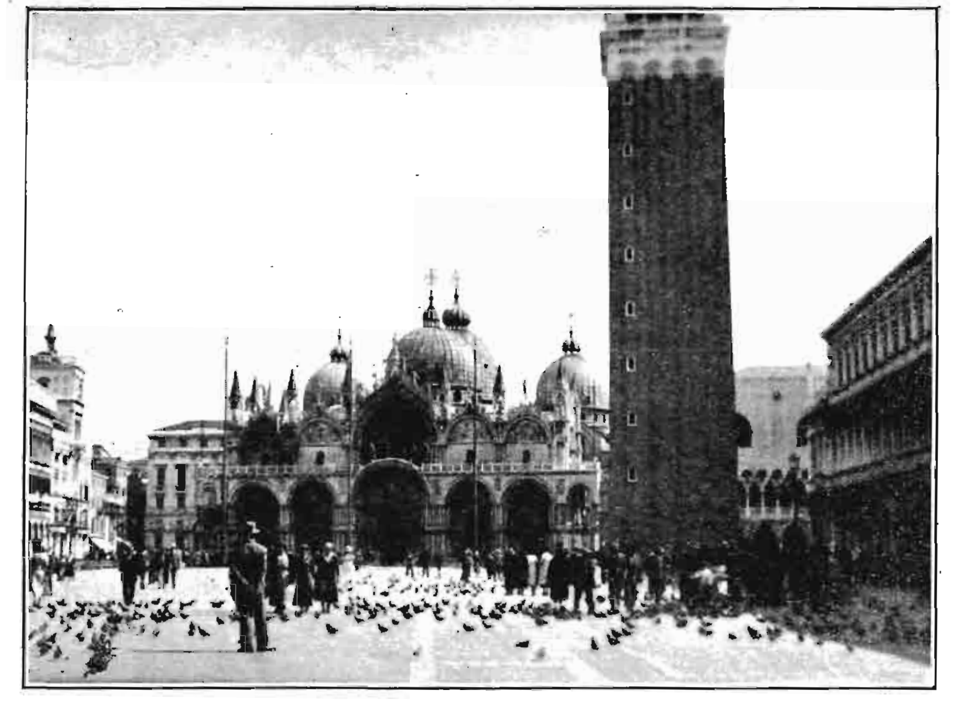
Las grandes fuentes que llenan a Roma de acentos de agua y rumores de arroyos difundían su murmullo plácido por las enrevesadas callejuelas, semejante al ruido de los hechos históricos de este gran pueblo, todavía llenando de recuerdos y grandezas sus calles y edificios ..

Esta última noche tenía más de misterio el obligado paseo nocturno de las romanas jardineras, soñolientas y tranquilas, pues con él y mediante ellas íbamos diciendo adiós a todo lo que en pocos días había alegrado extraordinariamente nuestro espíritu, a la ciudad de las guerras y de la historia, a Roma, siempre joven, la ciudad más históricamente interesante, de aspecto grave y severo, como corresponde a las viejas poblaciones, llena de gloria, cargada de siglos y de

experiencias, madre de naciones y ave-fénix de las ciudades.

¡Hasta el andar sesudo y rítmico de los cansados caballos parece que va pregonando el glorioso pasado de las históricas grandezas de esta ciudad Inmortal y Eterna.!





Al sonar las campanas de la vieja catedral de S. Marcos, el ejército volador se altera....
(P. 165) (Foto D. Bascaran.)



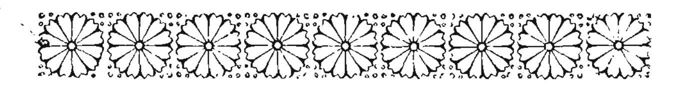
El Puente de "Rialto", cuyo grande ojo se cruzan góndolas y barquichuelas en afanoso tren.... (P. 168) (Foto D. Bascaran).

El famoso Puente de los Suspiros.... P. 167 (Foto D. Bascaran.)

Canarios en los típicos coches del Lido de Venecia... de "Guía" *había de ser el que guía...* (P. 168) (Foto L. Manrique)

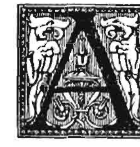
Un grupo en el Lido, frente al Adriático... (P. 168) (F. Artiles)

La ciudad fabril de Milán, rica y comercial... (P. 168)



XXXVII

¡VENECIA!



MANECE... Medio dormidos se recuestan los peregrinos en los confortables asientos del coche de segunda, «reservado a la Romería Canaria», según rezan los letreros visiblemente colocados.

Nos asomamos a los ventanillos, sorprendidos por un grato frescor que nos conforta.

¡Sorprendente espectáculo!

¡Caminamos sobre el mar...! A una y otra parte, mar y mar; o, por lo menos, agua y más agua...; y sobre el agua, corriendo a velocidad exorbitante, nuestro tren...

Es algo que maravilla.

En una extensión de muchos kilómetros, atravesamos una marisma de agua moviente, sobre cuya indefinida superficie se perfila rectamente,

como puente interminable, la cinta de la vía férrea, en que se dibujan los brillantes reflejos de los binarios de acero que devora el rápido cruzar de la máquina, gallardamente flotando sobre el mar y las aguas...

Pasan a nuestro lado ligeras barquichuelas, cantando sus tripulantes el hermoso amanecer, con canciones dulces y melancólicas.

Los postes del teléfono se alinean a nuestra vera en vertiginoso desfile cruzando hacia atrás, bailando sobre las aguas bulliciosas, y el pequeño oleaje chapotando el tendido de la línea férrea.

¡Bello y sorprendente espectáculo inesperado, agradable y atrayente para los canarios, hijos del mar, del sonoro Atlántico, que contínuamente canta baladas a las islas...!

* * *

Se ha perdido el mar... Estamos en tierra firme.

Bajamos del tren y nos dirigimos al hotel Terminus, donde nos lavamos, desayunamos y descansamos unos instantes,. para partir inmediatamente a la visita de la ciudad.

Nadie ignora que Venecia está fundada sobre el mar, sobre islas más o menos distanciadas que el agua oculta y descubre diariamente, entre las cuales cruzan canales de poca profundidad, sobresaliendo el llamado «Gran Canal», el que vamos a atravesar para llegar a la plaza de San Marcos.

Tomamos, pues, el tranvía... El tranvía aquí es un barco. Unos pequeños muelles, con salitas de

espera, son los puntos de parada. Todo el tráfico es marítimo. Es como si una de nuestras calles se viera de pronto inundada de agua y hubiésemos de atravesarla mediante remolcadores y barcas.

Pero es una calle interminable a cuyos lados se levantan elegantísimos palacios, y edificios suntuosos y de muchos pisos.

A las puertas de éstos esperan las famosas góndolas, cual a las de nuestras ciudades los autos particulares

El "tranvía marítimo" atraca y desatraca con la mayor facilidad, no entreteniéndose en esa faena más que uno de nuestros tranvías en sus paradas.

Junto a nosotros va un guía veneciano que habla un castellano mejor que el de Roma. Ante la admiración de los pasajeros nos va describiendo la ciudad y señalando los edificios dignos de mención por su historia o por su arte.

Lo hace con emoción, parece que siente el amor a Venecia, la ciudad poética, del ensueño y el encanto, con arraigado sentimiento.

¡Qué hermoso este cruzar del canal veneciano, romántico y bello, oyendo contar leyendas e historias de pasados tiempos heróicos!

Venecia es hermosa. Tiene un especial título de atracción, diferente a todas las demás ciudades. Se adivina la majestad de aquella república veneciana, un día poderosa y guerrera.

Llegamos a la Plaza de San Marcos. Dos hermosas columnas de granito traído de Siria ostentan, una, el «león alado», emblema de la ciudad, y

otra, a San Teodorico, antiguo patrón de Venecia, sobre un cocodrilo.

Las arcadas del palacio ducal giran graciosas, rebosando luz, frente al movimiento juguetón de las aguas del gran canal.

Frente a nosotros pasa un gran vapor con su largo penacho de humo.

Recordamos sin querer los hermosos versos del canario y moyense Tomás Morales, que parecen hechos de agua, luz y colores, cual si desfilaran por el Gran Canal las naves vencedoras de Lepanto:

¡Son las de Roma! Sus vigorosas leyes severas
al sol pregonan los orgullosos fastos papales:
bordadas llevan en el jacinto de las banderas
la Tiara augusta sobre las Llaves pontificales...

¡Son las Duxarias! En sus carenas de ébano y
[plata
las venecianas pompas cimentan su gloria pública:
el aire signan con su estridente triunfo escarlata
los pabellones galardonados de la República...

¡Son las del César! Mástiles llenos de gonfalo-
[nes
donde Felipe grabó la empresa de maravillas:
cabe el severo color morado de los pendones
el columnario «plus ultra», emblema de las Cas-
[tillas. (1)

(1) Oda a Don Juan de Austria. Rosas de Hércules. Tomo II.

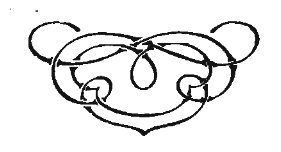
Las palomas vuelan en bandadas, o se posan cerca de los caminantes en espera del grano de maiz, que muchos venden, volando a las manos cuando en ellas les mostramos el codiciado alimento.

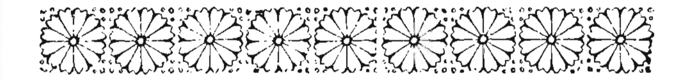
¡Venecia, ciudad de las palomas!

¡Al sonar las campanas de la vieja catedral de San Marcos, todo el ejército volador se altera, y suben veloces las palomitas ocultando el sol cual nube que aletea, volviendo a posarse otra vez sobre el pavimento de mármol y traquita!

¡Hermoso espectáculo, alegre, agradable y atrayente!

Con razón nos dice el «cicerone»: ¡Venecia, la ciudad de la poesía y del encanto!...





XXXVIII

MILAN



NTES de abandonar a Venecia admiramos la hermosísima catedral de San Marcos, cuyo pavimento irregular y hundido parece como si estuviera minado por las aguas.

Las fábricas de cristales nos deslumbran con sus delicadas exquisiteces de vidrio, filigranas de arte veneciano.

El Palacio Ducal es el recuerdo solemne de la Venecia poderosa de los «Dux», marítima y guerrera. Sus grandes salones pintados son un reflejo de la gloria de sus artistas.

Las pétreas mazmorras a do conduce el famoso Puente de los Suspiros, asi llamado por que era allí donde por última vez veían la luz del sol los condenados a ellas, arrancando a su pecho profundos suspiros, nos aterran con la lobreguez de sus antros oscuros y recónditos.

Los peregrinos se retratan junto a las palomas, que picotean en sus manos el maíz que éstas le presentan.

Por la tarde fuímos al Lido, en la costa adriática, en un barquito tranvía, y pasamos unas horas agradables, volviendo a subir a los coches-tartanas venecianos.

Dos horas tardamos en desandar el camino hasta la estación, contemplando de nuevo el Puente de Rialto, del que ya nos hablaba Shakespeare en su comedia el «Mercader de Venecia», y cuyo grande ojo ve pasar continuamente góndolas y barquichuelas en afanoso tren.

Al oscurecer quedan tan sólo las notitas blancas, rojas, azules, de las farolas y las góndolas, que se reflejan dibujando fantásticos y simbólicos signos de luz en la superficie de las aguas.

Los gondoleros entonan dulcemente la canción Venecia:

Sotto il ponte di Rialto
Fermeremmo la barchetta,
Canteremmo qualch'arietta
Tralasciando di bogar.
¡Oh, Venezia benedetta...
La Regina sei del mar!

* * *

Estamos en Milán, la gran ciudad italiana, industriosa y comercial.

Va a ser otro día pródigo en emociones.

El hotel Términus-Lotero donde nos hospedamos es un hormiguero de peregrinos. Sus ascensores suben y bajan ininterrumpidamente, distri-

buyendo por los diferentes pisos las ochocientas personas que lo habitan.

La primera visita de los canarios es para la catedral.

Admiramos la maravilla de este colosal monumento de mármol, donde parece que la materia se espiritualiza para expresar las ideas.

Como dice Siurot en su libro «Relicario de Italia»:

"Los grandes astistas habían soñado una catedral como una oración, de piedra blanca, que tiene perfiles de belleza, majestad de poder y aureolas de santidad.

Si veis la catedral desde la calle, sobre todo por la parte del crucero, ábside y torre, y dejáis correr los ojos por aquellas estatuas, delicadas cresterías, arbotantes con calados de refinados miniatura, flechas por donde escapa el fluído de la oración y vidrieras que son el orgullo de los maestros del cristal y de la luz, seguramente rendiréis el ánimo a la fábrica imponente, y vuestra voluntad no será libre porque ha quedado preso el albedrío en la magia y el hechizo de la obra colosal.»

En el interior es un severo templo de semioscuras naves repletas de místico sabor divino.

Las afiligranadas agujas de exquisito arte son himnos de piedra que se elevan cantando en estrofas elegantes la grandeza de Dios, guiadas por la mayor y central que parece crujir y como ceder a nuestros pasos cual si fuera un encaje de nívea blancura sostenido desde el cielo.

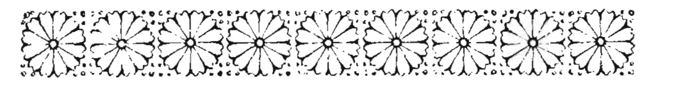
Visitamos el Cementerio Monumental, con sus hermosísimos conjuntos escultóricos, la iglesia de

Santa María "delle Grazie", en la cual se encuentra la famosísima Cena de Leonardo de Vinci, ahumada por las tropas revolucionarias que junto a ese monumento hicieron lumbre para calentar su comida, en una profanación, muy liberal, del gusto y de las artes.

Dímos un paseo a las estribaciones de los Alpes, llegando a las orillas del lago Como, al que rodean pueblecitos encantadores que se reflejan con coquetería en sus transparentes y tranquilas aguas, de color verdoso al retratar los montes de árboles que circundan el risueño lago.

Fué una excursión agradabilísima. Los peregrinos surcaron el espejo del lago en lindas barquitas, tomaron el té en el hotel Villa d'Este, principesca mansión de aristócratas, y volvieron contentos y descansados a la gran Milán, de vida inquieta y agitada, capital de Lombardía y rica ciudad de Italia.





XXXIX

DE NUEVO EN ESPAÑA



E Milán a Génova pasamos el ancho Pó por un no menos anchísimo puente. En aquella ciudad ha quedado el primer grupo que se disgrega de nuestro conjunto, como rama que se desgaja haciéndonos sentir el apartamiento después de los buenos días de convivencia.

Lo forman la Señora Dª. Rosario Manrique de Lara, su hija la Srta. Dolores Bascaran, la Srta. Nina Morales, y el sacerdote D. Pedro Arbelo Morales, Capellán del Hospital de San Martín de Las Palmas.

Llegamos a Génova.

El Conte Biancamano nos espera para llevarnos a Gran Canaria: Ahora es el cronista el que ve alejarse con no poco sentimiento la canariera flotante que se separa lentamente del muelle de

Génova, como si al barco le fuera difícil arrancar los lazos de afectos que unían ya a Italia con los peregrinos.

Compartió este sentimiento otro canario, el estimado amigo Don Adolfo Quintana: juntos vimos partir con pena el majestuoso trasatlántico...

Y aquí debiera quedar la crónica, pues también se quedó su autor; pero no faltó un buen amigo a cuya atención debe el poder proseguir, hasta dejar los isleños en la isla afortunada, esta deshilvanada historia.

La gentileza italiana se personó ese dia en el Sr. Cavannis, del Italcable de Las Palmas, el cual convidó a comer a los canarios que se habían escapado de la jaula quedandóse en la perla de La Liguria. Fué una atención que no poco agradecimos; su compañía nos consoló un tanto la soledad en que parecía nos habíamos quedado al separarnos de nuestros inolvidables compañeros de peregrinación.

Llegaron éstos aquella tarde a Villafranca, en la Costa Azul, desembarcando allí otro grupo de los nuestros: Don Augusto y Don José Bordes Claverre, Don Armando Bordes Martín, D.ª Brigida Viera de Bordes, D.ª Jacinta Viera Sánchez y Don Juan Armas Perdomo. Este último, dicho sea de paso, era el único representante de Lanzarote que habia venido.

Y mientras el lujoso barco recorría las hermosas costas, los hijos de Canarias honraban a su Patrona la Virgen del Pino, en la víspera de cuya fiesta estaban, comenzando una novena a bordo, con cánticos, rosario, plática, etc., igual que si estuviéramos en Gran Canaria.

Y la Virgen nos dió al siguiente día, que lo era suyo, la grata alegría de divisar nuevamente las costas de España. Al llegar a ella, los canarios celebraban a bordo la fiesta de su Patrona, con misa solemne y comunión... El cuadrito de la Virgen del Pino que trajera D.ª Rosario Manrique, adornado con aquel simbólico lazo, habría de haber sonreído en el mar, graciosamente, a tan buenos devotos.

Por el aire una palomita va a posarse en Teror, como un ósculo de cariño de los hijos ausentes; el P. Francisco ha dirigido al Párroco de aquella Villa el siguiente telegrama:

«Celebrada la fiesta gran entusiasmo, desde Barcelona enviamos saludo a la Virgen del Pino, prometiendo ir a verla.»

Otra vuela hacia Roma, llevando a nuestro Prelado el sentimiento de nuestro recuerdo; y otro tenemos para D. Juan Sánchez de la Coba, que, aunque fué su propulsor, no pudo disfrutar del viaje.

Los peregrinos se reparten por la ciudad, suben al Tibidabo, la estatua de Colón, etc., y reciben la visita de los canarios de Barcelona, entre los que contemplamos al Rev. P. Manuel Pérez Perdigón y a D. Manuel Rodríguez Quintana.

Pero con la alegría va la tristeza de los que se quedan. Son de esta vez:

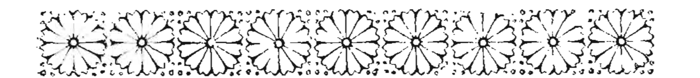
D. Juan Melián Pérez, D. Juan González y González, D. José Pesce Consentino, D.ª Inés Cabrera de Pérez, D. Federico Rivero Domínguez, D.ª Josefa Cuervo de Rivero, y la Srta. Inés Alvarez.

Ni que decir tiene que las Pinos fueron ese día objeto de mil felicitaciones, no pasando de cuatro las que llevaban este nombre, a saber Srta. Pino Aguilar, Srta. Pino Dominguez, Señorita Pino Sánchez, y la Señora Doña Pino Marrero, esposa del comerciante y también peregrino D. Manuel Diaz Casanova.

Por la noche se festejó el dia con unas originales carreras de caballos: en vez de llevar éstos a los jinetes, eran éstos los que llevaban a los caballos...

En las correspodientes apuestas que hubo llevó una suerte notable el gran elemento del cuadro musical, D. Luis Rodríguez Pèrez.





XL

CONFRATERNIDAD ITALICO-CANARIA.

DE NUEVO EN GRAN CANARIA



ARDE del ocho de septiembre!

¡Por las costas de España va nuestro barco, rumbo a Canarias, a donde el pensamiento de los peregrinos vá-se sobre las aguas, recordando la fiesta de la Virgen del Pino que hoy se celebra en el hermoso valle donde aparaciera.

La belleza de la puesta solar, que incendia la lejanía de colores, con arreboladas nubes y lluvia de oro, es el ropaje con que se engalana la naturaleza para celebrar el día. Sobre las islas Cana-

rias cae el sol, hundiéndose como si fueran el fanal que recoge el explendoroso disco del rey de los astros.

Amanece. El Biancamano cruza el estrecho, enviando un último saludo a las costas de España. El correo del Mar, diario del barco, nos trae la grata noticia de que ha presentado su dimisión el Presidente del Gobierno Español, el "inmortal" Azaña..

Hénos otra vez sobre el Atlántico, nuestro mar.

Ultimo día, de recuerdos y emociones.

El altar del trasatlántico está engalanado bellamente con las flores que compraron en Barcelona las Srtas. de González Roca.

El Rvdo. P. Francisco celebra la Misa: la juvenventud canaria realza el acto con varios cánticos populares, ensayados por la inteligente pianista Srta. Agustina de González.

El M.I.S. Canónigo Don Miguel Suárez, en un sentido discurso, nos transporta a Teror y a Canarias con la elocuencia de sus hermosos conceptos.

Vivimos unos instantes intensamente emotivos y sentidos

Nuestras manifestaciones atraen la simpatía de los pasajeros y los tripulantes. El Comandante del trasatlántico propone celebrar un acto de confraternidad italo-canaria. Había que sellar las atenciones recibidas en Italia con un acto solemne de agradecimiento.

A las diez, no viéndose más que el mar, grandioso escenario, los mejores salones del Biancamano, derroche de lujo, fueron testigos de una hora inolvidable.

...calados de refinada miniatura... delicadas cresterías...
(P. 169.)

Grupo de canarios en el Cementerio Monumental de Milán
(P 169) (Foto Artiles)

En el Cementerio Monumental de Milán....

Los peregrinos surcaron el espejo del lago en las lindas barquitas.... (P. 170 (F. I. Toledo)

Vibraba la voz de Don José Martín Morales con agradables tonalidades y expresiones. Volcó sobre el auditorio italiano-canario todo el sentimiento íntimo que de la bella nación italiana traíamos, con sincero y hondo cariño, y parecía que los corazones se unían al compás de sus palabras, más que nunca expresivas y elocuentes.

Don Remo Toro, Capellán del barco, tiene con nosotros una última galantería: Nos regala unas cartulinas del Corazón de Jesús, donde va impreso el recuerdo de la fiesta...

Se vuelve a ocultar el sol tras las islas, y reaparece iluminando nuestro camino sobre el mar.

* *
*

Está más bello que otras veces. Un aire grato, cargado de esencias, sabiendo a aromas de cumbres canarias, invade los camarotes y las literas.

El océano nos recuerda el acercamiento de la isla amada con sus tonalidades fuertemente azuladas, sus grandes ondas, su ambiente refrescante y oloroso. Los peregrinos presienten su aparición, surgiendo del mar bella y graciosa, pues

...alejados de la costa cara,
sus almas van, en misterioso acuerdo,
tendiendo sobre el mar que los separa
la puente milagrosa del recuerdo...,

como dijo nuestro poeta Tomás Morales.

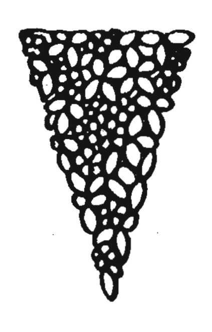
Frente a nosotros nos descubre el sol altas cumbres, como alas de una gigantesca águila posada sobre el mar...

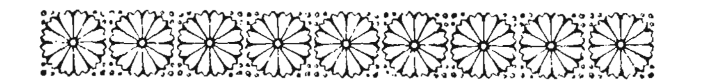
¡Estamos de nuevo en Gran Canaria!

Las Palmas extiende a nuestros ojos la gallar-

da majestad de su silueta blanca y luminosa: resaltan las torres de su catedral como dos antenas de hierro, telegrafía celeste, y los barcos del Puerto pregonan la magnificencia de la gran bahía atlántica con el sonoro chillido de sus bocinas.

Gran Canaria nos recibe con las galas primororosas de su clima, su cielo, su luz y sus paisajes.





A TEROR

DE todos los pueblos han llegado a Teror, atraídos por el oportuno aviso, los peregrinos.

El campo ha ofrecido sus aromas y sus bellas perspectivas, sus variados paisajes y luminosos cuadros de luz, la gama de sus colores, el agradable gorjeo de los "canarios del monte," a estos hijos de Gran Canaria que cumplen una promesa a su Patrona.

El pintoresco pueblo, corazón espiritual de la isla, donde la Virgen del Pino tiene su trono y su hermosísima concha, como una perla engastada en el florido valle, multicolor y risueño, recibe con su peculiar ambiente canario y sano, de arraigada nobleza isleña, a sus huéspedes.

Traen bendiciones romanas, perfume de catacumbas, aires de cúpulas esbeltas y alientos espirituales.

En el retablo dorado, oro desteñido, donde las generaciones grancanarias han puesto millones de suspiros y de besos, envueltos en el encaje de las plegarias, vuela el incienso a que saben estos campos, encaje de neblina, perfumando el vetusto maderaje artístico, afiligranado, del altar.

La Misa solemne llena de místicas armonías el templo... Cántala un hijo de Teror, peregrino, el M. I. Sr. Canónigo D. Miguel Suárez, y la ayudan D. Bernardo Domínguez y D. Antonio Álvarez.

En el estucado del techo, en las columnas, en los altares, donde preciosos santos forman la corte a su Patrona, óyese ahora la misma voz que resonara en los salones del Biancamano. El Doctor D. José Martín Morales, ya por cuarta vez orador de nuestra peregrinación, va enhilando sus sentidas frases, sus bien pensados conceptos, para decirnos que Gran Canaria debe su adelanto y civilización a la Fe Cristiana.

El auditorio siéntese recogido y suspenso. Hay un hálito de vida celeste en el templo-basílica, y un como deseo de prorrogar estos momentos que condensan toda la emoción de un viaje, que ya iba a ser un sueño conservado en el mar de nuestros recuerdos.

Una "Salve" solemne termina el acto, pasando los asistentes al Camarín a besar el manto de la Virgen. Los Coadjutores de Teror, D. Antonio Álvarez y D. José Quintana, nos ofrecen bellas imágenes de la Virgen.

¡Gran Canaria y Roma, ante el altar de Nuestra Sra. del Pino, se han estrechado en un gran abrazo de admiración y cariño!



EPILOGO

Desde el mejor poeta moderno de Italia, cuyo son estos versos:

> "E parmi di veder calme spuntare
> A l'aura fresca d'un estesio vento
> L'isole dei Beati in mezzo al mare...",

hasta Virgilio, el poeta clásico de la Roma de Augusto, que llamaba a nuestras islas "bosques afortunados, donde el aire puro reviste los paisajes de purpúrea luz", y Torquato Tasso, que decía:

> " Ed eran queste l'isole Felici:
> Cosi le nominó la prisca etate,
> Che credea voluntarie e non arate
> Qui partorir le terre, e'n piú graditi
> Frutti no culte germogliar le viti...",

y Salustio, que nos asegura que Sertorio quiso venir a estas islas para consolarse en *ellas* de sus desastres bélicos; y desde Horacio, que

aconsejaba a los romanos huyeran de las guerras civiles que atormentaban a Roma, viniendo a las "ricas islas, que producen miel..., y do el agua viva salta de las duras peñas, no hay víboras, y la fresca brisa alegra siempre los fecundos campos...," hasta Boccacio, que se encarga de conservarnos en un manuscrito las aventuras de Angiolino del Tegghia, en su expedición a las Islas Canarias, alabando a sus habitantes, y Petrarca, que nos transmitió el recuerdo de aquella ceremonia con que el Infante de la Cerda fué coronado por Rey de las Canarias, o «Príncipe de la Fortuna», en Avignon, en Diciembre de 1934, siempre han conseguido nuestras islas algún buen recuerdo de los mejores poetas y escritores italianos.

No *menor* atención hemos merecido por parte de sus aventureros y marinos, pues fueron los navegantes italianos quienes primero desafiaron el Mar Tenebroso para venir a encontrar estas misteriosas islas, en las que la tradición colocaba el Paraíso, habiendo a veces perecido en la empresa los intrépidos aventureros, como aconteció a aquella expedición que partiendo de la poderosa Génova hacia nuestras islas no volvió jamás a su patria, aumentando así el misterio y el encantado ensueño que rodeaba, como nimbo de luz y de leyendas, a las célebres Islas Afortunadas.

Y era italiano aquel Lancilotto de Maloxello a quien nuestras viejas crónicas describen como un romántico caballero en la Isla de Lanzarote, a la que dió nombre, y donde edificó un castillo, en cuyo frontis estampó el escudo de su patria, allá por los años del 1271.

Y cuando Alfonso IV de Portugal quiso en 1342 descorrer el velo que cubría al mundo civilizado las encantadas islas, fué un italiano el que vino al frente de la flotilla que a ellas envió.

Y, conquistadas nuestras islas por la inclita y guerrera Castilla, el gran navegante de la historia, preclara luz de Italia y de España juntamente, honró estas islas en su paso a las Américas, siendo en la Gran Canaria reparadas algunas averías de sus esforzadas carabelas, como un tributo que las Islas rendían al intrépido genovés, representante de la legendaria Italia y la conquistadora España.

Podríamos decir que desde que los romanos las llamaron «Afortunadas», llevando de ellas la púrpura con que teñían las ricas vestiduras de sus Césares y Emperadores, miraron siempre los italianos a estas islas como una posesión literaria, diríamos, siendo tema obligado de sus poetas y escritores, y de las excursiones de sus más intrépidos navegantes.

Cuando hace pocos años cruzó el Atlántico, como embajador espiritual, el heredero del trono de Italia, detúvose tres días en la Gran Canaria, sellando el tácito e histórico hecho de las relaciones literarias y náuticas entre Italia grande y las islas que ellos llamaron Afortunadas.

Ultimamente recibimos otra embajada de la eterna Roma: la visita del representante de Su Santidad el Papa, que marchaba a la Argentina, al Congreso Eucarístico Internacional.

Dos veces honró estas islas con su presencia el Eminentísimo Cardenal Pacelli, y Teror y Arucas tributaron al ilustre visitante los honores que le ofrecían la tradicional hidalguía de los canarios.

El Cardenal había de recordar en Roma, después, los inolvidables momentos que pasara en la isla de Gran Canaria, haciendo presente al Papa el acendrado amor al Pontífice Romano que nuestras islas sentían, por esto más que nunca afortunadas.

Jamás han dejado las Canarias de corresponder a este tributo de admiración que le rinde la fantasía de los escritores italianos, y éstas hánse sentido siempre unidas a través de los siglos a la Roma Inmortal y Eterna.

Y a ella fueron, Bethencourt, nuestro primer Conquistador, ofreciendo al Sumo Pontífice las primicias de sus nuevas conquistas, y siendo fastuosamente agasajado en la artística y poderosa República de Florencia, S. Diégo de Alcalá, nuestro primer Apóstol, el que recibió los incipientes balbuceos cristianos de nuestros indígenas, nuestro mejor poeta, el inmortal y divino Cairasco, que de allá trajo la armonía celeste que pulsa los versos de sus obras poéticas, para cantar juntamente a Gran Canaria y a Italia.

También fué a Italia, enviado por Castilla como un preciado regalo a la República de Venecia, el Rey de Taoro, en Tenerife, el célebre Bencomo, heróico defensor de la independencia primitiva de la isla hermana, y otros muchos artistas y escritores de las Islas Afortunadas que Plinio describiera.

* * *

Por eso, cuando el 28 de Agosto de 1933 partía de la ciudad de Las Palmas, en el trasatlántico Conte Biancamano, una peregrinación compuesta de más de un centenar de hijos de la Gran Canaria, este acto era como una obligada ofrenda que

Lago Como... al que rodean pueblecitos encantadores.
(P. 170) (Foto D. Bascaran.)

Grupo de peregrinos canarios a orillas del Lago Como...
(Foto L. Manrique)

Aire grato... sabiendo a aromas de cumbres canarias.
(P. 177) (Foto Artiles.)

...alejados de la costa cara, sus almas, en misterioso acuerdo...
(P. 177) (Foto Alzola)



Grupo de peregrinos canarios, junto a la gran fachada que proyectara el genio de Maderno... (P. 80)

Las Palmas. Fachada de la Catedral.

Las Palmas extiende ante nuestros ojos la majestad de su silueta blanca... (P. 177)

los canarios tributaban a la Roma de las grandezas y las tradiciones.

Formaban parte de dicha extraordinaria peregrinación el Excmo. Sr. Obispo de Canarias, D. Miguel Serra y Sucarrats, y el dignísimo Cónsul de Italia en Las Palmas, Sr. Ruggero Martinis.

Había sido organizada por un benemérito canario, el Rvdo. P. Rodríguez, miembro de aquella congregación que fundara el moderno Apóstol de las Islas, Rvdo. P. Claret, que fué beatificado en Roma poco tiempo después de nuestro viaje, como una recompensa que aquella ciudad daba a nuestro piadoso acto; y habiendo sido ayudado el celoso misionero en su deseo de llevar a Italia una digna representación canaria, por elementos de la colonia italiana en nuestra ciudad.

A las 8 de la noche del citado día, la marquesina del muelle de Santa Catalina del Puerto de la Luz de Gran Canaria rebosaba de canarios que iban a embarcar o despedían a los que iban en el hermoso trasatlántico italiano, que pocas horas antes había fondeado majestuosamente en las serenas aguas de nuestra bahía.

Era un continuo ir y venir de falúas, de saludos, de alegres augurios y parabienes, que se repetían e intensificaban en las escalerillas del lujoso barco, o en los salones expléndidos, rebosantes de luz y de flores, del gran navío.

Gran Canaria entraba en Italia... Porque aquel barco era digno pedazo de la patria italiana, síntesis de sus bellezas y encantos, un reflejo de la luz de sus hermosos campos y su cielo azul, un compendio del bello y sentimental arte italiano.

Se abrazaban, la Gran Canaria, cifra de glorias y de leyendas, y la grande Italia, resumen de maravillas y grandezas.

Del Puerto de la Luz, iluminado y extenso, partía la gran peregrinación canaria a Roma; de aquel lugar donde por primera vez se había levantado en alto en Gran Canaria la hostia divina del sacrificio de la misa, y desde donde la Virgen de la Luz, desde el mismo sitio histórico, nos despedía, risueña y encantadora.

¡Sirvan estas líneas para estrechar más y más los vínculos entre las hermosas islas que Torquato Tasso cantara, y la bella nación italiana, llena de recuerdos y maravillas!



LISTA DE PEREGRINOS

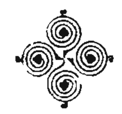
Excmo. Sr. Dr Miguel Serra y Sucarrats, Obispo de Canaria.
Sr. Ruggero, Cónsul de Italia en las Palmas.
D. Leonardo Cabrera.
Doña María Azopardo Cabrera.
D. José Ramírez Gil.
Doña Rosario Sánchez de Ramirez.
D. Aniceto Jiménez Angulo.
» José Delgado Torres.
» Manuel Aguiar Galván
» Francisco Sánchez Aguiar.
Doña Mª. del Pino Sánchez Aguiar.
D. Cristóbal Corrales Guzmán.
» José Martín Morales, Pbro.
» Bernardo Domínguez Jorge, Pbro.
» Manuel Alzola González.
» Rafael » »
Srta Rosario Barbosa Ponce.
» María » »
D. Ricardo de Ayala Fernández, Pbro.
» Federico Rivero Domínguez.
Doña Josefa Cuervo Rivero
Srta. Encarnación Melián García.
» Rosario Manrique de Lara Bascaran.
» Dolores Bascaran Manrique de Lara.
» Dolores Sarmiento Pérez.
» María M. » de Armas.
D. José » »

D. José Rivero Viera.
» Manuel Hernández Herrera.
» Pedro Arbelo Morales, Pbro.
» Teodoro Artiles Rodriguez.
Srta. Juana Henríquez Ramos.
Doña Encarnación Hernández de Rodriguez.
Srta. Nina Morales Castellano.
D. León González Suárez.
Srta. María Padrón Gran.
» María de la Rosa Martín.
» Maria D. D. Dehesa de Rosa.
D. Manuel Alvarez Vidal.
Srta. Carmen Alvarez Vidal.
» Inés Alvarez Vidal.
D. Juan Melián Pérez.
» Antonio Melián Pérez.
» Luis Rodriguez Pérez.
Doña María J. González de Rodriguez.
» Juana Pérez de Rodriguez.
D. Agustín Bordes Claverie.
Doña Brígida Viera de Bordes.
D. José Bordes Claverie.
Doña Librada Viera de Bordes.
D. Fernando Bordes Martín.
» Jacinto Viera Sánchez.
Doña Dolores Vega del Rosario.
D. José Pesce Cosentino.
Doña Inés Cabrera Cosentino.
» Carmen González Roca.
» Dolores Gonzáles Roca.
» Margarita González Medina.
Srta. Dominga Dominguez Melián.
» Pino Dominguez Melián.
D. Pablo Artiles Rodriguez, Pbro.
» Ignacio Toledo Falcón.
» Pedro Hernández Ramos.
Doña Bernarda Hernández Ramos.
» Micaela Hernández Ramos.

Srta. Teófila M. D. Navarro Gil.
» Teodora M. D. » »
D. Domingo Díaz Herrera.
» Juan Navarro García.
Srta. Luisa » »
D. Juan Armas Perdomo.
» Miguel Enrique González.
D. Carlos Serra Sucarrats, Canónigo.
» Manuel Campos Padrón.
Doña Rafaela Doreste de Campos.
» Filomena Doreste Marrero.
» Francisca Campos Doreste.
D. Manuel Díaz Casanova.
Doña Pino Marrero de Díaz.
» Juana Suárez Guerra
Srta. Josefa Santana Suárez.
D. José J. Naranjo Álvarez.
Srta. Jesús Ramírez Álvarez.
» Dolores Sosa Suárez.
D. Atilio Colombo.
» Antonio Medina Tejera,
» Fernando Cabreleng y Castillo Olivares.
Srta. Rosario Hernández de Pérez.
» Rosario Pérez Hernández.
» Josefina Pérez Hernández.
» Sebastiana del Castillo Castillo Olivares.
D. Miguel Suárez Miranda. (Canónigo).
» Federico Renitzsch.
Sra. Paula Renitzsch
D. Basilio Cabrera Henríquez.
» Miguel Martel y Martel.
Sra. Dolores Martel de Martel.
Srta. Adela Martel y Martel.
D. Luis Manrique de Lara y Castillo Olivares.
Srta. Isabel » » » »
» María » » » »
Rvdo. P. Rodríguez, C. M. I.



INDICE



IMPRESO CON PORTADA Y FOTOS
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS
DE LAS ESCUELAS SALESIANAS
:—: DE LAS PALMAS :—: